CARLOS NOGUERA

HISTORIAS DE LA CALLE LINCÓLN

MONTE AVILA EDITORES C. A.

Caracas / Venezuela

Portada / Mirtha Verdún
Fotos / Andrés Salazar
Impreso en Venezuela por Miguel Angel García e Hijo

A Gloria

LA DULCE LOCURA (I)

(O: cuña de Patricia en futuro imperfecto)

Martín Jiménez.

Los reflectores incidirán sobre el tabique posterior en forma de abanico logrando que la sobrecubierta nácar emita ese doloroso reflejo blanco que herirá tus pupilas por momentos. Acurrucada, doblada sobre ti misma, tú, Patricia, estarás de rodillas, cara al suelo, la cabeza baja, la espalda en semiarco. Esto será después que el hombre de smoking baje corriendo desde el castillo ubicado en lo alto del acantilado, por la escalera de piedras hacia la playa, y camine sobre la arena hasta descubrir la ostra dentro de la cual tú estarás. El hombre de smoking abrirá, entonces, las valvas, y por un efecto fotográfico que el director, a petición tuya, te habrá explicado en detalle, aparecerá tu cuerpo diminuto, dentro del animal, como una perla, en la posición señalada. Tú, luego, pasarás a primer plano y ocuparás la pantalla en su totalidad, alzándote del piso, también de color nácar, y saldrás corriendo, volviendo a tu altura original, desde la ostra hacia el castillo, invirtiendo el itinerario del hombre, quien, sorprendido, te seguirá hasta el interior de la construcción. Estas tomas se harán —te dirá el director— desde lo lejos y desde lo alto. Ya dentro del castillo, se verá primero tus ojos y, luego, todo tu cuerpo, envuelto ahora ya no en una tela blanca y adherente sino en chiffon multicolor que flotará cuando comiences a recorrer los pasillos, las habitaciones, los lugares más recónditos del edificio, como si lo conocieras mejor que el hombre, quien, al fin, agotado pero feliz, te lo-

calizará en un antiguo nicho, en el centro de una fuente ubicada en el jardin posterior. El hombre cruzará la pequeña caída de agua, sin mojarse, y te alcanzará. Finalmente, detrás de una cortina de agua, detrás de un cristal empañado, tú, Patricia, dejarás que el hombre te abrace y el consumidor vea desde su asiento los dos cuerpos desnudos, semiborrosos en la secuencia final mientras una voz, en off, invite a usar la nueva máscara de maquillaje ABSOLUT, la única que hará de su rostro una misteriosa sesión de amor.

Después de la misteriosa sesión de amor, tus compromisos con la Agencia de Publicidad habrán finalizado, el director te dirá que el trabajo, por esa tarde, termina, y tú correrás hacia Henrique que te estará esperando en el Cafetín del Centro Comercial Chacaíto.

Lo verás desde la avenida, viernes 6 y 15 pm., mientras el laberinto de carros que comience a poblar Sabana Grande te retrase el encuentro. Vendrás, claro, desde el este, desde tu apartamento, por tanto doblarás hacia la derecha para entrar al sótano del estacionamiento y subirás por la pequeña escalera al lado de la discoteca hasta salir a la planta baja.

Henrique se sentirá feliz viéndote llegar, bella entre tu conjunto de hotpants que todavía no estarán de moda, pero tú como modelo tendrás que ser de la vanguardia, lo sabes, aún en el color amarillo durazno, aún en las trabillas, tus senos libres debajo de la franela y Henrique que se levanta y te abraza. Te quitarás los lentes poligonales y los dejarás caer sobre la mesa, con desgano, te echarás hacia atrás sobre la silla y antes de cenar para ir a la fiesta donde Arle, le sonreirás a tu propio rostro, Patricia, que desde el pequeño receptor de televisión, detrás, sobre la estantería del café, invitará en genérico a encender otro cigarrillo.

ALTAGRACIA Y OTRAS COSAS

(Donde el fantasma de El Gato cuenta su historia)

Sólo que en el momento en que el tipo arrancó y yo caí por el empujón de la puerta, Carelapa, que venía por el otro lado del carro, por la puerta de atrás, de modo que el tipo no podía verlo, mejor dicho: ni a él ni a Eligio, que venía era por la puerta delantera, Carelapa, digo, le disparó dos veces con la automática.

Pude ver al tipo desde el suelo porque la puerta del lado del volante había quedado abierta, a pesar del coñazo que me había tumbado: el tipo se dobló hacia adelante, y cayó sobre la corneta, lo digo porque enseguida comenzó el pito cuando el carrro chocó contra el Buick que estaba atravesado en la otra fila, en la del centro. Claro que no lo pude ver sino oir, pero lo más que podía pensar era que el tipo había templado el cacho. Entonces les dije a Carelapa y a Eligio que nos fuéramos: ahí no teníamos un carajo que hacer. Después vimos que la vaina salió en los periódicos de otra manera, y tuvimos suerte: al Nacional de Descuento lo limpiaron ese día y la PTJ mezcló las dos cosas. Pero lo que quiero que te des cuenta es que tiradas de ese tipo no las puedes tú ver ni calcular.

Claro que Carelapa pifió porque el no tenía por qué tener la pistola afuera, tenía que sacarla era cuando estuviéramos dentro del carro, porque el único que podía sacarla mientras estuviéramos afuera era yo;

pero qué quieres tú, el loquito creyó que me hacía un favor, a lo mejor hasta se figuró que el tipo me había aplastado del otro lado, por qué no, y en un momento de esos qué se va aguantar uno a pensar. Sacó la fuca y lo quemó. Pendejadas del tipo, también, qué le costaba aflojarnos la rufa si se la íbamos a devolver igualita. Además nosotros no estábamos al tanto de figurarnos que no andaba armado. Yo de todos modos amonesté a Carelapa después, tú sabes, para no perder la jefatura, pero en el fondo le estoy agradecido. Para otra vuelta ya no nos vuelve a ocurrir.

Es la única vez que hemos fallado en la vaina de levantar la máquina, loquito. Menos mal que teníamos precisado el cafecito del tipo que estaba vigilando, el del otro estacionamiento, porque donde estaba el tipo nuestro no había vigilancia; de todos modos la fuca, por más que sea, se oye: les dije que nos dispersáramos. Yo cogí por los lados de la puerta principal, me compré el periódico en el puesto que está a la salidita y me fuí a pasoeleón por Los Ilustres arriba. Eligio se metió por los lados de la escalera del edificio de la biblioteca y fué a salir al rectorado, y Carelapa, que era el más chorreado de todos, se fué por los lados de Farmacia para salir por la puerta de Las Acacias y coger hacia arriba, hacia el cerro de la televisora, que tú sabes que da fácil para La Charneca.

Era la única vez que habíamos pelado, francamente!, levantando la rufa!

Después contaste otras cosas, y tu cara se iba iluminando con una luz que ya te daba para el resto del cuerpo, mientras pensabas que Eligio podría estar escuchándote, en algún lugar, en el recuerdo, desde el fondo de una lluvia; como mucho antes, como cuando esa luz que ahora es tuya y que posees era escasa, porque los árboles demasiado altos, incluso para ti

que eras del interior, los árboles demasiado altos la ocultaban por días enteros, de modo que a veces pasaban meses sin que pudiera verse sol, lo que se llama sol; y cada vez que el follaje apenas permitía que pasara un chorro, todo el mundo, todos los hombres y mujeres de la columna, se lanzaban para ver si se sacaban un poco de humedad, que hasta olían ya a corteza vieja y mojada.

Te acostumbraste entonces, Gato, a ese otro cielo bajo que forman las copas de los árboles, y te bastaba, estabas seguro entonces que aquello te bastaba: aquel cielo bajo y los pies hinchados, y el sonido de la lluvia sobre el plástico portátil, y el olor rancio y extraño de la cobija que ya no era más que otra forma cotidiana del aire, respirable también; todo eso te bastaba para entender que si alguna vez había existido para ti algo parecido al marxismo, eso se había quedado con las charlas del profesor del Liceo de Altagracia, en los bancos del patio, o tal vez después, en Caracas, en las reuniones cerca de la placita Cristo Rey, con las chamitas de la célula del 23 de Enero y las clases de química para explosivos y la técnica del manejo y mantenimiento de armas o las discusiones en los círculos de estudio sobre el manual de Kusinen o el libro de Politzer; o tal vez en tu primera acción o en tu primera toma de barrio, cuando te perdiste con Clarita, por los lados de la antigua estación de Caño Amarillo, tal vez allí quedaron el viejito Marx y Lenin y los folletos de Mao y todo lo demás, porque después, en la montaña, y dime si es mentira, en la montaña cuándo te quedaba un tiempito, cuándo te quedaba un lugarcito despejado en el cerebro para acordarte del materialismo histórico y las leyes de la dialéctica. Cuándo en aquellas, en estas noches de la sierra con esta lluvia que cala demasiado, y se te hace insoportable, porque, como contaste en aquella fiesta, mucho después, en Caracas, como contaste o

pudiste contar en la fiesta de Arle, frente a Ernesto, cuando tu muerte encarnaba todavía una pesadilla irrealizable, esta noche no sabes a quién se le ha ocurrido poner en la guardia al idiota de Juan de Dios, no sabes a quién carajo pudo habérsele ocurrido la tal idea. Pero cómo ibas a protestarla: allá estaba Juan de Dios, apenas con su chopo, apenas con su pobre cabeza que apenas había pensado en toda su viscosa vida, allá estaba vigilando la entrada, camino abajo, apenas con su chopo y ustedes que estaban en cerco.

Ya se sabe que está mal dormir sin las botas puestas, pero tú, quién aguanta esta vaina, y te la quitas, y, ¿recuerdas?, tú que te las quitas y los pies que te hacen pruff y se te hinchan de golpe, y que te quedas viéndote los pies o más bien las costras y las llagas que, y esto lo dice el comandante, son la carta de presentación de un guerrillero; las llagas que te brotaban en todos los sitios de la piel, tú que te le quedas viendo y que te duermes y la comisión de la Digepol que les cae encima, saliendo de detrás de las piedras, del lado oscuro del caño, montaña abajo, nacidos y criados en la oscuridad, desde siempre. Tú no quisiste correr al principio porque, y esto lo entiende cualquiera que haya caminado tres semanas prácticamente sin dormir, cuando te despertaste, en lugar de percibir el ataque creíste que soñabas que estaban siendo atacados.

Pero era de verdad, quiero decir: el ataque. Y para qué ibas a lamentar luego lo de las botas, para qué ibas a maldecir la hinchazón de los pies y a mentarte la madre por no dormir con las botas puestas, por desobedecer un reglamento elemental; para qué ibas a desear ahora estar muerto y no escapando y para qué ibas a preguntarte dónde carajo estaban los demás. Confórmate con tocarte vivo, que menos mal que la fogata que habían encendido, porque habían encendido una fogata, menos mal que ya estaba apagada para el momento del ataque. Confórmate con saber que ahora estás lejos del fuego enemigo, como decían los programitas de televisión del canal cuatro, y como te decían después en los entrenamientos, fuera del alcance del fuego enemigo. Confórmate con saber que estás lejos y puedes salir, con un poquito de suerte hasta Acarigua, y, con otro poquito, hasta Valencia. Confórmate con haberte encontrado de compañero a Pereira, que a pesar del pleito por el sobrado, y quién es el que no ha peleado por el sobrado, a pesar de eso es un tipo bueno, como lo demuestra el hecho de haberse quitado una de sus botas para dártela, y luego alternar la pierna con la cual tenían que ir cojeando, un rato la derecha calzada y la izquierda no, un rato la izquierda calzada y la derecha no y así. Qué importa que después haya cantado, el Pereira cantante es un Pereira posterior, no éste de ahorita que comparte contigo las sardinas y las galletas rancias, y ha tenido la suerte de haber arrastrado hasta con una cantimplora, que ahora vale más que un Fal, que una zetaká, que una luguer, que un emeuno, que todas las armas juntas.

Y quién iba a pensarlo, que sólo ahora, cuando yo aquí, en Caracas, cuatro años más tarde, escribo lo de las armas, es cuando tú te das cuenta, allá en las serranías de Lara, de Trujillo, de Portuguesa, cuatro años antes, mientras caminas o haces que caminas, intercambiando de cuando en cuando con Pereira, para no terminar de desangrarte un pié, es cuando te das cuenta y dices:

—Coño, ahora que dices emeuno: no tenemos armas.

—Yo no he dicho nada de emeuno, te contesta Pereira. Pensando quizás que a tí te empezaban a afec-

tar la caminata y el hambre y la certidumbre de que estaban perdidos de bola a bola.

—Qué carajo importa eso ahorita; es decir, así siguió diciendo: que no encontremos la carretera a ver si lo vamos a contar después.

Rápidamente, pero demasiado rápidamente tuvieron que improvisar lo del pueblo y lo de la caza y lo de que eran primos y lo de que si no puede pararnos una colita para llegar a Acarigua, estamos extraviados, Pereira, con una voz que daba risa.

Imprevisión, diría el comandante, pero en esas condiciones quién iba a pensar en la coartada, quién; y quién iba a pensar que detrás de la curvita, bajando por la carretera que por fin habían encontrado, bajando, estaba el puente y la alcabala móvil.

Solamente a dos piltrafas desesperadas como eran ustedes en aquellos momentos, se les podía ocurrir que en la alcabala se iban a comer el cuento de la caza, pero qué vamos a hacer. Así que te acercaste con aquella camisita que apenas te cerraba más arriba del ombligo, la que te había regalado la del ranchito, y con tus pantalones que parecían unos shorts bahamas venidos a menos, de un interesante tono grisáceo, y con tu sonrisita que era la única que te quedaba; y entonces fué que Pereira le dijo lo de la colita al que estaba con la tomson en la mano y con aquella cachuchita de beisbolero que de golpe te hizo pensar, cosa rara, que no estabas allí sino en en el campo del Níspero, del otro lado del río, en Altagracia, y que el de la tomson no era el de la tomson sino Taparepús o Dos Cabezas o quizás Carerodilla y que la partida de pelota estaba a punto de comenzar, diez años antes.

Sólo que en lugar de decir pleibooool, Dos Cabezas se quitó a medias la gorrita para saludar coquetamente, y dijo:

—Claro que sí, muñecos, si los estábamos esperando.

¡Rafael! Aquí están dos que quieren la colita para la ciudad, guárdales dos puesticos.

Y claro que les dieron la colita, pero no para Acarigua: los llevaron a Comando para que hablaran porque Pereira se había dejado pescar las "Preguntas de un Guerrillero" y dos absurdas listas de provisiones. Pero eso no era nada mientras no los llevaran como baquianos de vuelta a la Sierra, porque entonces si que no había nada que hacer: si no cantaban, los fusilaban los de la Digepol, montaña adentro, que era lo más probable; y si cantaban, los dejaban para que el resto de la columna, que en algún lado debía estar, los liquidara.

A la mañana del día siguiente los levantaron temprano, les tiraron dos panes para el desayuno y dos yuntas de alpargatas porque los pies no les cabían en las botas. Tú empezabas a aliviarte algo a pesar de los culatazos antes de subir al yip, en parte porque casi todo el tiempo te quedabas dormido sobre los digepoles y en parte porque comenzabas a pensar que habías llegado un poco al llegadero.

Te alebrestaste, sin embargo, cuando el digepol bajó en la alcabala del ejército:

—Los llevamos de baquianos —dijo, y tú te imaginaste la sonrisita, aunque no pudiste verla. Y al lado de imaginarte la sonrisita, sin querer, te llevaste las manos a las bolas y te acordaste que precisamente eran

las bolas, además de las orejas, las que cortaban los de la digepol antes del fusilamiento.

Buena prenda me voy a chupar, pensaste, y te pusiste tan triste que ni hablar, porque ibas a quedar muy ridículo sin orejas, sin bolas, sin nada. No era una forma de morir.

Pereira también lo sabía y tú no decidiste si alegrarte o arrecharte o meterle uno en la quijada, cuando empezó a cantar, tranquilamente empezó a cantar. Después y no en ese momento fué cuando te diste cuenta por qué le decían "ojitos" a Pereira. Después, cuando los bajaron porque esperaban que tú cantaras más tarde, después, cuando pusieron a Pereira a comer delante tuyo, sus jugocitos bistecs, sus purecitos de papa, sus huevitos fritos, como premio por las altas notas emitidas en la scala improvisada, quién lo iba a decir, en una apartadísima falda de la sierra y no en Milán, su vasito de leche, sus juguitos, hijoeputa, fué que le dijiste, y claro que le echaste un gargajazo en la cara, después, digo, fué que recordaste que antes, cuando había comenzado a cantar, había abierto los ojos de tal manera que tú apenas alcanzaste a pensar éste lo que está es tostao, y toda la cara casi que se le vuelve un par de ojos, "ojitos", pensaste después, cuando lo escupiste. Debe ser el miedo, qué carajo.

Si no quieres recordar las torturas, no importa, no las recuerdes, esas cosas pueden interesarle tal vez a tipos como Luis, que no han pasado por eso. Pero tú sabes que fué lo peor. Si es que te dejaron memoria para recordarlo, si es que en alguna parte del cerebro te quedó un sitio limpio para memorar, si es que esas cosas pueden formar parte de algo que pueda llamarse un pasado rescatable. Recuerdas, sí, los desmayos repetidos después de las sesiones de interrogatorio, los sueños que involuntariamente acudían y tú volvías a verte en el pozo del vigía, lanzándote de chuzo desde el saliente más elevado de la barranca y ganabas la competencia, y volvías a lanzarte allá, tiempo atrás en la realidad para caer sobre la limpia superficie que reflejaba las copas verdes de los árboles, y más acá en el tiempo caías boca abajo, pisoteado, habla hijoelagranputa, y volvías y esta vez no caías porque no estabas en el espacio real, ni en la vida, y te elevabas por el aire, arriba, alto entre las nubes y sólo veías luces y colores.

Lo cierto es que nadie puede decir que hablaste. Y, después de la fuga, para qué ibas a cogerla contra Pereira, sólo te quedaba advertirle a los otros, en cada cárcel donde te encerraban, que Pereira había hablado, porque había que cuidar también de ellos, los que quedaban arriba. Ni siquiera después, la segunda vez que bajaste, cuando pudiste verlo en Acarigua, desde el autobús, quisiste hacerle nada, ya lo sé.

Lo del estacionamiento fue suficiente para que Eligio nos dejara. Mejor así, es un tipo sin cojones, realmente. Carelapa sí siguió conmigo, hasta me acompañó cuando fuimos a esperar a Eligio para quitarle la automática. Qué quieres, yo mismo se la había regalado. Esa vez fuimos con César y Delgado. Los mismos que estaban esta tarde. Mejor dicho: César; porque Delgado no se pudo acoplar a la forma como yo repartía la vaina entre los nuevos. César sí, porque César es un tipo distinto, hasta camaradas nos llama todavía, y sabe que nuevo es nuevo porque lo tuvo que aprender en la base antes de subir al aparato y meterse en la pomada: es un tipo.

Carelapa, él, El Bachaco y yo era los que estábamos esta tarde. Levantamos las rufas como una hora antes, los tipos se cagan mucho porque nosotros, por empeño de César que sigue respetando al partido a pesar de que ya va para dos años que lo expulsaron, ya no nos identificamos como revolucionarios cuando encañonamos, esto nos perjudica porque la gente ya sabe que los extremistas devuelven los carros, cosa que no hacen los choros, pero qué le vamos a hacer. Decía que una hora antes levantamos la máquina, así que a las tres ya estábamos en Bello Monte. Yo no me explico: la vaina iba como siempre, sobre rieles; debe haber sido un descuido de El Bachaco, que es un poco ido de la onda, puede haber sido un descuido mio cuando iba a encañonar al gerente, puede haber sido culpa del mismo César que era el encargado de vigilar la parte de la izquierda, donde está Información, quién coño sabe. Lo que recuerdo es que de golpe, desde atrás del letrerito del escritorio de Información un coñoemadre que yo no sé de donde salió empieza a disparar: solté una ráfaga porque los demás no llevaban sino cortas, pensé que quien tenía que responder era yo, o no pensé, qué carajo, disparé; pero el tipo estaba más allá, detrás del mostrador de mosaico, donde hacen las conformaciones, y ahí ya que le iba a dar.

Lo demás, Gato, sólo creiste verlo después que estabas en el suelo pulido, brillante y satinado como una alfombra de plástico, y tú en el centro, y todo aquel manchón rojo debajo, alrededor, encima de ti, Gato.

Lo demás no lo ví sino después, cuando estaba muerto, vi a Migdalia desde el suelo del banco: bañadita y bella venía de vuelta de la escuela, caminando a un metro por encima de la acera, en el aire. Dejé los libros en la reja de una ventana, escribí un papelito rápido y se lo zumbé, sólo que no pude ver si lo recogía porque, cosa rara, en Altagracia que no hay neblina nunca, y aquella tarde que baja la neblina y lo pone todo blanco, como de vidrio.

Migdalia y el gerente del banco apartaron unas matas de chaparro y se inclinaron sobre ti para verte el rostro por última vez.

CITA EN CARNABY

(O: una historia sobre Graciela)

Te ocurrirá algo extraño cuando leas el periódico, Ñato, cuando ya creas que te espera un sábado monótono sin ninguna otra cosa que hacer como no sea llevar el carro al auto lavado expreso, leerás en la página de sucesos, a cinco columnas con entrevistas a los funcionarios implicados y un comunicado de Relaciones Interiores que tampoco te aclarará demasiado las cosas, leerás esa noticia que te dejará frío y no te permitirá terminar con el desayuno, lo recordarás más tarde durante el día, cuando sientas una y otra vez regresar al sabor agrio y espeso del jugo de naranja.

Pensarás que no te queda más remedio que admitir que se trata de Graciela, y te dolerá esa forma anónima de morir, o mejor: te dolerá admitir que haya muerto, no importa la forma; pero más tarde sentirás un odio oscuro contra todo y leerás y releerás la noticia hasta aprenderte de memoria el texto mal escrito y los detalles borrosos de las fotografías.

Recordarás nuevamente cuántas veces se lo advertiste y nuevamente no podrás, te costará entender por qué Graciela, por qué precisamente Gracielita tan vital ella, tan ajena en el fondo a todas esas motivaciones ideológicas y complicaciones revolucionarias que decía defender, por qué precisamente Graciela, yo que se lo dije tanto, tanto, por qué muerta ahora

en un pueblo casi anónimo, estéril, unida furtivamente a un grupo que nunca llegó a comprender, lo sé, atada sólo por encuentros fortuitos y aventuras comunes, dirás. Claro que la noticia no aclararía nunca que se trata de Graciela, pero sabes que tú no dudarás en establecer coincidencias: reconstruirás los horarios, creerás recordar palabras, diálogos al azar que te llevarán a ella, recordarás que hoy, precisamente debía estar de vuelta y aguardarás su llamada o llamarás tú, Ñato, cada hora, temblando, esperando encontrarla siempre.

Lo lamentarás mucho, Ñato, lo sabemos, y volverás a verla tal como era, elegante, con sus adorables piernas maquilladas y dulces, flotando debajo de la minifalda color mostaza, y su sonrisa totalmente amplia de crema dental y más arriba los lentes redondos, amplios, sosteniéndose en la punta de la nariz con un equilibrio imposible, y detrás los ojos sonrientes siempre y más arriba las hebras rubias; la verás salir nuevamente corriendo decidida, casi a cámara lenta, como corren las muchachas en los comerciales de la TV, casi así, casi, sintiéndose increíblemente bella y segura, como sólo puede estarlo una que se haya criado en tu ambiente, dulcemente protegida desde nena, desde nenita cultivada para los mejores paladares, pensarás esto cuanto leas la noticia, o tal vez más adelante porque seguro que uno no piensa eso cuando le participan la muerte de una amiga, por buena que esté. Pensarás más adelante, y volverás a verla, descansada dentro del deportivo blanco, sin capota, con aquel tremendo pique al arrancar, y la polvareda que levantaba cuando le aplicaba la sobre marcha desde el encendido mismo, con los ocho en V a todo dar, que si uno quedaba atrás apenas podía mirar la amplia cabellera rubia, cuando la neblina amarilla se esparcía y el escape libre nos indicaba dónde iba la liebre, quiero decir Graciela, 300 metros más adelante, con el reproductor de doce vatios a full y

los guantes de cuero perforado y la manita inquieta, inquietándose y tamborileando sobre la consola, a la derecha; o arreglando el retrovisor externo para coquetear o estar lista para hacerlo desde todos los ángulos posibles; debes usarlos, campana, nené, y con talle Saint-Tropez, bien bajo, nada de pana, la pana no es para la playa, y por favor, también blancos, digo los zapatos, ¿quieres?.

¡Ah, Graciela!, que te empeñabas en vestirme. Debiste dedicarte a la alta costura y no a jugar a la guerrillera, eso no te dejará nada, ya te lo decía yo desde que te empeñaste en cursar en la Central, no por estar de acuerdo con los viejos, lo sabes bien, porque tampoco la cosa era para sacarte para gringolandia como ellos querían, pero sí que olíamos algo raro, presentimientos, ¿no?, de modo que cuando empezaste a cambiar, a tener amigos extraños, a embarcarnos a nosotros los de tu pata por una reunión de grupo de estudio, ¿te acuerdas?, esto va a terminar mal, es una lástima, fué lo que pensé, te soy sincero: eso fué lo que pensé aunque nunca quise decírtelo, ¿para qué?, no era cuestión de estarte contrariando, pero yo lo de los grupos de estudio lo conocía bien porque algo parecido le pasó a Santi, ¿recuerdas a Santi, el de Altamira? A Santiago también lo embarcaron en lo de los grupos y ya estaba casi convencido, te lo juro, pero la familia lo cachó a tiempo y lo hizo saltar el charco: mejor hippie que traidor a su clase, como dirías tú, ahorita se está dando la gran vida en Londres. Dirás que son distintos: él es Santiago y tú eres Graciela, pero muñeca, él está vivo y tú quizás no.

Sí, Gracielita, desde que te embarcaste en eso de la Central, lo presentí. Tarados también que estaban tus viejos: por supuesto que eras la heredera única, pero de cuando acá tú haciendo sondeos de opinión entre los obreros de la fábrica y pidiéndole al pure que te dejara trabajar con ellos y que para comenzar desde abajo; ¿desde abajo? ¡miqui!. Claro que pasando por

las alfombras hasta las selladoras, desde los pisapapeles hasta los montacargas, todo, absolutamente todo sería un día tuyo, como te decía el viejo, pero una cosa es la responsabilidad de una mujer madura y otra un jueguito como el que tú pretendías, muñeca.

Pero claro: no estaré pensando estas pendejadas cuando me llegue la noticia definitiva. No sería la ocasión de reprocharle nada, porque de nada valdría y porque creo que lo hice en su momento, cuando debía hacerlo. No, muñeca, ya sé que querías vivir a tu manera y que los ayudabas a tu manera: faltaban mujeres en el equipo, como quien dice. Tu aire de turista elegante, de niña bien, les venía de perlas, lo sabías, pero no lograré entender nunca a qué tanto riesgo y tanta movida misteriosa que ya me tenían la piedra afuera, te lo juro. Me hubiera gustado verte en el agite aquél cuando pasaron las armas aprovechando el Carnaval Turístico de Carúpano y usando aquella monstruosa peluca pelirroja que compraste en Sabana Grande a pesar de mis protestas; es un peluquín de puta, muñeca, no botes la plata en eso; y tú: tienes que vivir todavía, Ñato, no sabes, no sabes para qué es; y yo si que lo sabía o lo sospechaba; y luego: si te lo digo te mueeeeres, con tu sonsonete así, toda coqueta así, toda volteando la boquita porque sabías que con eso estaba listo y nada podía hacer y estaba listo. Me hubiera gustado verles las caras también a los tipos de las alcabalas móviles, porque segurito que los volvías mantequilla, agitando las pestañas postizas y dándoles picón con la blusa transparente y picándoles el ojo y diciéndoles de todo lo que a uno le gusta oir nada más que para levantarlos, y así claro, así qué carajo te iban a estar registrando, les provocaría registrarte a tí, pero al carro, nones.

¡Correaje! tu sí que las tenías, Gracielita. Correaje para qué, si aquí llega la revolución a la primerita que fusilan es a tí, te lo dije una vez en la Eva, ¿te acuerdas?, y tú vuelta con lo de Ñato no entiendes y dale

con no entiendes, y vamos a meterle al surf y vamos con velocidad porque un día de estos a lo mejor me tiemplan de verdad y no lo vamos a contar; en la Eva, ¿rimemba?, y te sonreías y ya no querías escuchar más nada sino meterle al whisky y al soul y qué bella tu camisa, deberías regalármela, al disc-jockey, para levantarlo también y para que siguiera poniendo toda la noche la música que a tí te viniera en gana y yo ¿qué podía hacer?.

Lo único que podías hacer aquella noche, si es que alguna vez ocurrió, Ñato, era tratar de observarla en toda su locura, tal vez algún día necesitarías de ese recuerdo; observa como quiebra su cuerpo mientras baila, la luz intermitente que brota a través de la trama cinética colocada delante del reflector; lentos movimientos desplegados a conciencia, como si estuviera acariciando a un felino, como si ella misma fuera de verdad un felino: tenso de pronto cada músculo del cuerpo, levantando con cansancio las manos, los brazos haciendo molino a uno y otro lado del talle, por encima de la cabeza y a los lados, y el increíble movimiento de las caderas, míralas, Ñato, alguna vez viste quizás un movimiento igual, aunque menos espasmódico, menos violento, por supuesto, en las viejas películas con imágenes de árabes imposibles echados sobre cojines multicolores, mullidos, mientras en el centro bailan la favorita y el cuerpo de baile, la comitiva y las otras esposas, así, así, tal como hace Graciela con las caderas, pero más lentamente, con más cadencia, como las hubieras podido ver también en las antiguas películas mejicanas, si las hubieras visto, si hubieras tenido una infancia de barrio o de pueblo del interior, qué se yo, Meche Barba, María Antonieta Pons, Ninón Sevilla, aunque no hay comparación por supuesto, con esta Graciela rítmica Graciela; sonríe, Ñato, no olvides esa figura fragmentada por las luces cambiantes y la trama de alambres de-

lante de los reflectores y en la pantalla esa insólita escena de lucha entre gorilas, y cómo se le ponen brillantes, fosforecentes los dientes, el borde de los ojos, a Graciela, no a los gorilas; sonríe, Ñato, te dice, hasta tú puedes lucir con dientes blancos, sí, sonríe, mientras es la luz morada la que cae y la vuelve brillante, tu camisa, digo, y sus dientes y el borde de los ojos y todas las parejas que bailan y quedan frente al reflector tienen ahora ojos azules, latinos con trasplantes nórdicos, fue lo que pensaste aunque no en este tono tan sofisticado, ¿eh Ñato?, y no te sientes que ahora es cuando, esa rumba flamenca no me la pierdo, me muero, me privo, etc., te dice, no me la pierdo y tú sales a bailar, ¿quién no?, sales mientras observas y sientes un pequeño estremecimiento que te sube por la columna, observas como mientras su cuerpo copia el ritmo Peret sus manos están ahora sobre los muslos, y suben y bajan lentas desde la cadera hasta la mitad del muslo, no te vayas a desmayar que la pones, no, por suerte es sólo un momento, y tú piensas que te insinúa, digo yo, pero es sólo un momento, porque por fortuna ahora las sube de nuevo y dale a hacer castañuelas con las palmas sobre la cabeza y dale a zapatear, no querido, sobre las alfombras no, te estás saliendo, te decía, te dice Graciela, porque de verdad que estás pataleando fuera de la pista, así no se oye el taconeo, te dice, cuando estemos, pero no sigue hablándote, no termina, para qué si ahora lo que importa es meterle a Peret y a los cuerpos y a las luces, y todos los colores de esta y otras noches similares, interminables, anteriores, y toda la ebriedad de todos esos cuerpos tocándose y rozándose y tratando de conocerse sin lograrlo totalmente pero haciendo como si, haciendo como si en este gran dirigible, como diría el chino, con aire acondicionado, en este gran dirigible se estableciera de una vez y para siempre la comunidad definitiva que de otra manera, afuera, en el mundo externo, resultaría insólita, imposible; pero a tí no es que te descomponga ese lenguaje de

los gestos, las pequeñas mímicas y los quejidos guturales, no es que estés fuera del frenesí, es que estás por momentos demasiado en el fondo de Graciela como para permitir ninguna otra expresión, ninguna otra guarida; mírala, Ñato, porque alguna vez necesitarás este recuerdo, llénate de ella, llénate, llena tu pupila de ese traje de chiffon y su extraño color de humo, que flota hasta el suelo, ondulante, ceñido levemente a nivel de la cintura, con ese cuello amplio, blanquísimo, casi imaginario que cierra el escote y contrasta con el resto de las transparencias y la hace tan colegiala, tan niña, tan inocente, dime como era que te chupabas el dedo, nena, cuando estabas pequeña, anda ,dime cómo era y ella que para qué te iba a complacer, y se le disgustaba el ceño e inmediatamente para seguirte fregando, subía la naricita ya sabes cómo y decía no, mejor dicho: hacía no con la cabeza y los rizos aislados que le caían, que le caen, artificiales, delante de cada oreja, le llegan hasta los ojos, y le resbalan por las mejillas y por momentos se le quedan a mitad de camino, adheridas sus hebras amarillas al leve sudor y al leve rubor que ha quedado después del surf y tú te diluyes en el fondo de la corriente de aire acondicionado, en el fondo de todas las visiones, en el fondo del vaso que ella lleva ahora hasta los labios, sonriendo, mientras en la pantalla, el gorila mayor liquida, con un último zarpazo, al gorila menor.

Se supone, según la versión que el Ñato espera, que tú, Graciela, habrías salido tres días antes, al atardecer y justo después de haberte citado con él en la heladería. No habrías podido comer el helado de vainilla a causa del nerviosismo y te habrías subido y bajado los lentes sobre la nariz con un temblor convulsivo, esto te ocurriría siempre. Habrías repasado y construido cada uno de los pasos que darías en las próximas horas y tal vez por eso no habrías escucha-

do la conversación y tal vez por eso el Ñato se habría disgustado y la cita cerraría con un chao frío que no pronosticaba nada bueno.

Se supone que realizaste los contactos a las seis y que no confundiste el color del traje que te esperaba ni olvidaste que era Life y no Elite la revista que el muchacho vestido de marrón debía llevar debajo del brazo cuando estuviera frente al parquecito Colón, que no hubo problemas en recogerlo, a las seis, repito, ni en trasladarlo donde iban a realizar el contacto definitivo, siempre yendo tú al frente del volante y manejando con una parsimonia increíble en ti, con un respeto increíble en ti, acostumbrada como estabas a volar en tu bólido blanco de doble carburación. Aunque esta vez, es cierto, no se trataba de un bólido, sino de una máquina pesada que tu no estabas acostumbrada a conducir, más pesada todavía a causa del "relleno" que le habrían metido. Se supone que este relleno, o la conciencia que tenías de él, te produjo lo que siempre se te producía cuando estabas cerca de un arma en estas condiciones; la mano que te apretaba el estómago, el sudor frío alternándose en tu rostro con un calor desmesurado, el dolorcito de cabeza que no acababa de aparecer ni acababa por irse a pesar de los commel y los beserol y los tranquilizantes y sabías que era por eso que no te dejaron nunca manejar ni la más pequeña pistolita; y —qué ibas a hacer— volviste, o se supone que volviste a recordar cuando te hablaron por primera vez de las balas dum-dum, y lo que podía producir al entrar y cómo se desplazaba antes y después de penetrar en el cuerpo y todo aquello de la pequeña cámara de aire y el huequito y cómo era que el huequito ayudaba a la explosión y cómo fué que te sentiste tan mal que hasta ganas de vomitar te dieron y tuviste que meter el cuento de la indigestión porque si no hasta ahí iba a llegar todo, allí si que te cortarían, y tuviste que ir al baño, y en el baño lloraste pero de la arrechera que te producía

el sentirte tan débil, tú que te habrías creído siempre tan bien cuidada, tan deportista tú, tan ágil, tuviste que llorar. Se supone que tus compañeros trataron de distraerte durante el trayecto y que la peluca rojiza, que ya sabemos que habrías comprado en Sabana Grande porque el Ñato ya lo dijo, no se te rodó ni te causó problemas; es más, que hasta en los cruces de las alcabalas móviles mantuviste serenidad y pudiste ejercer tu alegría y coquetear sin exageraciones, sin desplantes histéricos ni sospechosos, que hasta en el momento del reventón del caucho te portaste a la altura.

Se supone que fue en el extremo del correaje, ya en el pueblo, donde se presentaron las dificultades, donde los del SIFA habrían estado esperándolos por uno de esos azares y de esas sopladas que siempre pueden ocurrir y el moreno que iba, o iría, en el asiento trasero del carro que conducías se habría dado cuenta, justo después que hay que estar mosca, había dicho, y luego habría contado el chiste de la mosca y hasta tú lo habrías celebrado, tú, Gracielita, que ya estabas a punto, en el extremo de la tensión y te reías más con una contorsión que con una risa de verdad; el moreno, digo, se habría dado cuenta y habría olido bien a una distancia suficiente como para intentar todavía escapar aunque ya no tuviera sentido alguno; se supone que todo esto habría ocurrido y que la última en bajar del carro, habrías sido tú, ahora inmóvil casi porque no te lo esperabas, o sí te lo esperabas pero no querías creerlo, claro, habrías bajado cuando era una locura ya dar un paso siquiera, siquiera un movimiento, pero habrías corrido de toda forma, para qué pensarlo, para qué y sin pensarlo habrías escuchado detrás el tableteo sordo casi de las metralletas y habrías sentido como un cuerpo ajeno, el tuyo, caía, mientras intuías una última escena yéndose de tí, fundiéndose con un polvo espeso y amarillento que ya paladeabas, abajo, tendida en la calle.

¿Aló, Ñato? Claro que soy yo, Graciela, ¿quién iba a ser? ¡Pero qué te pasa! ¡Claro que estoy viva! ¿Aló, aló? Ñato, ¿te sientes mal? ¿Quieres que cuelgue? Bueno, déjate de estupideces. No, no soy la del periódico, soy Gracielita, tarado. No, yo no fuí para allá, estuve más lejos, pero no es problema tuyo, nené. Si, no fastidies. Todo a las mil maravillas, chévere, estoy completica. ¡Claro que fuí! Si te cuento te mueres, pero nones, nené, nones. ¡Ay Ñato! Vi unas camisas lila de espanto; sé buenito y vamos a comprarnos dos, ¿quieres? Okey, a las cinco. Una para tí y una para mí, unisex, nené, hazme caso, llévate los pantalones blancos. Si, en Carnaby. A las cinco. Chao, chaíto.

Colgarás el teléfono, Ñato, y acudirás a la cita. En Carnaby de la Calle Lincoln se habrán agotado los modelos y Gracielita te arrastrará casi a la sucursal del Centro Chacaíto, viernes 6 y 30, se probarán las camisas y comprarán cuatro y luego, en el cafetín, en una mesa situada al lado de la que ocuparán Henrique y Patricia —a quienes, claro, no conocerán— Gracielita devorará un Club House, se excusará para ir al baño y, como siempre, se escurrirá en su Mustang blanco, sin que tú te enteres, ávida hacia la noche de Sabana Grande.

LA DULCE LOCURA (II)

(Donde Ernesto esquiva una amenaza)

Qué iba a hacer precisamente a esa hora. Entré a Las Moras a pesar de que cuando me asomé lo primerito que ví fue a aquel tipito rubio, que ya había visto antes, cuando el escándalo de las botellas en El Jarama, que se salvó de vaina sólo porque el otro, que también era marico, puso en marcha la hermandad después de haber tumbado tres garrafones de vino de cosecha imprecisa, dos bandejas con rodajas de salchichón, y perforado un cartel de gran tamaño donde anunciaban a dos de los Girón, creo, y a El Cordobés o Paco Camino. Nada más para empezar, nada más y eso porque el revolvito, que era un ocho y medio de cinco tiros, español también para completarla, había quedado rápidamente vacío, para congoja del percutor y del viejo calvo que era el dueño del arma y el causante de todo el lío, sólo por un problema de apuestas que ni él ni el otro: el gordo, recordaban ya, porque habían salido al baño alternativamente en el transcurso de la habladera y qué carajo que se iban a acordar.

Decía que el catirito se había salvado porque Bili di Kid, anciano, puso a funcionar la hermandad con él, que no tenía nada de vaquero, pero que sí, por lo que parecía, le gustaba saltar el ruedo y quedar del otro lado, la puso a funcionar, digo, porque para cuando apareció la justicia vestida de vulgar transeúnte como cuadra para la ocasión, ya los únicos que quedaban en escena eran el par de viejos (Bili y el otro), el ca-

tire, que estaba en una mesita del fondo leyendo la contraportada de un lomplei del grupo Cridens, Antonio —el dueño del bar o taberna o cantina— y su esposa; quien mientras afuera a Paco Camino le perforaban el ojo izquierdo, ella preparaba, adentro, en la cocinita, una ración de callos que me juró eran a la madrileña a pesar de que ella, la esposa del dueño, era de Oviedo y no de Madrid como Antonio (yo iba a decirle que me daba igual de dónde coño fueran los callos y que lo único que quería era comer cuando me acordé, precisamente, de lo que me había dicho de su padre y de las minas y todo el cuento del Norte y la defensa de Madrid, que no está en el Norte sino en el medio, pero era tan arrecha como Oviedo, y lo único que pude decirle: "Es cierto, si no son de Oviedo no son callos", y ella se fue riendo y yo me di cuenta que me había equivocado, pero que era lo mismo, al fin y al cabo).

Decía que no era de Madrid como Antonio, y mientras esperaba los callos de Arizona, de Colorado, de Texas, antes que Bili di Kid comenzara a disparar, me puse a pensar que la tal española estaba buena, a pesar de todo, y que me recordaba a alguien, quiero decir, que se parecía a alguien que yo conocía o recordaba y pensé en un falso retrato de Lucrecia Borgia que había visto una vez en la biblioteca del liceo, y como los Borgia o Borja eran españoles, en el fondo no resultaba una locura, a lo mejor Antonio hasta se parecía a César, el hermanito, pero esa comparación sí que superaba ya mi iconomnemia, como dijera Guaica, porque de César lo único que recordaba era que era Obispo y que había liquidado al hermano (¿o fué el Papa Alejandro?), de manera que corté por lo sano y le dije a Antonio: César, manito, por favor, déjate de pendejadas y tráeme otra Cuba Fidel. Sonrió y de bola que me la trajo porque aunque a los españoles, no se por qué, o sí se pero no lo voy a contar ahorita, a los

españoles les saca terriblemente la piedra servir una cuba libre, a Antonio no, o también pero lo disimula, porque en su tiempo fué un buen camarada, y uno lo puede joder poniendo a Fidel de adjetivo.

Pero estábamos con lo del catirito y el viejo, resulta que fue en ese momento, cuando Antonio se fue a servirme el ron, cuando Bili el calvo sacó su revolvito e impuso la ley en el viejo oeste. Resulta que todos los borrachitos se pintaron y resulta que Antonio, que para algo tiene uno amigos y es comunista, Catire, me dijo, métete atrás, en la cocina, sabes que a ti te pueden joder; yo me metí con desgano porque ya la rasca estaba apretando y porque me había olvidado de los callos y de Lucrecia, que estaban precisamente en la cocina, esperándome. Lucrecia estaba asustada y creo que fué por eso que brincó como una ranita y se me guindó del cuello, y mientras se pegaba contra mí y unas teticas puntiaguditas se me pegaban contra el pecho, ¡olé!, y unos suspiritos exhalaban de golpe todo el perfume de todos los versos de García Lorca y de todas las noches de Andalucía (a pesar de Oviedo, etc.), yo no me la llevé al río porque aunque no me importaba que no fuera mozuela y que tuviera marío, realmente no había tiempo para montarle a Antonio ni siquiera unos cachitos, parciales, ni siquiera unos pitones afeitados, ni siquiera porque cuando íbamos para lo mejor, Lucrecia da un gritico y un brinquito y señala hacia el hueco de despacho, el que comunica la cocina con el bar y, ya lo adivinaron: por el cuadrito se veía al fondo, en la puerta, la sin par entrada de los funcionarios de la justicia, de civil, como dije antes.

Claro, entonces fue cuando me chorrié, y pensé que Antonio se la había comido al mandarme a la cocina. Vi claramente que me estaba comportando como un cochino y mientras me chorreaba retiré del cuerpo de Lucrecia la última garra pecadora y me sentí tan mal,

tan despreciable, que no se me ocurrió, de golpe, otra cosa que ponerme a pensar en la hermandad, en la justicia y, ¡cosa rara!, en Mahatma Gandi y Lenin.

Lo cierto fue que Bili enfundó el humeante cañón y mientras se ajustaba el tergal, metió la mano derecha, o algo mojado y parecido a eso, en el bolsillo, "tenga, autoridá", y le entregó tres carnets, yo los vi con estos ojos azules, a la comisión del Sherif, como si estuviera entregando una misiva a un esclavo y no los tres carnets a la policía. Tenga, dijo, y comenzó a tamborilear sobre el mostrador, más bien sobre los pedazos de salchichón que estaban sobre el mostrador. A través del cuadrito del huequito de la cocina no se podía ver la cara a la comisión de esclavos cuando leían las misivas, pero por la sonrisa de satisfacción que ponía el gordo que andaba con el calvo Kid, todo parecía marchar bien para los amos. Afortunadamente para mí porque cuando los tipos, devolviendo los carnets, suplicando disculpas, arrastrándose de rodillas ante el calvo y el gordo, les pidieron la bendición, sollozaron y se arrepintieron, lloraron y se dieron golpes de pecho, cuando los esclavos después de hacer todo esto se preparaban a pagarla con Antonio y a requisar al catirito que era el único que se había quedado en las mesas, y tal vez a entrar en la cocina a echar un pellizquito a Lucrecia y a rodarme a mí, ¿qué creen que pasó?, que el viejo Bili de forajido cambió a marico con una velocidad increíble, y cuando vió que la frágil anatomía del catirito estaba por sufrir las rudezas de los esclavos, se echó una partida que casi que se cae del taburete de la barra, aunque a medias alcanzó a realizar una ridícula pirueta de equilibrio y chasquear los dedos desde el aire, no sin antes picarle un coquetísimo ojo al catire (no a mí, que estaba en la cocina, al catirito mariquito más blondo que estaba en la mesa pegada a la pared), y cuando chasqueó los dedos puso una voz mucho más ronca que la que le habíamos oído hasta ese momento. Dejen a

esa señoritinga, tranquila, compañeros, dijo; y Lucrecia y yo, que habíamos estado viendo desde el cuadrito de la cocina, nos reimos sin alborotar porque habíamos visto la picada de ojo que le había echado y lo veíamos ahora, a Bili, cómo se pasaba la lengua por el labio superior y ponía los ojos entornados viendo hacia otro lado para que los esclavos no se dieran cuenta.

Cuando ya creíamos que se iba a bajar del taburete a taconear entre las mesas, le pegó un grito a Antonio, suspendió para despedir a los de la comisión que no querían echarse un palo porque andaban precisamente trabajando, y le dijo a Antonio que sirviera un palo gratis para todos y, por supuesto, al catirito lo que pidiera.

Como ya se había calmado la ridícula disputa y se había logrado la pacificación en el viejo Oeste, Antonio, muy sensatamente, muy conciliadoramente, muy temerosamente se acogió a la alternativa de servirle a Bili (que de pronto había decidido cambiar el escocés por el vino), otra botella, es decir, una botella, porque era la primera de vino, y prácticamente arrebatarle de un salto el billete de quinientos que Bili o Nerón, alias el calvo o el amo, le mariposeaba desde lo alto "para cubrir todos los gastos", también, por supuesto, incluidos los destrozos, las garrafas derramadas, los tubos de salchichón y el ojo de Paco Camino. Aunque, en verdad, la cuestión de arrancarle el amarillo no fue fácil, porque Nerón lo agitaba furiosamente para que el catirito lo viera bien y no se equivocara. Nada, que el catirito lo vió, que él invitó al catirito a sentarse, que el catirito se sentó, que Antonio pudo por fin quitarle el billete de la mano (Antonio aunque fue comunista, es comerciante, y las cosas no están, precisamente, como para despreciar 500 hermosos libertadores), que Antonio guardó bien el amarillo y le dió el vuelto, que yo terminé de comerme (¿o fué entonces cuando comencé?: tendré que ver lo que dije al comienzo), comencé o terminé de co-

merme el plato de callos, que Antonio entonces entró a la cocina, que me dijo ¿cagao, catire?, ya se fueron, no temas; que le dió la mano a Lucrecia; y que yo sentí que menos mal que no le falté a Antonio con Lucrecia, porque realmente era un tronco de tipo: si me encanaban ahora, ¿qué coño iba a decirle a los muchachitos de la brigada, que estaba comiendo callos y me rodaron?

Sólo que ya no podía seguir allí, desgraciadamente había terminado de comer y Nerón, el catirito y el gordo, se habían ido ya danzando dulcemente por las veredas de la noche y arrancando como desesperados las cayenas del restorán de la esquina, y cantando algo así como "hay que vivir esta vida, teniéndote cerca de mí hasta que muera", creo que por iniciativa del gordo y de Nerón el calvo, aunque cuando cruzaban la esquina de la Casanova, lo último que ví, fue que el catirito decía que tenía mucha sensibilidad, y hablaba algo de Los Bitels y de la música total o de todas las músicas, mientras abrazaba el lomplei que antes estaba leyendo en el bar, antes de comenzar el tiroteo, y que él podía identificarse o afiliarse o algo así con o ante cualquier tipo de música, inclusive esa que el gordo y el calvo estaban cantando.

Cuando vi a las tres sílfides danzando tan alegremente no sabía todavía que luego iba a volver a encontrarlos, más tarde, aquí, en Las Moras, donde los he encontrado, es decir, allá donde los encontré esa misma noche, más tarde. Sólo que yo no me fuí inmediatamente a Las Moras sino que me quedé en El Jarama otro rato; primero, porque Antonio me ofreció rematar a puerta cerrada con un vino que "estaba para lamerse", así dijo. Segundo, porque me di cuenta que no sabía realmente el nombre de Lucrecia (la culpa la tenía Antonio que era ahora cuando la traía para el bar a cocinar, porque estaba sin ayudante). Tercero, que ya me estaba enratonando y el cuerpo y la cabeza me pedían otro palo. Cuarto, que no iba a rechazar a Antonio después que me había salvado del encanamiento. Quinto, que ya la puerta estaba cerrada y no había peligro que volvieran los esclavos de Billy. Y sexto, que hay que dejar tiempo en la narración para que el trío de pendejos que se acaban de ir llegue a Las Moras antes que yo, puesto que así lo exige la novela, puesto que ya dije, ante Uds., que los iba a encontrar luego y qué voy a hacer.

De modo que hubo tiempo para celebrar la recuperación de los daños, que, después de todo, no eran tales sino una gran tajada para Antonio y para Lucrecia (¿cómo se llamará Lucrecia?), para acabar otra botella de vino, es decir, para que Antonio acabara con otra botella de vino (porque fué él quien se la tomó), para que Lucrecia se dejara tocar las rodillas con las mías por debajo de la mesa, que está precisamente debajo de la cabeza de toro disecada, y para que Antonio imitara, bailando flamenco, borracho, encima de las mesas, y mientras Lucrecia y yo aplaudíamos y nos aplaudíamos nuestras rodillas y nos tocábamos, a los maricos que acababan de salir, o más bien, al calvo Bily, para que imitara la picada de ojo y los suspiritos. Y no seguí en aquello sencillamente porque Antonio se metió un coñazo contra el toro disecado que estaba colgado de la pared y resbaló y cayó de la mesa y el toro cayó atrás de él y casi que le clava los cachos y casi que nos pesca a Lucrecia y a mí (a las rodillas) en el jamoneo. Pero no le ocurrió nada, salvo que la rasca se le pasó en un setenta por ciento, y tuve que despedirme de él y de Lucrecia; y ellos tuvieron que despedirse de mí; y Antonio, tal vez recordando que le habían salvado la noche, que el billete de 500 del calvo le había salvado la noche, dijo algo así como: la flufixia noshhh blaggra, que yo oí: la inmundicia nos caga; pero que me di cuenta que no era, que no era eso, cuando Lucrecia le dijo:

—Vamoz, amor, si, la justizia nos paga; pero ahora vamoz nozotroz un ratito a pagarle a la cama, zi?. Y salió a despedirme a mí hasta la puerta, que tenía la llave pasada por dentro.

Fue cuando le dije:

—Lucrecia, ¿cómo es que tú te llamas?
Y ella me dijo:

—¡Cómo que Lucrezia! —me dijo riéndose, gozándose—. ¡Loco!, Mari Carmen es que me llamo.

Por supuesto, cómo se iba a llamar siendo española. Dije. Dije y me fuí silbando pero no Los Gavilanes sino aquello que dice: si te quieres casar con la chica de aquí/ tienes que ir a Madrid a empuñar un fusil. Y de allí pasé a silbar (quiero decir, iba silbando la música, pero por dentro iba cantando la letra), aunque la música es la misma, a silbar: si te quieres casar con la chica de aquí/ tienes que ir a Falcón a empuñar un fusil. Y silbé, también, lo del puente de los franceses, y lo del paso del Ebro, y lo de si me quieres escribir ya sabes mi paradero, y ya estaba pensando en el monumento del Valle de los Caídos, cuando me dí cuenta que en lugar de doblar en la Calle Real de Sabana Grande hacia arriba, buscando más pelea porque todavía estaba encarburado y ahora era cuando, había doblado hacia el lado contrario de manera que ya casi estaba llegando a la Plaza Venezuela, y ¿qué coño hacía yo allí? ¿Qué coño si ya el Tic-Tac y el Paprika estaban más enredados que maneto en bajada y no se podía aprovechar, por lo tanto, no se podía aprovechar la ocasión de seguir hacia arriba, hacia Los Caobos?, me devuelvo por donde mismo con mi adarga bajo el brazo y me digo que la noche es nínfula todavía.

QUITARLE LA CORONA AL REY

(Donde se da razón de las extrañas motivaciones de Adriana)

Primero lloré mucho, pero fue porque a Mariela se le había caído un ojo, la bicha esa de Gioconda que se lo sacó porque no le quise dar el yoyo con piedras brillantes que me había sacado en la piñata, ¿y no fuí yo la que tuvo que revolcarse en ese patio tan horrible? ¿Y no fué a mí a la que le arrancaron el lazo? Y de mi vestido nuevo, prívate! Y la vieja, la mamá de Gioconda, tienes que dárselo, encanto, tú estás mayorcita, y yo que por qué si me había costado lo que me había costado y saqué el lazo de la cartera y le dije mire a cuenta de qué si ella no quiso meterse, y por qué no se metió también si estaban todos los pichurritos y la única era ella, ay no quiero que me toquen, sentada en la mesa de los grandes, dándose esos humos como si fuera gran cosota, tienes que dárselo encanto, pero entonces cambió, se fue como arrugando y poniendo una cara toda fea, más tarde mamá me dijo una cosa que no entendí, pero que debe haber sido una grosería porque tía se puso brava y le gritó que esas cosas no se deben decir delante de una niña; se puso histérica esa bruja, eso fué lo que me dijo mamá de la vieja, ¡ah!, porque cuando yo le dije que no le iba a dar nada y que el yo-yo era mío y todo eso, ella me dijo que iba a venir el viejo que se roba los niños y me iba a sacar los ojos, como si creyera en eso, y le zumbé una sonrisita para que le doliera: yo

ya no creo en eso, se lo dije; entonces puso una cara más horrible todavía y entonces fue que me gritó que si no me los sacaba el viejo me los iba a sacar ella misma en persona, qué lástima Adrianita, tus ojitos tan lindos que te los vaya a sacar. Yo me hubiera quedado tranquila pero entonces fue cuando pidió el tenedor y yo creí que de verdad me iba a puyar los ojos y salí corriendo para donde estaba tía Eloisa y le conté todo, y tía que me quiere, ella dice que la sobrina que más quiere soy yo, y como ella no se casó y no tuvo hijos, dice que yo soy su hija, y tía entonces le zumbó una mirada que la hubieras visto, daba miedo, y entonces fue que la mamá de Gioconda por fin me dejó tranquila. En eso nos fuímos a los columpios, porque tú sabes que en la casa de al lado queda un colegio y todo eso, allí estaba yo muy tranquila y entonces veo a la Gioconda que empieza con una sonrisita y un misterio y una paseadera agarrada de manos con otra más chocante que yo no sé ni de donde salió, y yo tranquila pero también rara porque no sabía de qué se reía y yo la conozco. Entonces agarré la cuerda y me fuí a saltarla en la calle, tú sabes, no quería estar cerca de ella, pero yo que me voy con Luisa y ella que vuelve a pasar, Luisa quería que no le hiciera caso pero me molestaba que me siguiera y cuis cuis cuis con la otra, hasta que la pesqué no se qué cosa de una muñeca nueva y entonces me acordé de Marielita, tú sabes, yo la había dejado adentro donde estaba la gente grande jugando barajas, la puse en una silla cerca de mi tía para que alguien la cuidara, me acordé y me traje a Luisa, esa es capaz de hacer cualquier cosa, vente, y me la traje para adentro, vamos a sacar a Mariela para un paseíto, porque ya yo me figuraba, llegamos y muérete que allí estaba mi Marielita, con todo y sus vestidos acomodados y todo bien, yo alegre, pero cuando la cojo cargada y la enderezo le veo en la cara ese hueco negro: la bicha esa le había sacado un ojo a mi Mariela y allí mismo se lo había dado a Pepe, el hermanito, que a todas estas estaba muy tranquilo en

el jardín jugando metra con el ojo de Mariela. Te lo juro, Paquita, hubiera preferido que me sacaran a mi los ojos y no a ella, te lo juro.

Nueve años después sientes que es demasiado tierno el lecho y demasiado dulce el cuerpo que descansa a tu lado, respirando bajo un ritmo lento y profundo, es demasiado dulce para permitir que el recuerdo de esa discusión sin consecuencias, temprano, a mediodía, te estropée esta increíble tarde de sábado. Razonas esto y así ya es mejor: estás agotada ligeramente y sientes aún el frío de las últimas gotas de sudor que se evaporan en tu cuello. Una oportunidad para reconstruir los hechos, dejar que estos últimos días pasen sobre ti, regresen con esa violencia que tú nunca quisiste permitirles. Sin embargo, lo único que puedes hacer ahora es recibirlos; de pronto la vasta plenitud que una vez habías deseado o temido, es tuya, te sientes aficionada poseedora de un tesoro desconocido cuyo brillo te desconcierta: está allí y todo lo que puedes intentar es abandonarte a su contacto porque el esplendor proviene de todas partes, ineludible, como pequeñas partículas de luz sus matices flotan en la habitación, yacen al lado tuyo, los respiras, se escurren en tu almohada y te inundan, atrapándote en esa sensación única que ahora conoces. Te volviste hacia la pequeña mesa, al borde de la cama, arrastrando las sábanas. Te exigías cautela, querías que tus movimientos fueran gestos leves, no debías despertar a tu amante que reposaba a tu lado: prolongabas esa soledad a medias, esa corta intimidad que te permitía su sueño.

Te vuelves hacia la pequeña mesa, enciendes un cigarrillo y diriges la luz del fósforo hacia la izquierda: un cuerpo a tu lado. Te produce un estremecimiento extraño ese rostro en reposo que te parece desconocido. Vacilas en llamar audacia a la vibración que te ha traído hasta este sitio: tercera vez que vienes, pe-

ro te luce nuevo porque es ahora cuando lo ves desde la cama, todas esas siluetas a medias entrevistas en la penumbra, el closet abierto y tu ropa tendida en el pequeño puf, apenas iluminado desde el baño.

¿Vas a mirar por la ventana? ¿Vas a quedarte reposando, simplemente, siguiendo el ritmo pausado de la respiración, a su lado? ¿Vas a bañarte, sin ganas, sólo porque te sientes pegajosa y piensas que hay que apurarse? Voy a mirar por la ventana. Miraste desde la ventana. Afuera llovía con una violencia inusitada, imposible de predecir a partir del ruído sordo del agua que te llegaba a través de los cristales. Tal vez no sería tan tarde como habías imaginado: tres pisos más abajo, los faroles todavía apagados de la avenida concedían la presencia de una penumbra limpia, que diluía en tí una paz desconocida. Abajo, detrás de los cristales del carro, debía estar tu paraguas. Su Carro, piensas así en mayúsculas, y te acuerdas y vuelves a mirar el cuerpo que reposa aún sobre la cama, ajeno a ti, las ropas revueltas apenas cubriéndole el torso y el rostro inexpresivo, quiero decir: ahora, no una hora antes, no, porque una hora antes este mismo de ahora era un rostro tierno así, extrañamente convulsionado, hasta el punto que tú misma llegaste a asustarte, porque estabas todavía iniciándote en estas cosas y no te acostumbrabas a reconocer la expresión del éxtasis, como luego te lo dirían, con estas mismas palabras, estos mismísimos labios que aspiran y expiran contra la almohada, a tres metros de ti.

Ahora, insisto, porque una hora antes, giraba alrededor de ti, por encima de ti, a lo largo de toda tu piel, de toditos tus poros, abriéndolos, con la punta de esa lengua insistiendo sobre cada rincón, sobre cada zona increíble, dándoles nombre nuevamente, poniéndolos a vivir, los pone a vivir y tú te das cuenta, entonces, por primera vez, que tienes senos y boca, y despiertan tus brazos y tú respondes tratando de hacerlo bien porque esto es demasiado para tu cuerpo, para tu

sexo es demasiado ese otro cuerpo que batalla y danza y te ama, debajo, por encima, al lado de tí; danzó y te amó, en todos esos sitios, hace una hora.

Tres pisos más abajo, un espeso vaho testimonia el cese de la lluvia, dejando apenas ese resplandor frío que contrasta con tu guarida, Adriana, cálida y mullida.

Ves tu imagen reflejada contra el espejo, al otro lado de esta habitación que hoy recorres y te contiene, ávida, a pesar de tu negativa, a pesar de que tragaste saliva y protestaste levemente cuando tu acompañante te invitó, escuchamos unos discos y ya, te invitó agarrándote por la mano y tú supiste, asustada, que te amaba, y, ¿recuerdas?, no sabes por qué te acordaste estúpidamente de papá y te animaste y te dejaste llevar y aquí estás.

Papá que nunca está se antojó de venir ese día. Cuando llegué con tía Eloísa mamá se había llevado a Eduardito; porque papá había tomado y le había pegado y no quería que Eduardito viera eso, así es que pasa siempre. Tía Eloísa me había comprado un helado en Crema Paraíso para que yo no llorara, pero yo no hacía sino tocar el ojo de Marielita y tocar a Marielita y verle el hueco que la bicha de Gioconda le había dejado en la cara, y cada vez que se lo tocaba lo que me daba era más ganas de llorar. Y me daba rabia porque uno sabe que ya está grandecita para estar con tanto alboroto. Hasta tía que siempre es tan cariñosa conmigo me dice siempre que una niñita de diez años no debe estar llorando por esas tonterías, hasta tía, imagínate, entonces a mí me da pena, porque además me dice que tampoco debo jugar ya con muñecas ni chuparme más el dedo porque ya estoy grandecita para esas cosas. Entonces me acuerdo de eso, ¿ves?, y es cuando me da más rabia porque de verdad no le debería dar el gusto a la Gioconda llorando por eso. Y tú vez que yo me aguanté, me hice la loca cuando en-

contré a Marielita, en la fiesta, cuando la levanté para verla me dieron ganas pero me aguanté porque sabía que la bicha esa me iba a estar viendo y no iba a darle ese gusto; pero cuando salimos afuera, cuando nos vinimos, porque sabrás que yo le dije a tía enseguida que nos viniéramos y ella es tan buena que aunque estaba en el panguingue se vino y fue después que me preguntó por qué lloraba, cuando me puse a llorar de verdad, me preguntó y yo le dije todo, y ni con el helado que me compró, de vainilla como a mi me gustan, ahí en Crema Paraíso, ni así se me pasó lo triste que estaba ni lo brava que estaba, porque después lo que me dió fue rabia. Entonces fue que llegamos a la casa y mamá se había llevado a Eduardito, el único que estaba adentro era papá, pero tía no lo sabía porque la puerta estaba abierta y tía lo que hizo fue pegarle un grito a mamá desde afuera y dejarme en el porchecito. Entonces se montó otra vez en su carro y se fue y yo entré llamando a mamá porque yo tampoco sabía que ella no estaba allí, y que el que estaba era papá y entonces salió del cuarto, yo creo que estaba durmiendo, porque siempre es así cuando llega tomado, tu sabes, ven mi niña, me dijo así, ¿quién es la princesita que papá quiere más? Y me levantó y me cargó. Yo entonces le dije también lo que había pasado en la piñata y le enseñé a Mariela y me puse otra vez a llorar porque él me dijo que no importaba, que me iba a comprar una Marielita nueva que mañana me la traía y que él había visto unas lindas en la quincalla y me la iba a comprar, pero a mí me dió una lástima que no quería otra sino la que tenía, que yo la que quería era esa y que tenía ganas de morirme. Me dijo: mentira, mentira, haciéndome cariños y me llevó para el cuarto y yo me sentía ya casi tranquila y casi se me habían pasado las ganas de llorar, entonces me puso sobre la cama y me acostó, y acostó a Marielita al lado mío y también se acostó del otro lado. Empezó a desvestir a Mariela, vamos a ver si Marielita está enferma, y le fue quitando los vestidos a mi muñeca, le quitó el vestido, le quitó el lacito que tenía en la cola de caballo y le quitó las pantaleticas y la empezó a examinar, decía él, la tocaba por aquí y por allá y por todas partes, y entonces fue que me dijo que por qué no me quitaba yo también el vestido para que viera que Marielita no tenía nada, que no se iba a morir y yo tampoco tenía para qué morirme, que no tuviera miedo, me dijo así, ahora vamos a examinar a Adrianita, ahora el doctor va a examinar a la linda Adrianita, y me fue quitando el vestido y me soltó el pelo y me hizo muchas cosquillas y yo estaba muy contenta porque me gustaba mucho, ¿ves?, me encantaba que me hiciera así y que me besara, pero cuándo me vine a dar cuenta ya estaba yo todita desnuda, prívate, y aquello de verdad si que no me gustó porque entonces empezó a besarme más abajo, allá, tú sabes, y yo: no papaíto, no papaíto, porque yo sabía que eso era sucio y que estaba mal. Y yo llorando y todo, él me abrazó, estaba como loco que me daba mucho miedo, entonces me separó las piernas y me hizo una cosa horrible que me dolió mucho, yo luché y luché, gritando, pero entonces él me tapó la boca, déjate mi niña, me decía, entonces se me fue el mundo y quedé como privada.

Desde el apartamento ves los reflejos brillantes de las primeras luces sobre la avenida. Ha cesado la lluvia, Adriana, y ahora el sonido que escuchas te llega desde el baño: te tranquiliza intuir la presencia de su cuerpo bajo la ducha y saber que te acompañará ahora, esta noche, y muchas otras noches del futuro. No te preguntas dónde terminará esto y sabes que de nada valdría intentarlo. Apenas te encuentras extraña, agotada, y por momentos sientes todavía la impresión irreal de tener un cuerpo al lado tuyo: un cuerpo que ahora conoces bien y que estuvo todo este tiempo llegándote a retazos, con cautela, casi escondido detrás de las tazas y los sobrecitos de azúcar en lar-

gas conversaciones de cafetín, en las tardes de compras por la Calle Real de Sabana Grande o en los sorbos de los yintonics para apagar el aburrimiento o la emoción súbita: la presentación, la primera cita cómplice, la duda, el primer roce, enjabóname la espalda querida, y una risita que te viene desde el baño y luego un chistecito sobre el jabón y tú vuelves a pensar diez años antes o una hora antes, qué más da, y todas las imágenes siguen llegándote juntas, como en una tira cómica.

—¿Lista, querida? ¡Adriana, te estoy hablando! ¿Qué te pasa?— Te dice mientras sale del baño, secándose, mirándose coqueta en el espejo.

—Lista, querida— Le contestas sonriendo, y te apresuras y le alcanzas la falda y las sandalias.

Ella se sienta al borde de la cama, ven, y tú te acercas, Adriana, mirándola largamente antes de besarla.

Entonces cuando desperté papá se había ido y mamá no había llegado y ya era de noche y yo sentía mucho frío porque estaba desnuda y como toda mojada, así, entonces agarré a Marielita que estaba dormida con el ojo que le quedaba y no tengas miedo, le dije, pero yo no tenía ganas de decir eso, yo de verdad lo que tenía era frío y unas ganas horribles de morirme.

CONSEJOS PARA ERNESTO

(O: qué fácil es vivir conociendo el futuro)

Haz esto: razonas que vale la pena intentar un trago en El Jarama y tal vez comerte algo, porque hasta ahora no lo has hecho. Luego te sientas en la mesita del fondo, no la última, por supuesto, porque no podrás: allí estará el catirito medio loca él que luego te encontrarás más tarde en Las Moras, pero sí en la penúltima, la que está debajo de la cabeza de toro. No te conviene sentarte muy cerca de la puerta porque el calvo que verás en la barra puede comenzar a disparar en cualquier momento, sabes que debes ser precavido. El mesonero seguramente te saludará, recuerda que es el dueño y que es buena gente: respóndele el saludo.

Si por casualidad también está allí su esposa, podrás ver que no anda mal que digamos, pero no puedes propasarte con ella, aunque tampoco deberás despreciarle totalmente las miradas que te lanzará, porque te va a mirar, ya lo sabes.

Si el calvo efectivamente comienza a disparar por una tontería cualquiera: por ejemplo una discusión con el gordo que lo acompaña, no te preocupes, imagina que es por ejemplo Billy de Kid y más nada. Claro: deberás irte al fondo, esconderte en la cocina, tal vez, pero en ningún caso temas: esto ya está escrito y narrado con lujo de detalles y todo el mundo sabe a cabalidad

que nada te va a pasar, que nada te pasó efectivamente.

Te conozco y se que te provocará galantear a la esposa del dueño, una vez que estés en la cocina; no te hagas ilusiones; la policía vendrá a investigar y tú tendrás que agradecerle al español el gesto de haberte protegido en su propio negocio.

De cualquier manera no vas a salir mal parado: el calvo pagará los daños ocasionados por su competencia de tiro al blanco, los policías se habrán ido, los clientes habrán abandonado el negocio, todo volverá a la calma y nada más.

¡Ah! Si el dueño te invita a unos vinos: acéptalos. Podrás salir poco después sin pagar la cuenta (porque será parte de la celebración, y habiendo comido y habiendo bebido y con el espíritu alegre y con toda la noche y toda Sabana Grande para continuar viviendo.

LA DULCE LOCURA (III)

(Donde Guaica y Graciela entran en escena)

Cuando llegué a Las Moras fue que volví a ver al catirito del Jarama y al otro marico di Kid, no recuerdo qué era lo que estaban haciendo cuando entré, pero como ya dije antes que estaba llevándole una aceituna a la boca al calvo, quiero decir, el catire le estaba llevando una aceituna a la boca al calvo, como ya lo dije o lo pensé antes, no tengo más remedio que sostenerlo. Lo cierto es que yo que me asomo y lo primero que veo es la escenita esta. A joder con Sócrates y sus discípulos!, pensé, mientras sentía que estaba ofendiendo sin querer a Sócrates, aunque quién sabe si él se honraría, y ya iba a salir cuando escucho, ¡Poeta!, y a quién imaginan ustedes que encontré si no al mismo Guaica, al mismo Guaicaipuro Rodríguez. Me acerqué pensando que yo no tenía un pelo de poeta, y que los poetas deberían dejar esa mariquera de llamar a los demás poetas, al menos a los que no lo son, pero, ¡qué carajo!, lo mejor era que había encontrado con quien tomar: aterricé en la mesa gracias a un empujón del mesonero, que a su vez había sido empujado por el calvo, que ya andaba de nuevo buscando lío.

—¿Cómo está la vaina? —me dijo Luis, que estaba con Guaica, y por supuesto que me metió el consabido coñacito por debajo de las costillas. Iba a devolvérselo porque me arrecha profundamente la costumbre de saludar fregando a los demás, cuando me llegó el

de Guaica, que en vez de localizarlo en el costillar lo asestaba por la espalda, a la altura de las cervicales. De bola que me resigné y de bola que me senté y de bola que me sonreí:

—Vengo directamente de la India— dije; acordándome no sé por qué, de la resistencia pasiva.

—No me digas, payaseaba Guaica, y yo que estuve en el Nepal y no me avisaste nada. Qué vergoña, amiguito, qué vergoña tan grande. Hubiéramos vistos juntos el Taj-Mahal, hubiéramos escalado las heladas cumbres del Himalaya, hubiéramos ido hasta a saludar al camarada Mao, el hombre que es el mejor teórico de la cirugía, del ping-pong del mundo, de la moda, de la filosofía, de la política, de las leyes de mercadeo, de la industrialización, de la propaganda, de la familia, amiguito, el mejor teórico de los anuncios luminosos y del marxismo y de la alimentación y de la natalidad y el control de la natalidad, y del empleo y la revolución, el mejor teórico del amor que hay en el mundo. Hubiéramos aprendido con él a criar a los animales, a sostener la paz, a impedir que los átomos se dividan y se coaliguen a demasiada velocidad y a hacer que lo logren lentamente, suavemente, y a producir electricidad y a formar guardias rojos, y a cosechar el maíz de nuestras fértiles tierras amiguito, ¡ah!, el Taj-Mahal. Me hubieras avisado, yo hubiera ido a visitarte.

Mientras tanto los lentes redonditos que tenía ajustados a la cara se le habían deslizado hasta la punta de la nariz, súbete esa vaina poeta, se te van a caer, le dije; a mi lo único que se me cae es el verbo, amiguito, por si no lo sabía, porque todo lo demás lo tengo muy bien puesto, muy firme, amiguito, muy firme. Pero se llevó los lentes hasta la frente.

—¿Qué coño hacen ustedes juntos?— Pregunté, tratando de ver cuál era la expresión de Luis.

—El camarada Luis ha consentido en salir con un revisionista de la peor calaña, amiguito, como el que tienes en frente tuyo. Sólo que no lo puede olvidar y en vez de divertirse ha estado amargo toda la santa, toda la sagrada noche.

Me fijé que Luis en vez de ponerle cuidado a Guaica no le quitaba los ojos de encima a la tipita que estaba con Guaica, sólo que la carajita no quería nada sino con Guaica. Esto va a terminar en un peo, y me levanté para ir al baño. Atravesé un vaho espeso que se le adhería a uno en los ojos, producto del humo de los cigarrillos y de los tabacos, del aire acondicionado que estaba puesto a todo dar y de los perfumes que bañaban los rostros y las ropas. Tuve que admitir que estaba curdo porque había entrado al baño hablando solo; ya está que Luis va a soplar que me vió curdo y seguro que va a exagerar la vaina, y seguro que el gran carajo va a lograr que me den sanción, pero hoy es viernes en la noche o sábado en la madrugada, y además, quién coño es él para reclamarme. Con este pensamiento me repuse y salí, sólo que en vez de irme directamente a la mesa, fuí hasta la rocola a puyar unos disquitos, qué carajo.

Qué carajo, qué carajo, qué carajo, me repetí como treinta veces antes de llegar a la mesa, mientras ejecutaba una sinuosa trayectoria tratando de encontrar una excusa por si Luis preguntaba: cuando llegué a la mesa, sin embargo, no se me había ocurrido nada. Me dije: qué carajo, y me senté.

—El infalible Luis se ha ido, estoy muy triste —dijo Guaica, riéndose—. Mi mujer y yo estamos muy tristes, muy pero muy tristes, non e vero, nonevero, doncella?

—Sí, muy triste.

Cuando salimos de Las Moras ya yo estaba listo; Guaica se montó encima de un carro para dar un mítin.

Afortunadamente, digo por mí, porque yo era el que me iba a joder, el Pasaje La Asunción estaba completamente solo, pero uno nunca sabía, así que en vez de alentarlo me alejé discretamente a escuchar su esplendorosa palabra ductora desde el otro lado de la calle, si es que ésta, si es que aquella vaina se podía llamar calle, y me escurrí detrás de un poste, ¡Colombianos!, comenzó, coño!, ya está que nos van a rodar, yo quiero verlo explicándole a la policía que él no es colombiano, y que Bolívar comenzaba así los discursos cuando la Gran Colombia (¿era cuándo la Gran Colombia?), lo último que oí fue lo de Colombianos, porque en ese momento eran Rodrigo, Guido y Argenis quienes venían de los lados de la Casanova y no la policía, y como no me habían visto, pensaron seguro que Guaica las tenía de este tamaño para estar gritando colombianos a esa hora y curdo sobre la capota de un Mustang, puuuyalo, gritaron y vengan los aplausos y vengan las pitas, y mientras Guido hacía la pantomima y decía oh, qué hombre tan seductor, tan valiente, qué aspecto, qué desplante, qué palabra, oh, y se desmayaba y mientras Argenis lo recogía y le decía quédate así gran carajo que se me está ocurriendo una idea, jodiéndolo por supuesto, porque a esa hora quién iba a tener ideas, quédate así que se me ocurre la gran idea, la gran toma, y saltaba hacia atrás como una ranita, con los dos pulgares pegados de la frente, y el resto de los dedos haciendo un recuadre, como enfocando con una cámara, ya lo tengo, le dijo, mientras era el gordo Guido el que salía corriendo hacia La Hoguera, porque desde allá era una putica, digo yo, era una putica la que lo estaba llamando y gritó, ya vengo fieles aedas, ya vengo, venus me llama y se fue tratando de correr, pero formando un gran polígono de sustentación con las piernas abiertas, de manera que parecía un carajito de 1.70 aprendiendo a caminar; ¡Colombianos!, volvió a gritar Guaica en vista de que nadie le prestaba atención, dado que no os prestáis vuestros vulgares y plebeyos

oídos os multo a retribuir en vino la ofensa que habéis, la bofetada que habéis, el escupitajo (y aquí, pluch, lanzó un gargajazo), que habéis lanzado a la cara, al rostro inmortal y luminoso de vuestro inmortal conductor, gracias, colombianos, pagad con vino, y vuestro líder pondrá la otra mejilla como recomendaba aquél que tenía varias mejillas, en el vino la perfección, y que la patria y no yo, os lo demande. Aplausos, por favor, aplausos. Guido aplaudía y Argenis, que estaba rarísimo y no sé qué coño hacía andando con ese grupo, comenzó a darle puñetazos a la pared, moviéndose torpemente de un lado a otro, tratando de imitar a un boxeador. Guaica volvió a la carga y desde el Mustang, quiero decir, montado todavía en la capota del Mustang comenzó a narrar la pelea, sólo que en ese momento, para bendición de Argenis que ya casi se estaba despedazando las manos, apareció corriendo Guido, nojoda, y yo que me le acerqué creyendo que era la mía, esa vaina lo que es es un embarque, y yo me acordé de la vaina de García Lorca, que ya me había acordado en el Jarama, y le dije, sin salir de detrás del poste en donde estaba:

—Y yo que me la llevé creyendo que era y no era.

Y Rodrigo:

—Y yo me la llevé a lo alto del cielo con una escalera grande y otra chiquita, pero tenía marío.

Y Guaica:

—Y yo que me la quería clavar y la clavé.

Pero lo que si no esperaba era que la catirita que andaba con Guaica, subiendo por el eterno cordón invisible desde la cultura hispánica del romancero hasta sus primeros y helénicos orígenes, saliendo no se cómo del interior del Mustang desde donde Guaica había lanzado su perorata, dijera así, helénicamente así como lo dijo:

—Y yo que la camelaba con mi carroza Ford, confundiéndola con Safo, y ella durazna.

No me perdono haberla confundido con una ignorazna, pensé para que rimara, y me asusté de la facilidad con que me estaba enamorando últimamente, primero la tal Mary Carmen del Jarama, y ahora este caramelito tropical, me estoy convirtiendo en un puto, qué carajo, una burguesita inquieta, adobadita en cojines mullidos, aficionada al calé, y quién sabe a qué diversos ocultos placeres, razoné estableciendo en cuestión de segundos una muy lógica estructura que conectaba en un sólo plan deductivo la posesión del Mustang, el término durazna, la transparencia de la piel de los pómulos, y la indudable calidad de la batola jipi usada, digo yo, a destajo, perfectamente delatable su parentesco con las boutiques y los desfiles de moda. Pero andaba, anda con Guaica y hay que respetarla, decidí, aunque me sonaba un poco a Tablas de la Ley. Y: eres una mierda, me dije, pensando que algo andaba mal en el silogismo que había intentado, porque cuando estábamos con Luis y Guaica adentro, en Las Moras, ella cargaba la misma bata y ni por un momento se me ocurrió hacer la misma deducción, debe ser que aquí afuera la luna, la animación, la noche, debe ser por eso que la veo distinta. Sólo cuando salí del poste, cerrándome la bragueta sin haber orinado, y aproximándome al carro donde ya la gente se organizaba, fue que me di cuenta que era el Mustang que poseía y no la luna, lo que la había hecho ascender hasta esa altura de la pirámide de prestigio donde yo la miraba ahora, ubicada gloriosamente adornada con su bata y sus collares y sus sandalias de cocuiza y sus motas goajiras, todo dentro de las motivaciones inconscientes del consumidor.

—No sé qué hacer con las mujeres de mis amigos —dijo Guaica payaseando—, haciendo que se me pararan los pelitos por aquello de la clarividencia. Este hablará muchas pendejadas pero es más inteligente

que el carajo, pensé, y me enfundé las manos en los bolsillos, para ver si así se me ocurría una cortadita perspicaz de patas. Lo único que me salió fue preguntar:

—Qué mujeres —exhibiendo cara y sonrisita de gafo— (no dieron resultado los bolsillos).

—Las mías y las de los amigos de Pavese, miocaro, la frasesita le pertenece por entero, yo me limito a celebrarla, dijo Guaica, tomando a la jipita por la cintura para meterla de una vez por todas al Ford, sin hacerlo.

—Si lo dices por mí —dije sin importarme si hacía el ridículo o no.

—Los adoradores de Helena —me respondió, haciendo un movimiento de trompeta con la boca hacia donde estaba el resto del grupo.

Fué entonces que me dí cuenta del grotesco cortejo que formaban Guido, Argenis (decidí cambiar mi opinión sobre Argenis, que estaba actuando de una manera totalmente antiargénica) y Rodrigo:

—No sé si darle la manzana a Helena o a la máquina —dijo Rodrigo, sosteniendo entre las manos una fruta imaginaria, mientras los otros dos, detrás, le alzaban la chaqueta a manera de cola.

—Esta es Graciela, futura de Troya —los cortó Guaica, tratando de abortar un gesto de fastidio, propio de hombre de gran mundo que se sabe acompañado de una mujer codiciada y solícita. No tengo que recordarles que Guaica no tiene un pelo de hombre de gran mundo y que la estructura física del callejón La Asunción se presta para cualquier cochinada menos para gestos de esa envergadura.

Estreché la mano de la tal Graciela, pensando que en ese momento tal vez fuera el único especimen feme-

nino en el Callejón que no ejercía el oficio más antiguo.

—Tiene usted suerte —le dije, refiriéndome, por supuesto al hecho de que no tuviera que ser puta para vivir.

Pero como todos saben, excepto los médicos quizás, las mujeres tienen el lóbulo frontal inmediatamente debajo del monte de Venus; así que:

—Oh —chilló como un grillito— no es la primera manzana que me gano, aunque, para ser sincera, es la primera que me otorga un tribunal de artistas. Veremos si esta noche me atrevo a morderla —esta vez mirando a Guaica y tratando de penetrar al carro, gesto que aprovechó Guido para: tiene razón, doncella, ninguna manzana tan... apetitosa como la nuestra, agarrándose con toda la mano un bulto de tela y pene, sacudiéndose para que Guaica lo viera sin que Graciela se diera cuenta de nada. Rodrigo y Argenis se apresuraron para abrir la puerta.

—Yo puedo hacer el papel de serpiente —dijo Argenis, con un ademán sospechosísimo que insisto que no le había visto nunca.

Guaica le había dado la vuelta al carro para entrar por el lado opuesto:

—Te vienes con nosotros, amiguito —me dijo en voz baja, dándome el golpecito por la barriga—; éstos tienen un bonchecito y se están haciendo los locos, pero ya hice el control.

Me di tres coñacitos antes de apoltronarme en el asiento trasero del Mustang: uno contra la pared —ya se sabe que los carros que estacionan en el callejón tienen que montarse sobre la acera— otro contra el techo de vinil, cuando entraba, y otro contra el portacartuchos del reproductor que estaba sobre el asiento, tres coñacitos que no producen dolor sino, ya se

sabe, una especie de arrechera refleja que unida a los vapores me provocaron un odio increíble hacia Argenis, hacia su cara, mejor, que precisamente se asomaba por la ventanilla de Graciela en el momento en que la curda me agudizaba la percepción, fue entonces cuando dijo:

—Yo puedo hacer el papel de serpiente.

—De salamandra quedas más bella, bicha —lo vaciló Guaica poniéndose una mano abierta en abanico sobre la nuca.

—Yo prefiero enrollarme en los palos —le contestó Argenis, no sé si siguiéndole la corriente.

Y dijo otra cosa que Guido y Rodrigo le celebraron pero nosotros no porque ya estábamos fastidiados y porque simultáneamente Graciela pasaba el suiche y los ocho cilindros comenzaban a trabajar y el reproductor encendía el número dos y la Orquesta de Muriat, comprimida, lanzaba sus violines por los canales de salida y los vatios, y Guido, Rodrigo y Argenis ya quedaban atrás, en medio del callejón, enrollándose de la risa.

DIARIO DE PATRICIA CUATRO AÑOS ATRAS

(Donde se cuentan los peligros y las esperanzas de los quince años)

Lunes 18 de Febrero.

Cada vez que te toco con el lápiz me parece que es el corazón el que me toco, querido diario. ¿Te hiero? ¿Tienes tú, como tengo yo, el alma endurecida por los sufrimientos y las penas? No lo sé, sólo sé que sin tí mi vida sería de verdad un desierto sin agua y mis ojos dos grandes lagos inundados por el llanto. Ayer fue mi cumpleaños, pero tal vez debería decirte que fue mi entierro. ¿Por qué todas las muchachas tienen padres y reciben amor? ¿Por qué todas tienen cariño y yo no? Si yo tuviera también cariño, si la gente que me rodea no me mirara como una niña sino como una mujer como soy, esta noche no sería tan negra como la boca de un lobo y este cuarto sería un castillo encantado. ¿Nunca llegará ese día? Nunca es tarde cuando la dicha llega, dicen, pero ya yo tengo quince años que han sido, querido diario, quince años de sufrimiento y amargura. Pero no creas que yo pido mucho, no soy como ésas que sólo se preocupan por lo material, por lo bajo y por lo común, mejor muerta que tener que confesar un pecado tan feo como el pecado de avaricia, si en vez de darme regalos y dinero me dieran un poquito de comprensión, yo sería la muchacha más feliz del mundo. ¿Seré injusta? ¿Será que les estoy pidiendo demasiado? ¿Estoy haciendo bien con

criticar la conducta de los seres más sagrados que tengo? ¿No debo conformarme con recibir este divino don de la vida? ¿No tengo la luna y las estrellas y el perfume de las flores y el aire y el sol? Sí, pero de que valen las estrellas y la luz de la luna llena si no tengo a mi lado un corazón que palpite acelerado como el mío. Para qué me sirve el aire si mi pecho está golpeado por la soledad, y el llanto me ahoga. Y las flores, para qué me sirven las flores si las pobrecitas están tan mudas como yo, y no me pueden consolar. No, yo no soy ambiciosa. Mi alma se conformaría con poco. Si mi culpa es el desear la comprensión de mis padres y el amor de un alma gemela a la mía, si mi culpa está en desear la felicidad, entonces confieso: soy culpable. Pero la vida me ha enseñado que lo que yo deseo es lo justo y que no tengo porqué bajar la cabeza de vergüenza. Papá no entiende estas cosas, él lo que sabe es de hacer dinero y para él todo es por el interés, pero lo que es para su hija no tiene una palabra de cariño, ni un segundo para dar un beso paternal. Si Luis no le gusta, Luis que es todo un caballero, qué deja para los demás. Y pensar que yo de pura tonta que soy no lo dejé venir a la fiesta de mi cumpleaños, y pensar que él que es el sueño de mi existencia tuvo que quedarse parado toda la noche frente al edificio mientras yo adentro escuchaba la música y tenía que bailar en otros brazos que no eran los suyos. Cada vez que me asomaba al balconcito, querido diario, mi corazón volaba para unirse con el de mi amado. Sólo la noche fue testigo verdadero de mi padecer. Yo muriéndome por correr a su lado y él tal vez pensando que yo era una coqueta. Yo que hubiera dado cualquier cosa por ser el muro de donde él estaba recostado. Pero no lo culpo a él, yo sé que es inocente y no le voy a lanzar la primera piedra, pero quien sabe cuántas cosas le pasarán por su adorada frente. En fin, querido diario, me despido, los párpados se me cierran solos y mi alma atribulada pide descanso. La almohada es la mejor consejera en mi

desesperación. Me dormiré pensando: ¿Creerá él que soy una coqueta? ¿Seré feliz en este valle de lágrimas? Si soy un ángel como él me dice quiero volar en la noche y cuidar su sueño.

Recordar para mañana: subir el ruedo al vestido azul, si tengo tiempo; si no, darle las basteaditas con hilo claro.

Martes 19 de Febrero.

En martes, ni te cases, ni te embarques, ni de tu casa te apartes, dice el refrán. Pero para mí este martes ha traído sorpresas y dolores. Parece que el destino ha querido que todas las ilusiones se me escapen por el mismo camino que llegan, el dulce panal de miel se me convierte en amargo tarro de hiel, dejándome indefensa y huérfana.

Te cuento, querido diario, sabes que el carnaval entra la semana de arriba. No te lo había dicho porque creía que para mí nunca llegaría la ocasión de que me invitaran a una fiesta de carnaval por eso pensé que fuese mejor hacerme la loca (tachado), que fuese mejor no escribirte nada y no que te entristecieras viéndome construir mis castillos de arena. Los castillos de arena son como todas las ilusiones, dulce el borde, amargo el fondo, como dice el poema. Porque cuando se derrumban sólo nos queda la soledad y la tristeza. Pero esta vez sí podemos divertirnos juntos, querido diario, y no me da pena decirte que la vida va transformando en realidad mis esperanzas, aunque no quiero contar los pollos antes de nacer. Pues bien, te lo cuento como ocurrió: cuando llegué al liceo esta mañana, estaban Moraima y Clara que tú sabes que son mis mejores amigas, estaban ya esperándome en la puerta. Ya yo iba a sacar el figurín para devolvérselo, un figurín que hacía tiempo que le tenía a Clara y ella quería que se lo llevara, pero no era el figurín lo que les

interesaba, me dijeron, ahí mismo en la reja de afuera, sin dejarme entrar que me tenían la noticia del año. Tú sabes que yo no estaba para noticias porque conoces todas mis tristezas y mis secretos y sabes lo mucho que sufrí ayer por eso que ya tú sabes, pero aunque mi corazón estaba en otra parte, surcando no sé qué rumbos, no pude evitar que me picara el gusanillo de la curiosidad. Cuando llegamos adentro, con la risita y la echadera de broma, tú sabes que estábamos entre amigas, yo no pude evitar que el corazón se me saliera del pecho de lo fuerte que eran los latidos. Les dije que eran unas histéricas y otras palabras feas y que si ellas decían que eran mis amigas tenían que decírmelo y sacarme de esa angustia que me parecía que no acababa nunca. Moraima fue la que me tranquilizó y me sacó de aquella duda, que cruzara los dedos y que aguantara la respiración, y entonces me dió la noticia, ¡yo era la candidata para reina del Liceo! Querido diario, no se como expresarte toda la emoción que me embargó en ese momento, sentí que la tierra abría un abismo debajo de mis pies y que la cabeza me daba vueltas.

Pero no todo podía ser felicidad, yo sabía que eso era demasiado bello para ser cierto. ¿Y adivinas, querido diario, quién me dió la puñalada? No, sé que no lo adivinas, porque tú tienes un alma pura y confiada como la mía y eres demasiado inocente como yo. Nunca pensarías que una persona que tú quieras sería capaz de causarte daño como lo hizo Luis conmigo. Si, porque fue Luis el señalado por el destino para romper mi cristal de esperanzas y destruir con una sola palabra toda la alegría que ya no cabía en mi pecho. El no quiere que yo sea candidata a reina. Si yo lo amo no deben importarme otros ojos que los suyos, si soy sincera con él no debo ser reina sino en el reinado de su cariño, eso fue lo que me dijo, y a mí me dió mucha pena y mucha vergüenza porque Clara y Moraima no escucharon pero tuvieron que darse cuenta porque se veía perfectamente que estábamos peleando. Ahí, en plena cancha de volley-ball (tachado), quien no se iba a dar cuenta. Yo me quedé muda y de mi boca no salió una sola palabra de reproche, mal podía salirme un reproche para quien es el dueño de mi pensamiento, porque si no, ¿qué clase de muchacha sería yo? ¿Qué clase de amor sería el mío si me pongo a anidar malas pasiones al calor de esta ilusión tan linda? ¿Serán sus celos tan profundos como los de Marcos en "Corazón de Mujer"? ¿Tendré yo que arrastrar el manto de la amargura por el sólo pecado de ser bonita, como dicen?

Te imaginas entonces cómo estoy, querido diario, tú que eres mi confidente, mi amigo, calma esta tempestad para que esta noche no sea la noche de un agitado día, como dice la canción. No sé de dónde voy a sacar fuerzas para sobreponerme y sacar adelante mis estudios y ayudar a mamá, ocultándole a ella todas mis penas, que la pobrecita tiene ya bastante con la vida que le dá papá. Pero hoy todo me ha salido mal, no pude ni lavar la ropa interior, el cable de la pulidora se reventó, y el enchufe no sirve, no conseguí el hilo claro para bastear el vestido azul, no encontré en el closet la faldita plisada ni el vestidito corte imperio que me compraron para navidad, en fin, no tengo ni qué ponerme precisamente cuando más falta me hace,

Pero no debo perder la cabeza, la desesperación es mala consejera, dice abuelita, y tiene toda la razón. Lo que más me interesa ahorita es que mamá no se entere del reinado y me lo prohiba por papá. Callar no es mentir, no le diré nada de esto y de todos modos ni siquiera sé si voy a quedar de reina o no.

Recordar para mañana: Decirle a Moraima que le quite prestada a su prima la de quinto año:

a) la sombra

b) la base para la cara

c) el rimmel

d) la pintura tono pastel

Si son tan buenas como Moraima dice, mucho me servirán para mejorar esta cara que Dios me ha dado. Aunque lo que importa, tú lo sabes, querido diario, lo que verdaderamente importa en esta vida es la belleza de espíritu, esa si que no se puede arreglar ni con mil cremas.

En fin, ya mañana te tendré noticias, mañana es la elección entre todas las candidatas. Le pediré a Dios que le quite a mi Luis esos celos y que todo salga bien, porque yo también tengo derecho a ser feliz.

Viernes 22 de Febrero.

Querido diario, perdona que te haya tenido abandonado, pero mi corazón ha sido sacudido por emociones tan palpitantes y tormentosas que me dije, Patricia, tú tienes que tener la cabeza bien puesta para que ese mundo de ilusiones que ahora te ha llegado, no te haga perder el sentido.

No creas que te olvidé, nada de eso, se conservar mis amistades, y tú sabes, querido diario, que tú eres mi mejor amigo, el único refugio que siempre he tenido cuando te he necesitado.

Sí, porque me parece que estos tres días han sido tres años de ausencia y de distancia. Pero aquí, en esta habitación sentada sobre la cama y alumbrada por esta lamparita triste, tienes otra vez a tu Patricia, dispuesta como siempre a contarte los altibajos de su existencia.

Querido diario, no me lo vas a creer, pero soy la reina, la reina del liceo! Parece que mis sueños dorados se están haciendo realidad. Cómo sufrí ese día, Luis no

quería hablar conmigo, un silencio de hielo se extendía entre nosotros desde que discutimos en la cancha de volibol, los minutos pasaban, lentos como la caída de las hojas en Otoño y el dueño de mis pensamientos no correspondía a mis súplicas calladas. Estaba desesperada porque el momento de la elección se acercaba y mientras yo buscaba su mirada, la de él era punzante como una lanza que se me clavara en el pecho. Ese día fue un vía crucis para mí, yo no podía creer que el ser que me había amado tan intensamente, la boca que se había abierto para dejar escapar tantas palabras tiernas y tantos juramentos de amor encendido, ahora se callara, fría como un mármol, y cerrada como un ataúd. ¿Qué hacer? ¿Renunciar a la corona y a la gloria que mi alma tantas veces había soñado en silencio para lanzarme de nuevo en sus brazos? No sabía qué hacer. Era un conflicto de pasiones encontradas que mi corazón de mujer no encontraba cómo resolver. El destino envió en las manos de Moraima la luz que mis ojos ciegos necesitaban. Yo siempre ando con ella, pero eso no quiere decir que yo le cuento todas mis cosas, querido diario, sabes que mi único confidente eres tú, pero qué podía hacer en mi desesperación. Ya sabes que la mano de una amiga no se debe rechazar, por eso busqué refugio y le comuniqué el conflicto en el cual me debatía.

Ella, que es mi mejor amiga, me aconsejó que fuéramos a que su prima, que su prima que es mayor y que tiene más experiencia, conoce más de la vida que nosotras. Le dije que bueno, porque iba a ser mi lazarillo, y porque de todos modos su prima, la de Moraima, me iba a prestar la sombra y el lápiz para mi maquillaje, y otras cosas. Fuímos entonces casa de Josefina, ésta es la prima de Moraima, que estudia en quinto año, ella fue, querido diario, mi paño de lágrimas. Me habló de los hombres y de sus caprichos, me habló de la vida y de los golpes que el destino nos tiene reservados, me enseñó miles de secretos y de

cosas que yo no conocía. Me dijo que yo ya estaba siendo una mujercita y que ya era hora de que fuera conociendo que los hombres lo que son es unos egoistas, y que mientras ellos tienen miles de novias y les dicen piropos a cuanta falda les pasa por delante, en cambio no quieren que las mujeres ni se pinten ni salgan a la calle ni se vistan. Yo le dije, claro, que Luisito no era de ésos, y que me había extrañado mucho la forma que tenía últimamente de comportarse conmigo cuando yo no le había dado motivos para celos. Me dijo que Luis no era distinto y que todos los hombres eran iguales, que cuando podían sacar las uñas las sacaban y que a una muchacha tan bonita como yo (le dí las gracias), le sobraban admiradores y que yo tenía que darme mi puesto. Dijo otras cosas y no sé por qué se atrevió a ponerme como ejemplo a mi papá, que viera la vida que papá le daba a mi mamá y que no fuera tonta. A mí no me gustó aquello porque por encima de todo lo más sagrado que uno tiene en esta vida son sus padres, pero no le dije nada porque estaba muy buena conmigo. Yo de todos modos le dije que como que si era verdad y le dije el ejemplo de Marcos con Cristina en "Corazón de Mujer", porque Ñaña, la que crió a Cristina, le había dicho cosas muy parecidas a Cristina, cosas sobre los hombres. Eso fue después de la propaganda que ponen en segundo lugar. Josefina me dijo entonces que ajá, que me viera en ese espejo y que aprendiera como Cristina. Me dijo que quería ser mi amiga y todo lo que me aconsejó, que se lo agradezco de todo corazón, me cayó muy bien porque además estuvo muy simpática y me aseguró que yo iba a ganar la votación de reina. Me consoló mucho que me tratara así porque me hizo sentir una mujer hecha y derecha y me dió mi puesto que me corresponde. Además fue muy simpática con decirme eso de la votación porque yo sabía que ella era muy amiga también de la candidata de su curso, la de quinto año, y sin embargo me prefería a mí. Que Luis, si me quería, no podía dejarme

porque fuera reina, que así bonita como me conoció así tenía que quererme, como se dice, con todos los defectos y todas las virtudes que me adornan.

(Me llaman querido diario, la voz de mi querida madre interrumpe esta confesión, mañana te seguiré contando).

Recordar para mañana: decirle a Josefina que llame a la amiga que le ofreció el modelito en seda, el que me dijo ella, sin aplicaciones, que tiene que ser muy juvenil y fresco.

Sábado 23 de Febrero.

Cumplo con mi promesa, para que veas: no te miento. Voy a comenzar por confesarte que tengo una nueva amiga. Una verdadera amiga, que me da toda su experiencia y su bondad a esta chiquilla que la molesta con sus sufrimientos y sus problemas. Josefina me ha dado el calor y la protección de una hermana mayor que nunca he tenido. No sé como agradecérselo, porque no hay nada que alivie más las penas de un corazón atormentado por las dudas, que la mano firme y la palabra clara de una amiga verdadera. Y no creas que soy ingrata con Moraima, lo que pasa es que Moraima es distinta, es casi de mi edad pero a mi lado es una niña, no ha vivido lo suficiente ni ha pasado por las cosas que ha pasado Josefina, por ejemplo. Por eso te digo que son dos amigas distintas. Para cada una tengo en mi corazón una tajadita de cariño que brindarles, tan buenas han sido tanto la una como la otra. Tengo tantas cosas que contarte todavía, querido diario, que la verdad no sé por donde comenzar.

Voy a decirte primero lo de la elección y lo demás te lo contaré como vaya saliendo, porque ya me muero por contártelo. Sabrás, querido diario, que los consejos de Josefina me cayeron como anillo al dedo. Tú

sabes, como te lo dije ayer, que habíamos ido, Moraima y yo casa de Josefina y que ella me dijo lo del egoismo que tienen los hombres y todo eso. Yo hice como me dijo ella, sin faltar a los dictados más profundos de mi alma de mujer y sin dejar de ocupar mi puesto como toda una señorita, se lo dije, a Luis. Le dije, pero ésto fué después de la elección, cuando ya era reina y todo, le dije que él me había conocido así como era y que yo no le faltaba a él ni era una muchacha de espíritu perverso, que yo tenía mis aspiraciones en la vida como toda muchacha joven y que él, que era todo un caballero y también inteligente para completar, debía comprender todo eso, porque si él no lo comprendía, si él creía que eran coqueterías puras mías lo que para mí eran mis aspiraciones más sinceras y mi sueño más ideal como muchacha joven que era, si él no me comprendía todas esas cosas, quién me las iba a entender. Me desahogué, querido diario, se lo dije, y sentí que me quitaba un gran peso de encima, porque ante todo la sinceridad, eso es lo que digo yo, y en eso habíamos estado siempre totalmente de acuerdo: ante todo la sinceridad. Así que yo se lo dije y quedé en tres y dos, pero no me quedaba otro camino, eso era lo que pensaba Josefina. Y así fue, con todo el miedo que yo tenía de que me contestara mal y de que rompiéramos para siempre en ese mismo instante, él en cambio se quedó pálido como un muerto y se fue mudo. Aunque en la cara le ví perfectamente que no era bravo lo que estaba. Eso me tranquilizó y pude ir al auditorio del liceo sin una sombra en mi cara que delatara a los demás, a esas otras personas que seguían tan tranquilas, que les delatara ni una sombra de lo que yo estaba padeciendo en aquel momento tan decisivo para mi destino futuro. Subí al escenario junto con las demás candidatas pero mi espíritu volaba hacia donde estaba Luis. Todas mis amigas me veían sonriente y creían que estaba orgullosa de aquel honor que estaba viviendo, pero dentro de mí, querido diario, tú y sólo tú puedes

saber que dentro de mí lo que había era un mar agitado por ciclones que ninguna persona podía ver porque mis ojos se negaban a llorar y mi cara era como estatua de piedra, que ni se divertía ni sufría.

Cuando dieron el nombre de la ganadora desperté de mi pesadilla. Todas mis amigas corrieron hasta arriba del escenario a felicitarme, todos los muchachos, hasta los que yo no conocía, me abrazaron y me felicitaron, pero entre tanta celebración entre tanta alegría, yo estaba perdida como en una intrincada selva, sedienta y abandonada sin amparo, porque allí faltaba el único ser sobre la tierra que podía encender la llama que calentara mi alma. Luis no estaba por ningún lado. Cuando pasé a su lado, yo iba junto con todas mis amigas y Moraima y Josefina, todas, él se volteó en la puerta y serio, muy serio, me dijo: la felicito señorita, le pediré una audiencia para hablar con Ud. Josefina me dió un pellizco y me picó el ojo. Me dijo que ése era un triunfo y que teníamos que celebrarlo.

Así concluyó el primer acto de mi drama. También en "Corazón de Mujer", Cristina va encontrando un rumbo para su agitada existencia, ya Marcos reconoce que sus celos son injustos y que sólo lo que hacen es hacer padecer a la pobre Cristina; esta última enjuga sus lágrimas y comprende el egoismo de Marcos, otro ser entra de repente en su vida, es Darío. Darío es comprensivo, dulce, y ha curado de las piernas a Ñaña, que es la que crió a Cristina. Ella no sabe si está enamorada de Darío, pero ha abierto los ojos a la cruda realidad de que Marcos sólo guarda hacia ella una pasión baja, egoista y ruin, que no podrá hacerla feliz. Está interesantísima, pero hoy no hay capítulo, además mañana es la coronación y tengo otros deberes que me llaman.

Por cierto, todavía no te he contado como fuí el día de la elección. Todo se lo debo a Josefina, ella me maquilló, me prestó un vestido de su hermana que

está nuevecito y me enseñó como debía caminar y todo. Usé una sombra clarita, porque dice Josefina que las sombras brillantes son para la noche, no teníamos pincel, pero ella misma me lo fue a buscar prestado enfrente y trajo un pincelito suavecito bello, me regué la sombra por encima del párpado, de color verde claro, pero muy, muy suave, porque yo no necesito tanto maquillaje. Después me pasé el lápiz marrón por las cejas pero sólo para darles más cuerpo, Josefina dice que no tengo porqué sacarme las cejas todavía, pero que eso vendrá más adelante, yo me muero de verme sin cejas! Entonces me pasó el aplicador líquido para los cachitos, cortitos, al lado de las cejas. Y entonces un poquito de rimmel para las pestañas y yo estaba para privarme de lo rara que me sentía con tantos pegostes nuevos en la cara.

Domingo 24 de Febrero (en la mañana).

Esta mañana tempranito fuí casa de la señora Luisa a buscar el vestido para esta tarde. ¡Me quedó bellísimo! Todas las muchachas dicen lo mismo. Lo sacamos de un figurín que nos prestó la amiga de Josefina y la señora me lo cortó y me lo cosió en un dos por tres. Y baratísimo. Me tomé la molestia de traerme el figurín para contarte a tí, querido diario, como voy a lucir esta tarde, y para tener yo también un recuerdo de éste inolvidable día. Te contaré que el modelito es sencillísimo pero muy elegante. No es en seda, como yo había pensado al comienzo sino de Nylon. Un Nylon suave, a la vez ajustado y vaporoso (así dice aquí). Es totalmente sin mangas, lo que permite lucir la piel lozana y fresca de las jovencitas que se animen a imitarlo. El escote es acentuado en V y el corpiño muy ceñido. La falda, en cambio, es vaporosa y ágil, dando la sensación de movimiento puesto que danza graciosamente con los gestos propios del coquetísimo andar femenino, y está adornada con encantadores pliegues para dar la apariencia de inocencia y frescura. El cinturoncito es en metal brillante, delgado y sin hebilla, abrocha con un par de diminutos pero seguros ganchos de una manera muy discreta. ¿El color? Blanco, por supuesto. El blanco de la inocencia, de la pureza, de la belleza y de las grandes ilusiones. Para que te des una idea mejor, te diré que el nylon de la falda es transparente y liso. La parte de arriba está adornada con puros huequitos, que hacen de florecitas. La muchacha del figurín lleva guantes blancos, para completar el conjuntico, pero la señora Luisa dice que eso no es necesario en nuestro clima caliente del trópico y que más bien queda un poco cursi. Yo tenía ganas de decirle que una reina debía llevar guantes, pero en boca cerrada no entran moscas, me callé porque ella sabe más de eso que ésta que está aquí.

Las zapatillas son también blancas, cerradas adelante y sin hebillas ni trencitas; con tacón bajo porque yo tengo buena estatura y además dicen que así queda más juvenil y que no hay que olvidar que la clave de la elegancia está en saber cuándo llevar cada cosa, de acuerdo al momento, al día, a la hora, a la edad y a tantas otras cosas que hay que tener en cuenta. El tacón no es delgadito ni ancho, sino regular, color de madera y con chapita abajo. El figurín dice que esto "imprime una fragilidad mayor al caminar de la mujer e inspira en el hombre la necesidad de protección, porque este tipo de tacón hace vacilar levemente el cuerpo". Sin prendedores, claro, porque ya eso no se usa. Un collarcito corto sí, porque el escote es muy amplio, dice la señora Luisa, y tengo que adornarme con alguito el pecho. Los zarcillos hacen juego. El peinado sencillito que me lo van a hacer esta tarde, también de acuerdo a mi edad. Josefina va a ir conmigo, dice que para que no me hagan en la cabeza un mamotreto de moño que vaya a parecer una vieja. Como mi pelo es rubio y liso puedo dejármelo caer agarrán-

domelo un poquito para que vaya por encima de la oreja y entonces sacarme unas mechitas, cortas, para que vayan delante de las orejas.

Ay, querido diario, ha llegado el gran día, y debo preguntarme, desnudándome de verdad el alma ante el espejo. ¿Podré controlar mis nervios yo que no estoy acostumbrada a estos ajetreos ni mucho menos? ¿Saldré adelante en esta prueba que el destino ha puesto en mi camino? Me da pena decírtelo, querido diario, pero te confieso, a tí que conoces mis entrañas, que daría cualquier cosa por ser una mujer bella y elegante. Ayer cuando ví a la actriz que hace el papel de Cristina, que estaba haciendo un comercial de desodorante, la ví tan arreglada, tan bella y tan feliz que no pude más, no pude aguantarme y la envidié. Sí, querido diario, ya se que es algo bajo y ruin, pero así como lo oyes, la envidié. Patricia, me dije para mis adentros, algún día la suerte te premiará y serás una mujer admirada y envidiada, como ella.

Pero hasta aquí te llevo, querido diario, esta tarde voy a peinarme, temprano, y hasta esta hora no sé ni qué se va a hacer para el almuerzo.

Lunes 25 de Febrero

Mis manos casi no pueden sostener el lápiz de tantas que son las emociones que laten en mi alma. Querido diario, gracias a Dios, todo, completamente todo salió a pedir de boca. No sólo para mí, sino para el colegio y para mis amigas y para todo el mundo en general como yo lo deseaba con todas las fuerzas de mi corazón. Ayer crecieron flores de mil colores y la primavera llegó a mi vida con todos sus campos florecidos y llenos de aroma. Me da miedo tanta felicidad. Todo fue tan de repente que casi no lo puedo creer. ¿Pasará este renacer tan fugaz como llegó dejándome otra vez desolada y perdida en el desierto de mis no-

ches? ¿Se apagará este amanecer y nuevamente volverá el crepúsculo cruel para romper con su tiniebla mi esperanza? Estas son las nubes que oscurecen mi felicidad, querido diario, espero que el destino sea piadoso conmigo y me deje beber de las aguas del manantial de la dicha por mucho tiempo más.

Aparte de eso, sólo Luis es motivo de mis preocupaciones y mis dudas. ¿Me querrá? ¿Por qué tenía que mostrarse tan cruel conmigo y burlarse de mi dicha?

Tengo que aceptar que mucha razón tenía Josefina con las cosas que decía. Y pensar que yo llegué a dudar de ella como amiga. Pero ahora estoy convencida de que sus palabras fueron como agua en la boca del sediento. Fue ella la que me aconsejó también que como reina debía bailar con todos, y tenía razón, yo era la homenajeada, ¿cómo iba a poder dedicarme a bailar con un sólo parejo? No sé en que cabeza cabe. Sólo a Luis se le podía ocurrir una cosa así. ¿Cómo rechazar las atenciones de todos los que pusieron su granito de arena para que mi futuro fuera completo? Yo puedo tener de todo menos de mal agradecida y de hipócrita.

Y realmente, no me puedo quejar, con decirte que hasta el director del Liceo me echó mis florecitas y bailó conmigo la primerita pieza.

Yo sabía que me iban a poner a decir algunas cosas después de la coronación y me llevé algo preparado, pero no escrito en el papel sino pensado, porque me pareció que eso de leer allí era muy feo. Dije que mis mayores deseos como reina era que tuviéramos un carnaval seco sin nada de mojaderas (todo el mundo sabía que desde el jueves habían comenzado a echar agua y no se salvó nadie, ni siquiera el director con todo el respeto que le tienen). Que debíamos poner de nuestra parte para hacer que nuestra carroza fuera de las mejores en el desfile del martes, que eran mu-

chos los que habían puesto su granito de arena pero que necesitábamos más porque la unión hace la fuerza y yo misma estaba dispuesta a desvelarme, a robarle horas a mi sueño para colaborar con esa tarea que iba en pro del buen nombre del liceo y no debíamos abandonarlo a él en los momentos en que más lo necesitábamos porque teníamos que recordar que para todos, esos pasillos y esas aulas y esos laboratorios que estaban ligados a nuestro corazón, eran como nuestra segunda casa. Dije que no esperaba ganar (aquí, querido diario, debo confesarte que metí mi mentirita), que no esperaba ganar porque todas las candidatas eran muy pero muy bonitas y simpáticas y que todas merecían el premio, que esto era lo malo de los concursos que siempre tuviera que ser un solo ganador, pero que así era la vida y que debíamos comenzar inmediatamente a divertirnos y que esperaba ser una reina bondadosa.

Entonces el presidente del centro de estudiantes me dio un pergamino a nombre del estudiantado y me pidió que le enviara un saludo a todos los estudiantes presentes y ausentes. Yo comprendí que se refería a Euclides, que lo había matado la policía en una manifestación en la que yo estaba, hacía poco tiempo, creo que esto te lo conté hace unos meses. Yo no tuve ningún problema y lo hice con mucho gusto. Les dije que lamentaba mucho que no todos los estudiantes pudieran estar presentes, que algunos compañeros no estaban allí porque habían ofrendado su vida por la justicia social y por la liberación de nuestro pueblo, pero que esos mártires sabían que nuestro corazón estaba con los desposeídos, con los miserables y con los pobres y que la lucha continuaría hasta que nuestros ojos contemplaran por fin la alborada de un nuevo día brillando sobre el cielo de nuestro sufrido pueblo.

Me aplaudieron muchísimo porque tú sabes, querido diario, que el noventa por ciento del Liceo votó por la

plancha de izquierda, aquello me agradó mucho, cuantimás que tú sabes cuáles son las ideas de Luis, por eso mi corazón dio saltos de alegría dentro de mi pecho cuando mis ojos descubrieron que entre las miles de personas había un ser callado y reservado que me aplaudía más que todos y que esas manos de ese ser eran las manos de mi Luis.

El presidente del centro me abrazó y dijo algunas palabras sobre mi belleza y mi inteligencia y mi sensibilidad social, que eran un ejemplo para todas las muchachas de mi edad, entonces dijo que la antorcha de la izquierda era una antorcha de alegría y de esperanza y que él no quería interrumpir más los decretos de la reina que había pedido un carnaval divertido y sano para todos, dijo: ¡salud!, y se bajó y entonces fue cuando comenzó el baile y yo bailé la primera pieza con el señor director.

Bueno, querido diario, te digo hasta mañana, estoy muerta de adornar la carroza, y mañana en la tarde es el desfile, y por la noche: el baile de despedida!

Viernes 1º de Marzo.

Hoy mamá, la pobrecita, sacó de no sé donde para completar para el vestido de mañana. No hace sino llorar porque con el carnaval, papá se alebrestó y se dejó de cuentos y se fue desde el jueves de la otra semana y hasta esta hora no se sabe ni dónde para el muy traidor. Pero no hay mal que por bien no venga, si no hubiera sido porque se va, él que es tan incomprensivo y tan anticuado en todas sus cosas, de seguro que no me hubiera dejado hacer de reina ni de nada, en cambio mamá sí, mamá es distinta y el único miedo que le da, es que no se vaya a aparecer papá en cualquier momento y agarre una de las suyas y pregunte por mí y no me encuentre en casa.

Mamá está encantada con Josefina y tiene una fé ciega en ella. Mañana es el baile de octavita y Josefina me invitó para ir a bailar a una discoteca que es lo que ahora parece que se está poniendo de moda y es, como se dice, el último chillido.

Yo estoy nerviosísima, querido diario, porque te imaginarás, es la primera vez que voy a un sitio así. Y con hombres ya hechos y derechos! Son unos amigos de Josefina que me presentó y ya estamos de acuerdo todos para salir, vamos un grupo grande y seguro que nos vamos a divertir muchísimo. Me muero por conocer las discotecas, aunque tengo un poquito de miedo, no te lo voy a negar, porque nunca había salido antes con hombres. Josefina me tranquiliza y me dice que si sigo con ese miedo no voy a gozar nunca nada de la vida, y que para ir a las discotecas que son sitios caros y elegantes no podemos buscarnos muchachos de nuestro grupo porque de dónde iban a sacar para los gastos. A mí me parece que tiene razón y no le discutí nada. También Cristina tuvo que buscar su felicidad en nuevos brazos cuando la injusticia y el egoismo cerrado de Marcos la lanzaron a una ciénaga maligna de desencanto y desdicha, y lo buscó y lo encontró en el corazón generoso, sincero y amable de Darío. Quién puede decir que yo también no encontraré un Darío que lave las heridas que ese cariño ingrato y perverso dejó en mi corazón. ¡Quién puede saber si no estará mi destino en uno de esos nuevos brazos gentiles que mañana me estrechazarán para danzar y danzar interminablemente en un mundo de música y alegría! Mi alma necesita de otros aires, querido diario, la indiferencia y la traición de Luis deben quedar atrás para siempre en el pozo del olvido, yo tendré en mi memoria un espacio para él, pero más nada. Bastante ya he sufrido por su culpa, y bastante llanto han derramado ya mis pupilas, noche a noche, por su amor. ¿Encontraré en nuevos brazos la salvación para ..' destino, que es hoy un barco que navega sin timón y sin capitán con un rumbo desconocido que sólo las aves marinas, las mudas aves marinas conocen a dónde va? Josefina dice que tenga confianza en mí misma, que soy una muchacha inteligente y que mi edad no es ningún problema, yo le creo porque se ve que ella sabe lo que dice. Todavía no te lo he dicho, querido diario, pero Josefina es una muchacha muy bonita y muy desenvuelta, simpática y tiene muchos admiradores. Siempre van muchachos a buscarla al liceo, con sus carros y todo, y ella nunca ha tenido ningún problema ni con el director ni con nadie porque sabe hacer sus cosas. Está empeñada en que comience a usar la minifalda que es lo que se está usando ahorita en Londres, pero yo no sé si me animaré a ponérmela como ella, que la usa más de una cuarta por encima de la rodilla y casi que se le ven los blumer. Tú sabes que el viejo una de las cosas que me tenía prohibidas era ésa, que no usara la minifalda, y nunca me dejó levantarle el hilván más arriba de la rodilla. Josefina dice que una luce como una capocha con esos vestidos tan largos y por eso me va a acompañar esta tarde para ayudarme a escoger el vestido que me voy a comprar. Tú sabes que ya con el viejo no hay problemas porque nunca asoma las narices por la casa. Mamá dice que de seguro es que se buscó una querida y le montó un apartamento porque si no, qué iba a estar haciendo por ahí sólo, por más que le guste echarse sus palitos, no puede estar tomando tanto tiempo sin venir a la casa y sin comer ni nada. A mi la verdad me da lástima con ella, pero a lo mejor tiene razón Josefina, que dice que así mi mamá por fin va a descansar de papá y que los hombres cuando se ponen así lo mejor es que dejen la casa y que se divorcien que por lo menos paz y tranquilidad tendremos en la casa que su mamá siempre le dice eso y ya tiene como quince años que se divorció de su marido, del papá de Josefina. Pero cada vez que pienso en eso me acuerdo de "Corazón de Mujer", otra vez, y me da miedo, porque a la mamá de

Cristina eso fue lo que le pasó, que el marido la dejó al tiempito de haberse casado, cuando Cristina todavía era una niña de pecho y se quedaron prácticamente en la calle sin tener con que comer y casi sin ningún techo con que protegerse de la intemperie y del frío, y entonces ella, la mamá de Cristina, tuvo que ponerse a trabajar muy duro y muy seguido para poder levantar a su hija, pero entonces trabajó tan duro y sufría tanto que su salud no pudo resistir la prueba y cayó enferma con una enfermedad rara que primero la postró y tuvieron que llevársela para el hospital y al poquito tiempo se murió; por eso fue que a Cristina la tuvo que cuidar Ñaña, que no era sino una vecina que le tenía mucho cariño, y la cuidó prácticamente desde chiquitica, tanto que Cristina ni conoció a su mamá. Por eso es que a mí me da miedo a veces con lo que le pueda pasar a mi mamá, no por mí, porque ya yo estoy grande y soy una mujer que puedo defenderme sola ante los peligros de la vida, no es por mí sino por mis hermanos que todavía están tan chiquiticos y todavía tienen que acabar de criarse, dígame que la nené ni a la escuela ha entrado todavía.

Pero Josefina cuando le digo eso me contesta que eso no es así, que el padre de Cristina sí es verdad que dejó a la esposa, pero que ella realmente no era la esposa legal, sino que Cristina era hija natural y por eso no habían podido reclamar y también porque en aquel tiempo tan lejano (en "Corazón de Mujer", Cristina tiene casi veinte años) no había tantas cosas que hay ahora para que la mujer defienda sus derechos. Así están las cosas en esta casa, querido diario, ya sabes que a mí nunca me falta una pena que curar o una lágrima que secar y que nunca he probado las dulzuras de esa frase que otras muchachas si conocen, "hogar dulce hogar".

Hasta mañna, querido diario, y cruza tus deditos o tus líneas azules para que tu amiga Patricia tenga mañana una noche inolvidable.

Domingo 3 de Marzo.

Querido diario, estoy loca de alegría y en mis pupilas refulge la luz del sol y todas las estrellas del cielo. Ayer fue una noche que quedará grabada en mi memoria hasta la tumba. Tantas fueron las cosas que pasaron, tantas fueron las sorpresas y las novedades que mis ojos no se daban abasto para admirar tales maravillas. Una música que parecía que venía del mismo cielo, alfombras que te hacían caminar entre nubes, una oscuridad que invita al romance y a cualquier locura, las luces multicolores y el aire fresco y perfumado, todo esto encerrado en un marco de suaves y dulces melodías. De pronto la alegría que estalla y la locura y el frenesí entra a los cuerpos jóvenes y todos bailamos al compás de los discos de moda. Todo parecía como sacado de un cuento de hadas, me olvidaba del tiempo y estaba como en un castillo encantado. Conocí un hombre maravilloso, Víctor es su nombre y rubio como el mío es su pelo. Es gentil, amable, inteligente y todo un caballero, aparte de eso es buenmozo y tiene veinticuatro años. Tan distinto a todos los novios infantiles que había tenido hasta ahora. No es que ya sea mi novio, querido diario, pero Josefina dice que ella nunca lo había visto tan entusiasmado como anoche. Es todo un hombre y a pesar de toda su gentileza y su ternura en sus brazos me siento como una mujer y no como una niña. Razón tenía Josefina.

A propósito, la mitad de mi triunfo se la debo a ella y a nadie más que a ella, porque si no hubiese sido por su buen gusto quién sabe que mamotreto de vestido me hubiera comprado yo, aunque ya es mucho lo que con ella he aprendido y creo que muy pronto podré defenderme sola.

Te voy a dibujar con palabras el vestido que tanta suerte me trajo y que fue el manto que cubrió mi cuerpo en esta primera noche de discoteca y de felicidad que nunca olvidaré. Voy a ir usando las palabras que

la modista de la boutique me dijo, según Josefina son términos que deben formar parte principal del vocabulario de toda joven que aspire a destacar.

El vestidito está creado en lana, todo de una sola pieza con cierre a la espalda hasta el cuello. Es ajustadito en el torso, con cuello alto de tortuga y mangas largas. La falda cae en línea A, corte mini muy por encima de la rodilla, a cuadros azules y blancos que dan la impresión de tonos difusos. El torso es blanco. El conjunto se completa con las botas, blancas, altas y flexibles casi hasta la rodilla. Al cuello un collar de fantasía de una sola vuelta con un inmenso medallón en el centro, como se usa. Y una gorrita militar, mona, con los colores de la falda, para cubrir la cabeza. Mañana Víctor me llama por teléfono, y quiere que salgamos solos en su carro. No sé como decírselo a mamá pero algo se me ocurrirá y estoy segura que Josefina me ayuda. ¿No me creerá una niña, querido diario? ¿Cómo hacer para seguir gustándole? ¿No se fastidiará a mi lado?

Con estas interrogantes se tortura mi cabecita atolondrada, querido diario, ojalá que la noche y el sueño disipen las tormentas, y que sea el destino el que se encargue de mí.

15 de Diciembre.

Querido diario, no sé qué hacer. Nunca había tomado tanto como anoche y creo que perdí la cabeza. José Francisco se tomó conmigo unas confianzas que yo no quería darle, pero estaba tan atolondrada y tan alegre que no pude rechazarlo. ¡Y pensar que acabo de conocerlo! Pero es tan interesante y tan buenmozo que creo que me prenderé de él como una tonta, así es de caprichoso mi corazón que gira como un molino al viento, libre y sin saber donde terminará. José Francisco está en la televisión y quiere que me hagan

unas pruebas para ver si me pueden contratar como modelo, yo le dije que era menor de edad pero él dice que la edad no es ningún problema, que yo tranquilamente puedo representar más si me arreglo bien y que si me decido que deje eso en sus manos que él se encarga de todo. Josefina me dice que me anime, que no tengo nada que perder y que no hay nada más sabroso que uno tener su plata propia para poder comprarse lo que uno quiera. Por cierto que Beatriz, la que invitó a Josefina para Chichiriviche, es dueña de una boutique, junto con otra mujer y me dice que ella conoce a José Francisco y que con muchísimo gusto ella no tiene ningún problema de fiarme la ropa que yo quiera, que ya habrá tiempo para pagarle si me decido a entrar de modelo. En pocas palabras, que todas están entusiasmadas, que yo soy linda me dicen y que tengo talento para eso, porque todo lo que hago me luce gracioso. Esto lo dice Beatriz y hasta me propuso emplearme durante esta semana en la boutique, mientras ella va con Josefina y todo el grupo para Chichiriviche, que así me puedo ir acostumbrando al trabajo y conociendo más de ropa, y que si yo quiero no tengo más que decírselo, que ella inmediatamente me da un puesto en la boutique. Lo estoy pensando, querido diario, porque la verdad con los estudios no hay problema ninguno, porque estoy de medio tiempo, el viejo ya ni se ocupa de nosotras y hasta se mudó con la querida para la Guaira, con tren de muebles y todo, y si es por mi mamá, yo sé que se va a alegrar de que trabaje porque plata, precisamente plata no nos sobra.

Josefina conoce a Beatriz bien, y me dice que ahora que está de vacaciones en la Universidad, en estos días, le va a seguir hablando de mí, para ver si me puede conseguir otras cosas.

Por ahora, me traje de casa de Beatriz dos vestiditos porque, como sabes, mañana es el primer día del espectáculo de beneficencia en la televisora, y José

Francisco ha organizado un grupito para que animemos aquello un poco, y vendamos bonos y hablemos de vez en cuando por las cámaras para pedir colaboración. Va a ser mi primera presentación en televisión y te imaginarás cómo estoy.

Por ahora me despido, querido diario, porque dicen que el sueño es el primer secreto de la belleza de una mujer, y para mañana tengo que estar como una flor que sacudida por el sol de la primavera, se asoma al prado de la vida para abrir sus primeros pétalos mañaneros.

LA DULCE LOCURA (IV)

(O: acerca de mitos y supersticiones)

Eché la cabeza hacia atrás, para descansar a ver si la percepción se me normalizaba, y traduje a concepto el chistecito de Guaica sobre Argenis:

—Esta es la última, Argenis partido.

—Lo dicho: quedamos pocos —dijo Guaica, cosa rara en él, que nunca repite el refranero.

—Se le salió la clase, esa partitura es nueva —dije yo por decir algo mientras aguantaba la respiración para evitar el olor de la parrillada argentina con que algunos ya se preparaban a cerrar la noche sentados en las banqueticas de los restorantes al aire libre, aguantaba la respiración para que no se me confundiera con el sabor de los callos.

El interior del carro se nos llenó de humo.

—Parece un ritual vudú —éste era Guaica, y espantaba el humo, calzándose los lentes con la otra mano mientras lanzaba una despreciativa mirada hacia cuatro gordos que se precipitaban desesperados sobre el recipiente con carbón encendido.

—Blieeffff —se apretaba, se aprieta la nariz Graciela— no se que gusto le encuentran a ese tripero caliente —y pisó el acelerador—. Deberían prohibir la carne.

—Por supuesto: la que se come, no la de los mil oscuros placeres y sutilezas —le corrigió Guaica—. Ten cuidado con el verbo, amiguita, no hay pecado más horrible que la imprecisión.

—A la que se come, papito, claro, ¿qué creías? —dijo Graciela, ronroneándole y haciéndole cuchicuchi con el índice en la barbilla.

—Serénate, nube de agua, ocúpate del volante que ya tendrás lo tuyo —cantó Guaica, con musiquita convencional—. Ya sabes que estamos de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué? —preguntó Graciela, sabiendo muy bien a que se refería Guaica con eso de lo tuyo.

—En lo de los vegetales y la carne— una mentirita para excitarla.

—¡Ay, que chévere, también eres vegetariano! —saltó Graciela en el volante, dando palmaditas alegres, y yo, qué coño le pasa a ésta, sintiéndome un poquito fuera de onda.

—Vegetariano y vegetal, ya ando en treinta y dos ruedas —dijo Guaica.

—Hay una secta jipi que es vegetariana —dijo Graciela—. No comen nada de eso, nada que camine, nada que vuele, nada que nade.

—¿Es una secta de trabalengüistas? Yo tampoco como nada que nadée, de nadear, de convertir en nada, amiguita, soy un ser integral, dentro de mi y a mi alrededor nada se pierde, todo se transforma— Guaica trataba de impresionar a Graciela, más allá de su propia idiotez, aún no evidente.

—¿Qué dijistes de los lingüistas?.

—Recordaba la playa, quiero decir, tu promesa sobre la casa en la playa. Nos iremos todos después de la

fiesta. Hace tiempo que no me meto una melodía envuelto en el yodo y el salitre y la arena, sabes nena, caribe soy —Graciela era nueva y pródiga, había que explotarla, pensé que estaba pensando Guaica con todas sus trampas cuidadosamente armadas— Y no me refería a los lingüistas. Llegué a la playa por lo de las ostras y a las ostras por lo de nadar, por un momento temí que aborrecieras las ostras.

—Me encantan, las ostras no nadan.

—Ni vuelan ni corren pequeña —completó Guaica—. Sólo se defienden, son absolutamente pacifistas, incluso cuando son vulneradas: para defenderse producen una perla, bello, ¿no?.

—Bello— obedeció Graciela.

—De manera que comeremos muchas ostricas cuando estemos en la casita en la playita, vivan las ostras —dijo Guaica, sacando la lengua, poniéndola afinada y recta mientras hacía como si estuviera chupando una ostra y su cabeza pasaba por encima de la consola que separa las dos butacas delanteras para perderse en el bajo vientre de Graciela, sacudiéndose enérgicamente de lado a lado, mordiendo la tela, la piel quizás de Graciela entre el ombligo y la vagina, región que la jipita tenía casi totalmente descubierta, por aquello de la incompatibilidad de las batolas largas y los pedales, mordiendo la tela y riendo como si le hicieran caricias a una recién nacida —Quien posee una ostra posee todas las ostras— y sacaba la lengua, haciendo pantomimas, apuntando hacia las sinuosidades del monte de venus, todavía lejos, todavía suficientemente lejos como para no abusar de una extraña, recién conocida y sus imprecisos límites, si era que aquellos límites todavía tenían algún significado a esas alturas, mientras la extraña se reía y se contraía y lo celebraba y el carro quedaba sin control por segundos y por segundos se dirigía derechito a retra-

tarse contra una Gandola de Transporte Express y yo gritaba histéricamente.

—Cuidado con la punta

y Graciela, que, ahora me daba cuenta, era una tronco de choferesa, viraba el volante, utilizando la mano izquierda y los últimos restos de conciencia que Eros todavía le permitía.

—De vainita —dije, respirando aliviado mientras la gandola se alejaba estática por el vidrio trasero.

—Loco degenerado— dijo Graciela, gozosa, cariñosa, simpaticosa, desfalleciente y feliz, mirándolo (a Guaica, por supuesto).

—Sólo quería demostrarte el parentesco que existe entre la lingüística y la ostra. Un académico de la lengua, como yo, tiene que rendirle sus honores correspondientes a una ostra como la tuya, pequeña, —balbuceaba Guaica, y yo comenzaba a sentirme más allá de sobrante: son los peligros de los números impares.

—De vainita —dije nuevamente, seguro que con una voz muy extraña, porque Guaica se dio cuenta y se volteó hacia mí.

—Perdona, loco, son los problemas del número impar —me dijo, y yo quedé convencido de que aquel carajo leía el pensamiento— Ya lo sabes: para los freudianos el uno era un símbolo fálico, el dos un símbolo vaginal, el tres... nunca llegaron a definirlo.

—El tres debe ser el símbolo del cabrón —dije, un poco resignado al inevitable papel que el destino fatal me había deparado.

—No seas herético, el tres, en nuestra occidental y cristiana tradición, no ocupa un lugar tan bastardo, simboliza el santo espíritu, la unión, por tanto el amor, por tanto la confraternidad, la paz y la amistad, ami-

guito, no te deprimas: en el fondo no hay posición más envidiable que la de testigo —discurrió Guaica—, yo tengo mucho de voyerista, ¿sabes? —Oí que lo decía para congraciarse conmigo y sentí que tal vez tendría razón, de cualquier forma un "qué carajo", lo resuelve todo, lo aclara todo; iba a decirlo en voz alta pero Guaica, que cuando comienza no lo para nadie, ya empezaba a procesar con su computadora: voyerista, observador, observante, viente, vidente, términos entrelazados a través de un exhuberante discurso inacabable que prolongó hasta que lo interrumpí:

—Sabes que sí, loco?

—¿Que sí qué?

—Digo que sí eres vidente. Esta noche has tenido dos premoniciones.

Se bajó los lentes, redondos, pequeños y frágiles como los de la foto más conocida de Trotsky y se volteó hacia atrás;

—En serio —le dije, sonriendo, y levanté la mano derecha, comprometiéndome en un juramento.

—En serio— le dijo Ernesto, sonriendo, y levantó la mano derecha como si se estuviera comprometiendo en un juramento.

Los tres se desplazaban a gran velocidad sobre las estructuras elevadas, Graciela, en el volante del Mustang blanco, cambiaba de canales, zigzagueante, evitando los otros automóviles, que parecían detenidos al lado del bólido.

—Dos que tú has presenciado, pequeño —dijo Guaica, virado, lanzando grandes bocanadas de humo, con el cigarrillo pendulándole, libre, entre los labios, mientras alzaba las manos hasta la altura de los oídos y comenzaba a chasquear los dedos, el dedo medio resbalando sobre el pulgar hasta acunarse sobre la

palma, igual que los gitanos, pero con un ritmo mucho más lento que imitaba el de las viejas adivinadoras, sacerdotizas de cultos animistas, fumadores del tabaco, lectoras proféticas de las cenizas y de los fondos de las tazas de café. —Dos que tú has presenciado, pero son infinitas, pequeño, ¿por qué crees que me llamo Guaicaipuro?, ¿te imaginas que ese nombre fue seleccionado aleatoriamente o crees que esa vainita me la echaron mis viejos por capricho? Tengo filiación directa aunque obscura con el Gran Cacique y con el Negro Miguel— remató, sabiendo que a Graciela seguramente le gustaría el giro misterioso y pseudocabalístico de nuevo cuño que había tomado la perorata. En efecto:

—Toma— le dijo. Y se sacó uno de los collares que le daban vuelta alrededor del cuello, de cuentas pequeñas y multicolores que remataba, si es que este verbo se le puede aplicar a un collar, en una de obsidiana tallada que traducía una especie de deidad azteca—. Agarra que es un pariente lejano.

Colocó la prenda, como pudo, en el cuello de Guaica, sacando la vista de la autopista mucho más allá de cualquier límite sensato.

—Oh —dijo Guaica payaseando, conmovido ante el regalo— es demasiado para mí, cazador simple, pescador y recolector. No merezco esta reliquia imperial, mis dominios no alcanzan instancias tan elevadas, pequeña, aquélla es mi verdadera patrona —y señaló, con silueta de Rodrigo de Triana, más allá de la autopista, hacia algo que apenas alcanzaba a iluminar el alumbrado de la vía.

Graciela y Ernesto intentaban, en vano, desentrañar la identidad de la patrona de Guaica, Graciela, apagando un poco los párpados para vadear un poco su cero 75 de miopía ya casi estacionaria, diluía visualmente los colores de la zona verde, adornada con una grama

bien podada que se extendía desde el borde de la autopista, más allá del hombrillo, hasta la ribera misma de la canalización, en lo que antes era el lecho del río.

—Héla— declamó Guaica, con un tono digno de acompañamiento de fanfarria, sacando cabeza y tronco fuera del carro —detén la carreta, pequeña vasalla— le ordenó a Graciela. Y Graciela claro que detuvo el bólido y Guaica la dirigió para que salvara la pequeña defensa que separaba el hombrillo arenoso, de la carretera, del monótono prado artificial imaginado por la División de Parques y Jardines de la Municipalidad, y Gracielita claro que salvó el obstáculo y la carreta claro que penetró gloriosa a las entrañas mismas del prado.

Guaica saltó del vehículo y corrió ceremoniosamente —con este adverbio descabellado pero exacto, lo juro— entre los arbustos y se detuvo para que la noche y el carro y dentro de él Ernesto y Graciela y todas las lejanas estrellas, fueran testigos de la exclamación más fervorosa que jamás oyeran hombre o divinidad alguna:

—Héla aquí, la deidad de Sorte, la suprema princesa, y que sonría todo aquel para quien su destino sea una llama homogénea, sin misterios y no este bello acertijo inacabable: la vida.

Los dos testigos salieron del Mustang con la seriedad y la compostura que el caso ameritaba; mejor dicho, Graciela así, Ernesto: pensando que Guaica estaba en su derecho de exagerar hasta la cursilería. Allí estaba, alzada por encima de los cinco metros de altura, esculpida, modelada, vaciada, la imagen de María Lionza, a caballo sobre la danta, semidesnuda, con los senos desafiantes y libres.

—Es bella —dijo Graciela—, sentándose sobre la grama.

—Bella y definitiva. La escultura entera puede reducirse a los senos, míralos, encarnan el soplo vital, el maná, la continuación y el renacimiento del fuego, la energía y aquello que nutre de energía, la forma y el contenido, la dirección, la belleza, el origen y el vínculo, el amor y la historia del amor, la fuerza, la alimentación, el regazo, el descanso y la paz, la turbulencia o su promesa, la maternidad, la feminidad, lo débil y lo sinuoso, la humedad y el olor de la humedad, la leche, la lactancia, la succión, el beso, la boca, la piel de la boca, la piel toda, el tacto y su sensación, la percepción y por lo tanto lo percibido, el encuentro primitivo, el conocimiento, el crecimiento, lo perecedero, o lo último, la eternidad, la totalidad y el ser. . .

Y así por un tiempo, danzando alrededor de Graciela durante una indefinida población de sustantivos hasta que cortó, quizá exhausto, quizá convencido de que la enumeración misma podría superponerse a su propia vida, cortó, digo, con

—Pero, por encima de todo, cosa que sin duda alguna agota su definición, son eso, un par de hermosos y turgentes senos, como decía el chiste budista, una flor de loto es una flor de loto.

Graciela había puesto una cara de virgen clemente, aunque no lo fuera, con la admiración llegándole hasta el clímax. Ernesto se hubiera limitado a complacer su capricho de oir los Swingle Singers, si Guaica no lo hubiera dejado frío con otro acto esta vez postmonitorio.

—No me parezco en nada a María Lionza ni quedo buenmozo montado en una danta, pero daría cualquier cosa por tocarlos —suspiró Guaica—, embelesado con el torso desnudo de la escultura, inocente él, sentándose como quien no quiere la cosa al lado de Graciela, lo que bastó, así es el mundo, para que Ernesto comenzara a dudar de la autenticidad del embeleso, de la noche y del sacro ritual.

Yo me hubiera limitado a escuchar los Suinguel Singuers, que Graciela tiene un cartucho durísimo, si Guaica no me hubiera dejado frío, con otro acto esta vez postmonitorio:

—No me parezco en nada a María Lionza, ni quedo buenmozo etcétera pero daría etcétera —mientras miraba el torso desnudo, etcétera— fingiendo un embeleso que le hubiera quedado perfecto, si el rodamiento recóndito y sigiloso, sobre la grama, acercándose al trasero de Graciela, no hubiese constituido un argumento demasiado evidente en contra.

Es un eco, y me vine acercando yo también, descaradamente yo también, porque ahora sí que el papel de cabrón, en caso de que realmente lo ejerciera, me tenía absolutamente sin cuidado, sin mencionar que ese delicioso cuerpecito, desconocido, envuelto en telas largas y collares y cabellos largos, bastaban para eliminar cualquier residuo de dignidad ofendida.

De modo que me senté en la grama, al lado del cuerpecito, de modo que el cuerpecito quedara entre Guaica y yo.

—Realmente es bello —dijo Graciela, persuadiéndonos, de una vez por todas, de que para ella sólo bello e increíble eran adjetivos.

—Son una metáfora —anoté, sin estar muy convencido y sin saber muy bien por qué.

—¿Ves, pequeña? Ernesto ha dado en el clavo, aunque sólo parcialmente.

En realidad esos senos **son** —y aquí moduló la voz como poniéndole resonador— la metáfora de todas las metáforas, el significante que remite a todos los significados, con ellos la confusión de Babel sería totalmente impensable porque son el lenguaje de una sola palabra, el sitio donde convergen todas las cosas que han sido y serán sobre la tierra, es decir: el aleph

—calculando que por muy inculta que fuera, por lo menos debía conocer a Borges, quiero decir Graciela—. No podremos mantenernos indefinidamente concentrados, mirándolos, ya se sabe que nadie soporta por mucho tiempo la visión directa del Uno.

Yo también me había quedado fijo porque estábamos demasiado bien los tres, con todo ese cielo encima, inconmesurable y vacuo en el fondo y apenas el sonido, atrás en algún lugar de la cabeza, el sonido de los Suinguel Singuers y el contrapunto de las voces emergiendo, apagado, desde el Mustang, cuando Guaica:

—Nadie lo soporta por mucho tiempo —fue que dijo.

—¿Qué?— pregunté desde el otro lado de Graciela, creyendo no se cómo que podía referirse al problema del cuerpecito.

—Digo la visión de cualquier divinidad —y yo entré en órbita—. Tal vez deberíamos cubrirla para evitar cualquier purgatorio. ¿No se te ocurre nada macabro, pequeña?— Y Graciela que queda en blanco sin saber qué contestar, tan fuera de base, tan sorprendida ella y a Guaica que no le queda otro recurso que, manos a la obra, dice, y la polícroma bata de Graciela que comienza a escurrírsele por su cuerpo gracias a Guaica, y Graciela que lucha, no, no, qué loco, bicho, diciendo, imagínense con qué gríticos y yo que ayudo a la tarea sosteniendo a la niña y la niña que chilla gozosa y nosotros excitados, claro, pero activos, y el sostén de la niña que sale al aire como banderín deportivo y la niña que se cubre con sus dos manitas, con la concavidad rosada de sus dos manitas, y como puede trata de subir no sé con qué manos pienso yo que trata de subirse la bata por simple coquetería seguro que piensa Guaica mientras, éstos sí que pueden soportarse, grita Guaica, y yo que ayudo y Gra-

ciela que uno pensaría que ayuda, riéndose como una loca, retorciéndose feliz como desesperada, semidesnuda y los tres que rodamos ya inevitablemente, declive abajo, ladera abajo sobre la grama, entrelazados los cuerpos indescifrables, rodamos jardín abajo, acostados, hasta el límite en que ya no hay tierra ni jardín ni grama y los tres que tratamos de frenarnos con todos los brazos y todas las piernas en acción y el laberinto de cuerpos que se detiene justo en la orilla, y los tres que estamos un segundo después, de pie en el límite donde comienza el definitivo declive de cemento, en la canalización del río, y Guaica que convence a Graciela, es un gesto estético, pequeña, para que nos deje admirar su torso desnudo debido a que, como ya todos saben, el de María Lionza es el aleph, ya se sabe que dijo, y no se puede mirar directamente a los ojos sin enloquecer, como si los senos tuvieran cara, de modo que qué iba a ser la niña, y allí estábamos los dos pajes a cada lado y la jipita semidesnuda en medio de nosotros, en la ribera misma del río, al otro lado de la vía, aunque no por mucho tiempo, porque ya conocemos las implicaciones olfativas del Guaire, de manera que

—Lo habrán canalizado, pero el olor a mierda le sigue intacto —dictaminó Guaica, casi con tristeza, sosteniendo, pendulando, en su mano izquierda el sostén de Gracielita.

—Ya casi es un atractivo turístico— dije para hacerle honor a la industria.

—De todas maneras fue una rodada feliz —dijo Guaica, volviéndose hacia Graciela, que todavía estaba enrollada como un ciempiés, riéndose a todo dar, mientras trataba de organizar sus ropas, para impedir un escándalo en la vía.

—Déjame acomodarme esto. Nunca falta un maldito asomado —advirtió, tratando de calcular la distan-

cia que nos separaba de la autopista, más acá de la escultura. —Si, fue una rodada feliz.

—Y sintomática —dijo Guaica—. Observen que hemos caído desde la divinidad a la cloaca —señalando doctoralmente, sucesivamente, a María Lionza y a los excrementos invisibles que flotarían en el río.— Procedemos del seno y culminamos en la mierda, origen y destino, amiguitos.

Y los tres nos quedamos mirando al río, dijera que con nostalgia, si el sustantivo no luciera inadecuado y hasta escandaloso tomando en cuenta que se trataba más de una cloaca que de un río.

Resultaba, resulta cómico mirarlos a los tres, subiendo casi arrastrándose para escalar el desnivel del terreno, bueyes cansados después de la faena, Ernesto a la cabeza, avanzando y retrocediendo como bailando la chichamaya y más atrás Graciela, apoyada contra el brazo de Guaica, tratando de recostar su cabeza, y Guaica, sosteniéndola a duras penas, arrastrando del otro lado la punta del sostén que aún pendula colgando de su mano derecha.

—Ahora cubriremos el sagrario —dijo Guaica al pié de la escultura—, una vez que terminaron el ascenso e invirtieron la ruta a través de la autopista.

De un salto, ayudado por Ernesto, escaló el pedestal, haciendo flamear el sostén como bandera.

—Ya no causarás más problemas, camarada —dijo, tratando de dialogar cara a cara con María Lionza, y apoyándose en el cuello de la danta se incorporó hasta quedar a caballo en el lomo del animal, pero de frente a la escultura.

—No, mi sostén no —chilló Gracielita—, dándose cuenta finalmente de lo que Guaica intentaba hacer.

—Calla, amiguita, debo concluir mi labor —tratando de hacer coincidir las copas del sostén con los escandalosos pezones—. Además tú no deberías usar estos artefactos, te sobran, me has decepcionado.

La maniobra resultaba complicada y grotesca y ya se veía que ni haciendo trampa lograría ensamblar la prenda con las enormes masas de la estatua.

—Indudablemente éstos son el arquetipo platónico de los senos —dijo Guaica forcejeando inútilmente con el sostén—. Ante éstos los tuyos no son más que vulgares y fallidas aproximaciones, mi niña.

—Lo que ya es bastante —protestó Graciela, orgullosa de sus medidas, aunque después de la rodada, jardín abajo, cualquier explicación adicional resultaba totalmente redundante.

—Bien compañeros, ahora no causará más problemas —discurseó Guaica desde lo alto de la danta, mostrándonos, con un gesto que recordaba el de los gobernadores de estado cuando develan un busto, las consecuencias finales de su agitada peregrinación sobre la estatua.

Por supuesto: a la prenda de Gracielita le faltó cuando menos unos diez puntos para quedarle a la medida al busto de María Lionza, más que un sostén parecía un pañuelito envolviendo grotescamente las masas, dando la vuelta alrededor del torso completo hasta ajustar con dificultad sobre la imaginaria columna vertebral en la inmensa espalda, gracias al estiramiento desmesurado de las frágiles gomas, cuyo vencimiento era una tragedia próxima, dada por segura de antemano.

—El sagrario está oculto, la divinidad; velada; ya la podremos mirar sin riesgos, sin contorsiones, sin locuras —clausuró Guaica, mientras descendía desde lo alto de los cinco metros, ejecutando incómodas cabriolas, había rodeado el volumen del cuerpo y se había sentado a caballo detrás de la escultura para

ajustar los ganchos del sostén, ahora debía repetir la operación, esta vez en sentido inverso, para garantizarse, sobre el cuello de la danta, un apoyo conveniente antes de deslizarse al pedestal.

—Te sale gimnasio, loquito —le dije. Y me di cuenta que aquella pequeña excursión representaba una verdadera hazaña para los músculos de Guaica, bastante flojos gracias al oficio.

—Ya sabes: mens sana, en suspenso, el corpore es un decorado marginal, mientras funcione discretamente. Claro, si me mides con tu estandar —y jadeaba, recuperando el aliento— debo parecerte un enclenque despojo.

Saltó desde el tope del pedestal hasta la grama. El impulso lo hizo rodar algunos metros sobre el jardín.

—Ni tanto —le dije—. Me siento en forma, pero por ejemplo ese salto que diste, yo ni de vaina lo repito, si me lanzo desde allí, mañana mismo la humanidad tiene un nuevo cojo —y le señalé mi vieja pierna lesionada.

Vistos los senos de Graciela, liberado el sostén, cubierto el busto de la estatua, nada teníamos que hacer en aquel semiparquecito como no fuera sentarnos a contemplar la noche o esperar la muerte. Aquello ya lo había hecho y esto no me seducía ni un poquitico así, de modo que plantée,

—¿Qué tal si nos vamos?

Graciela era la del suiche, claro, pero ya se sabe que si bien ella prendía el carro, era Guaica el que la prendía a ella, de manera que busqué la mirada de Guaica.

—Okey, a la carga, aunque el movimiento sea sólo una ilusión —dijo Guaica, contactando la señita de vamos, con la cabeza, que yo le había hecho; quiero decir: la señita que yo le había hecho con la cabeza.

Graciela recogía sus collares con una minucia que nos hubiera hecho llorar si hubiésemos sospechado el cruel destino que les aguardaba doce horas más tarde, antes —¿o después?— de entrar a la cuna, la cascada de cuentas, pero ésta, como toda reseña del futuro, no es para ustedes más que una cábala, aunque haya ocurrido, aunque ocurrirá en cualquier recodo del tiempo.

Por ahora, sin embargo, no hay sentimiento ajeno, marginal, que matice esta labor de recolección, de manera que aquí está ya ciertamente la jipita, acercándose más o menos sinuosa, atrapando en su boca alguna vuelta del infinito enredijo que adorna su cuello.

—Ya era hora. Según mi horario tenemos retraso, pequeña, así que apresura tu paso y azota con vigor estos corceles, si no quieres que me enoje y todo este hechizo se rompa y vuelva a mi antigua y dolorosa condición de ceniciento sin siquiera una zapatilla de cristal que dejarte como recuerdo de esta noche —recitó Guaica, casi sin respirar.

—Ay babito, berdóname, no sabía que tenías horario —dijo Graciela, como un conejito hablando con acento turco.

—Bara que sebas tengo mi vida blanificada desde el brimer chillido hasta la tumba, y no bienso desviarme ni un ábice —turqueó Guaica, por joder.

Graciela se dio cuenta de las b y se sacó el collarcito de la boca, toda sonreidita ella, toda azuquita.

—¡Bicho! No me había dado cuenta. ¿Ahora sí? —y arrancamos, después se sabrá que rumbo a Bello Monte, de manera que mejor lo digo de una vez: Arrancamos rumbo a Bello Monte y un poco abusando un poco picando goma los corceles respondiendo a la voz del ama con una violencia tal que se me torció el cuello hacia atrás en el preciso momento en que yo —sentimen-

tal al fin, me viene por la línea de los López que son tan bolsas todos— lanzaba mi última mirada de despedida a la erguida princesa de Sorte, serena y briosa sobre el pedestal.

Gracielita miró el reloj del tablero y se excusó torpemente con Guaica, de nuevo, no se si por lo enamorada que estaba o por lo estúpida que era, o por las dos cosas.

—Oh, nada grave, pequeña —dijo Guaica, suspendiendo los lentes a la altura de los ojos, a distancia— ese plan vital minucioso se cayó por el hueco cierta vez que se me ocurrió repasarlo mientras cagaba en el excusado de la casa, en el solar del fondo. Nunca comprendí por qué el Ministerio de Sanidad no incluyó los atriles en su plan de profilaxia para el interior del país, tal vez allí residía el origen de mi arrechera morbosa hacia la burocracia: siempre despreciando los pequeños detalles; y ya ven, por culpa de un olvidito mi vidita se fue volando volando, hueco abajo, en un papel, volando como una mariposa hasta posarse en una vasta pradera de mierda, mientras mis pequeños ojos infantiles, pueblerinos, la contemplaban, lánguidos desde arriba, con una tristeza tan pero tan honda que hasta ahora me dura, por eso soy así, tan pero tan triste, amiguitttos.

Fue Graciela la que me rescató de la carcajada, con un: —¡Ay, qué máximo! —saltando sobre la esterilla, como una ardillita de Uoldisni cuando consigue una avellana.

—¿Qué coño es lo que es máximo, pequeña? —dijo Guaica, mientras yo repasaba, inútilmente, mi diccionario de adjetivos: ¿máximo?

—Que hayas conocido los excusados, papi. Durísimo.

Guaica me miró sobre el espaldar del asiento, mientras sostenía los lentes con la mano derecha, doctoralmente.

—Les tengo un gran cariño, si supieras, a pesar de que hayan arruinado mi vida, debe ser cierta forma de masoquismo. ¿Qué es lo que te gusta?

—Ay, no sé. Me parecen así como más naturales, más libres, más campestres, deben ser chéveres.

—Si, muy campestre, hasta que agarras una campestre enfermedad en el rabo, —dijo Guaica—. La verdad, preciosa, que no me gustaría ver tu manzanita posterior sometida al embate de esos asquerosos ejércitos de amibas y parásitos. Te lo digo yo que tuve que calármela completica, ahora me llevo un uatercló portátil cada vez que retorno a mi pueblo natal, la nostalgia y el aseo vencen a la comodidad. Así es que me gusto: puntual y ordenado. Sobre todo puntual, pequeña, de modo que azote con los corceles.

Graciela le dio más gasolina al Ford y yo sentí un gran alivio con aquella brisa soplando sobre mi cara. Arriba veía un cielo limpio, inmóvil a pesar de nuestro loco deslizamiento sobre las elevadas vías del Pulpo. Guaica pisó el cuarto botón del reproductor y los Suinguel Singuers exhalaron el último eco del contrapunto.

ACLARATORIAS DE PEREIRA

(O: una versión para el archivo)

NOTA: Antes de lanzar la primera edición de esta novela, la revista "en HAA" de Caracas, publicó un fragmento, una primera versión casi idéntica a la definitiva, de los párrafos en los cuales se relata la muerte de El Gato.

A pesar de la casi clandestina circulación de la cual disfrutan las revistas literarias venezolanas, el azar quiso que en un apartado lugar de Portuguesa, un lector circunstancial llamado Raimundo Pereira se identificara, a través de un espeluznante proceso de despersonalización, con su homónimo del relato. La carta que anexamos a continuación llegó a la redacción de "en HAA" y me fue facilitada por Teodoro Pérez Peralta hace algunos días; la incluyo aquí sin cortes, sin enmiendas, sin rectificaciones. ¿Motivos? Un primero, científico: la misiva es un verdadero testimonio del pensamiento, del razonamiento psicótico.

Un segundo, literario: suministra una versión distinta de la que hemos proporcionado como definitiva.

Un tercero, parapsicológico: deriva de la posibilidad —remota, pero estadísticamente viable— de que haya existido alguien apodado El Gato, con una vida idéntica a la del personaje correspondiente de la novela, y la doble coincidencia en la amistad del tal Pereira (lástima que el Pereira de la novela no haya revelado nunca su primer nombre).

Un cuarto, irreal: la eventual probabilidad de que quien haya remitido la carta sea Pereira, el imaginario, el del relato; el único, sin embargo, que es definitivamente real para mí.

He aquí la carta:

Sr. Carlos Noguera

Revista en HAA

Caracas

Apreciado Sr.:

Con las manos todavía temblorosas por la emoción tomo la pluma para dirigirme a Usted porque acabo de leer su revista. Se bien que Ud. no es un historiador, ni un periodista, y por eso me extraña tanto que mienta con tal desparpajo sin siquiera ruborizarse. Estoy desconectado, Sr. Noguera (evidentemente quiso decir: desconcertado, n. del a.), con las deformaciones que de la verdad Ud. hace en su escandaloso relato, me refiero al publicado en el número nueve de la revista literaria en HAA de la cual Usted forma parte integrante y concisa (?; "?" del a) en su calidad de integrante del comité de redacción, junto con los señores Pérez Peralta, Balza, Barroeta, Goiticoa y Nunes. Pues bien, Sr. Goiticoa (!!!, del a), es el caso que yo tengo un amigo llamado Pedro que me facilitó la tal mencionada revista, quien a su vez la había recibido de un poeta amigo suyo, de Pedro. Y cuál no sería mi sorteo (sorpresa, n. del a.) que cuando abro la revista y me pongo a leerla, yo que nunca leo cosas de esa clase, leo por casualidad el nombre de Pereira en una de las páginas. No que yo sea engreído y tampoco que haya creído del primer momento que el Pereira que aparecía allí era yo; lo que quiero decir es que no es que yo me haya figurado que estaban escribiendo sobre mí y me haya interesado por eso, porque tampoco

es que la revista sea para tanto, no es para tanto, no señor, pero de todas maneras Ud. sabe me picó la curiosidad y me puse a leer desde el comienzo, desde el título y desde el nombre suyo que aparecía arriba, Sr. Noguera, hasta el punto final.

El cuento es enredado porque Ud. muchas veces echa para atrás y para adelante en lo que está diciendo, pero pude leérmelo todo, a pesar de todo. Y si la primera sorpresa fue grande, la segunda fue mayor, porque se confirmaron mis temblores (seguramente: temores, n. del a.) de que aquel era yo. Ud. me preguntará por qué. Es el caso, Sr., que todo se corresponde con lo que a mí mismo, personalmente y verídicamente, me ocurrió hace algún tiempo ya, con todos los detalles que Ud. menciona: el tipo apodado El Gato, el lugar, el otro llamado Pereira, lo que pasó con las botas, lo de la alcabala y la huída, lo de la captura, lo de Acarigua, etc. No se por medio de qué oído llegó esta historia a su boca (evidentemente al revés: por medio de qué boca, etc.; n. del a.), ni qué intenciones ocultas traía el que se lo contó, pero debo decirle, Sr., que toda, absolutamente toda, de pié a cabeza, es una mentira, lo que allí se dice está volteado por todos los lados como si el mundo la hubiera cogido de pronto por andar de cabeza y el tiempo hubiera empezado a marchar hacia atrás y no hacia adelante, como el otro día que el maquinista del cine de Araure montó el rollo al revés o puso el motor en retroceso y los caballos comenzaron a correr reculando y los muertos se levantaban y comenzaban a disparar y los que estaban en el suelo daban cuatro saltos mortales en el aire hacia arriba y se iban a meter en una ventana del segundo piso; pero esto no es lo que nos interesa en este momento, ¿no es tuerto? ("¿no es cierto?", n. del a.).

Lo primero que se me ocurrió, Sr. Noguera, fue maldecir al Gato donde éste estuviera y luego meterle una patada a la revista; maldije al Gato, pero lo de la

patada no lo llevé a cabo, no porque me faltaran ganas sino porque entonces fue cuando entré en cuenta que lo mejor que podía hacer era escribirle y para eso necesitaba el cuento del delito ("el cuerpo del delito"?, n. del a.).

Así que le escribí, mejor dicho, le escribo con las ideas en mente de desmentir la historieta y de poner los puntos sobre las íes o donde haya que ponerlos.

Aunque antes quiero aclararle un punto: reconozco que no toda la culpa es suya: creo, sencillamente, que Ud. fue vilmente engañado por la persona o personas que le refirieron el relato. Tengo mis razones para creer que esa persona no es otra que El Gato. ¿Quién más que él podría obtener un beneficio directo de todo esto? Y lo maldigo, Dios me perdone, dondequiera que esté por injusto, por mal compañero y por todo lo que ahora voy a contarle. No me importa que esté muerto: yo sabía que tarde o temprano terminaría de esa manera. Más bien me extraña que no haya ocurrido antes: siempre fue un idiota para manejar las armas y un cobarde que se escondía cada vez que le daban la oportunidad. Tenía una excusa cada vez que le tocaba hacer la guardia. Y lo peor que puede hacerle un hombre a otro en esas condiciones: robarle la comida; eso era lo que él hacía, aunque nunca pudieron probárselo; en todos los grupos donde él estuvo vivían perdiéndose las latas de sardina, las galletas, la nestlé, los cambures, todo lo que sirviera para comer.

Una vez, en paz, quiero decir que no estábamos cercados, que acampamos cerca de un caserío, un campesino lo acusó de violarle la hijita, una muchachita de ocho años, Sr. Noguera, dígame Ud. si una cochinada de ese tipo no es como para fusilar a un hombre. Pero El Gato era un tipo hábil, sabía defenderse: no lo fusilaron. Además en ese momento no estaban tan de moda los ajusticiamientos como después, era una

época difícil, y teníamos pocos hombres. Verdad es que después el mismo campesino resultó delator y la gente dijo que lo de la violación a lo mejor también lo había inventado para "descomponer" las filas, pero eso nunca se aclaró y para mí que el gato lo hizo, pudo haber hecho eso y mucho más.

Hablando de delación, ahora me acuerdo que una de las cosas que me afiló (animó, n. del a.) a escribirle fue que ese desgraciado tuviera el brío de acusarme de soplón, a mí, Raimundo Pereira. Y no es que yo considerara que les debiera lealtad, Señor Noguera, por el contrario, para esa época ya yo estaba convencido de que aquel ya no era el camino que yo buscaba, o el que yo quería encontrar, estaba convencido señor Goiticoa, no sólo de que las guerrillas en sí eran una farsa, un engaño, sino que todo en su conjunto era una farsa tampoco (querrá decir también, n. del a.): la política, la sociedad, el marxismo, el mundo, el cosmos entero, señor.

Por eso digo siempre que aquel ataque nocturno, cuando tuve que huir con El Gato, fue realmente una bendición de Dios: de cualquier manera, con ataque o sin ataque, yo estaba decidido a bajar. No desertando, claro, porque había el peligro de que me encontraran y eso significaba la liquidación, sobre todo si Ud. sabe que para esa época se habían otra vez puesto de moda los ajusticiamientos (porque venían por modas), no desertando, pero si tal vez fingiendo una enfermedad o que el cuerpo no me aceptaba la comida, cosa que no era difícil para mí porque siempre he pensado que el ayuno es una de las prácticas más santas y que más favorecen la pureza, y, aquí entre nos, ya antes de subir al monte la practicaba por mi cuenta, de manera que no me iba a costar mucho fingir la pérdida del apetito delante de ellos, de los jefes. Pero no fue necesario: lo del ataque facilitó las cosas.

En esto Usted no miente; ese ataque existió, pero no

como usted lo cuenta en su caballo de troya (no es un delirio; al momento de publicar el fragmento, la novela no tenía todavía un título definitivo, uno de los muchos provisorios tenía relación con la célebre patraña homérica, de manera que el título que Pereira leyó, el que salió publicado "en HAA", aclaraba: "Autobiografía del Caballo de Troya. Fragmento de Novela"; n. del a.), no como usted lo cuenta allí o como El Gato se lo contó a usted, sino de una manera muy distinta.

Lo primero que tengo que aclararle es que aquélla era una zona más bien desconocida para nosotros. Ya usted sabe que la mayoría de los mapas levantados sobre esas regiones, la mayoría son incompletos, hasta falsos, de manera que uno de pronto encuentra ríos donde, según el mapa, no debería encontrarlos. Otras veces uno cuenta con un río que en la realidad ya hace muchos años que está seco. De manera que prácticamente siempre había que modificar los planos. Pero ni siquiera para remedio se podía encontrar un plano en esa época, que para algo nos hubiera servido, siquiera para medio orientarse. Ni siquiera eso porque los planos, junto con una buena parte de las provisiones se fueron en la corriente de un río crecido. Si no hubiéramos estado apremiados (nos estaban persiguiendo y la radio hablaba de un cerco), seguro que hubiéramos tratado de rescatarla, pero como dice el dicho: la masa no estaba precisamente para bollos. De manera que ni orientarnos bien podíamos. A lo mejor por eso lograron alcanzarnos, me refiero a los de la comisión de la Digepol: seguro que en vez de avanzar nos pusimos a caminar en círculo y nos enredamos y les fuimos a caer en las manos, porque de otra manera, ¿cómo se explica que nos alcanzaran? De un guerrillero se pueden decir otras cosas, pero no, señor Noguera, que sea lento, no señor.

De manera que allá estábamos nosotros aquella noche, un grupo de apenas unos 15 hombres, bajo aquella aguazón, que hacía días que no nos encontrábamos con lo que se dice un respirito de verano: era llover y llover día y noche, una lluvia cerrada, molesta, que a veces que uno pensaba (a mi me ocurrió, no porque haya tenido miedo, sino porque, en el fondo, aún en aquella época, yo era ya un espíritu religioso, quiero decir con esto que yo ya había recibido algunos mensajes de Dios y ya me estaba empezando a sentir impuro, manchado, y estaba pensando, seriamente, en dedicarme a servir a Dios nuestro señor y en alejarme del mundo y más nada), uno pensaba que estaba llegando el fin del mundo y a mi me alegraba aquello por una parte porque a veces me parecía que estaba cumpliendo con una penitencia, que aquello me lo había mandado Dios como prueba o como martirio para purificarme. Pero por otra parte pensaba también que era un pecado buscar la muerte de esa manera, abusando tanto, porque uno no puede tampoco disponer libremente de su vida, como si no fuésemos hijos de Dios. Pero le estaba hablando de la noche del ataque, le digo que tendría que ir allá y pasar realmente por eso, en carne propia como se dice, para saber lo que es sentirse perseguido y perdido y manchado y sucio (por fuera, pero sobre todo por dentro, como me sentía yo) en medio de aquel diluvio, de aquel pozo húmedo y negro, señor, que era aquella sierra.

El Gato dice, y eso es cierto, que aquella noche era Juan de Dios el que estaba de guardia (un campesino que se había venido con nosotros), pero lo que no es cierto es que Juan de Dios fuera precisamente idiota o gafo o no se como es que él lo llama en su cuento (es decir, usted, señor Noguera, porque fue usted quien lo escribió). Juan de Dios era rústico y más bien callado, como todo campesino, pero no idiota, era uno de los hombres mejor preparados para aguantar una vida como la que nosotros llevábamos, porque estaba acostumbrado a eso, yo diría que hasta hereditariamente, porque sus padres y sus abuelos también eran

de la sierra, de manera que si falló en la guardia fue porque ni él siquiera pudo aguantar aquella marcha, tal vez se durmió, quién sabe, lo que sí puedo decir es que ninguno lo hubiera podido hacer mejor que él, al menos ninguno de nosotros.

Ya usted sabe lo difícil que es caminar en el monte, pero tiene usted que caminar mal protegido, en la oscuridad y lloviendo y por varios días, para saber lo que es bueno. Después de una jornada así, señor Noguera, a usted no le quedan pies, sino muñones, troncos sucios llenos de tierra y barro, adoloridos, que usted siente como si fuera otra persona y no usted el que tuviera el dolor de puro duras y cansadas que se le ponen las piernas que es como si no fuesen suyas. Esas eran las piernas que uno llevaba, de manera que cuando nos permitían descansar uno podía aliviarse un poquito, pero lo que no podía ni debía hacer era quedarse dormido con las botas quitadas, si eran que le quedaban botas, por supuesto, porque entonces se le dificultaba cualquier huída rápida y perjudicaba al grupo. Pues eso fue precisamente lo que el gato hizo, por flojo y por descuidado: quedarse dormido sin sus botas.

¿Que atacaron de sorpresa? Si, es cierto. Pero lo que usted no dice es que si no hubiese sido por mí al Gato lo pescan allí mismo, y no lo dice porque El Gato no se lo contó, y no se lo contó porque no le convenía que supieran que no había estado alerta a tiempo; no me explico por qué: una cosa es tan grave como la otra; y allí estaba yo, levantando al Gato, en pleno ataque, cargándolo a cuestas prácticamente, porque prácticamente estaba lo que se dice mocho de ambas piernas de tantas pústulas y llagas y costras que tenía en esos pies, y para completarla: sin botas, quiero decir, El Gato. De manera que en ese estado caminamos día y noche, no se ya ni por cuánto tiempo de puro enfermos y débiles que estábamos. Milagros de Dios

que nos mantuviéramos vivos a pesar de todo, porque después escampó, y más adelante encontramos cómo comer, y teníamos agua.

El, quiero decir: El Gato, dice, de acuerdo a lo que leí en la revista, que fue por pura casualidad que a mí me quedaban todavía las sardinas y las galletas rancias que el nombra, pero esas cosas no son casualidad, señor Noguera, eso se llama responsabilidad, y que yo le haya dado, que haya compartido con él las sardinas y las galletas y más tarde la sopa y los pedazos de yuca que pude conseguir en el rancho (yo, porque él ni moverse quería), eso, señor, se llama solidaridad, caridad y amor.

En ese mismo rancho fue donde pude conseguir la ropita de la cual él hace burla en su historia. Es cierto que nos quedaran cortas, que no nos sirvieran, que tuviéramos que prensarlas para que alcanzaran y que hubiera sido difícil, mejor dicho, imposible, entrar a ninguna ciudad o pueblo o caserío con aquellos trapos amarrados alrededor del cuerpo, pero algo es algo, y nosotros no estábamos precisamente para escoger. Yo creo que en momentos así uno debe, sencillamente, contentarse con lo que se pueda conseguir y arroparse, como se dice, hasta donde la cobija le alcance. De manera que me parece injusta la referencia burlona que él hace a la tal ropa, sobre todo si tenemos en cuenta que lo que quedaba de la otra, de la que traíamos, eran unos girones, unas sucias hilachas que de ninguna manera podían llamarse ropas.

Hablando de ropas, otras de las cosas que con él compartí fueron las botas. El mismo lo dice en su cuento, pero uno cuando lee eso, acaba por pensar que lo que fuí fue injusto, que debí haberle dado las dos y no una y quedarme descalzo y él calzado. Pero así fue: yo con una y él con otra bota, cambiándolas de cuando en cuando para ayudar un ratico a cada pié, así fue como pudimos llegar, mejor dicho, como "nos" llegaron, me refiero a los de la digepol.

Es verdad que nadie hubiera podido prever que detrás de la curva aquella no estuviera el paraíso sino aquel diente (quiere decir puente, se refiere al puente donde los agarraron, n. del a.), que no estuviera una iglesia con altos campanarios y vitrales y sus grandes naves silenciosas y pulidas, y sus figuras de ángeles y santos, rosadas y eternas, sino aquella alcabala y aquellos tipos armados y abusadores, verdad es que nadie hubiera podido prever eso, pero si él quiere hacer honor a la verdad debe recordar que si no hubiese sido por el mal estado en que se encontraba, que a cada rato tenía yo que estarlo ayudando y calmándolo y consolándolo, si no hubiese sido por eso, no hubiéramos tenido que cōger por la carretera y por lo tanto no nos hubieran agarrado. Pero esto es otra cosa. Lo cierto fue que nos agarraron y desde el mismo momento que nos agarraron yo lo que hice fue encomendarme a Dios y pedirle fuerzas para resistir lo que viniera, porque ya sabíamos, al menos por referencias, qué era lo que nos esperaba.

Y eso fue lo que nos vino encima. No le voy a repetir que no fuí yo sino él, El Gato, quien habló. Tampoco lo voy a acusar porque yo no tengo una virtud divina para estar juzgando a nadie, no señor. Quién sabe lo que yo hubiera hecho si no hubiera estado preparado como lo estaba para aquellas pruebas, a lo mejor también hubiera hablado, quién puede saber. No señor, no voy a acusarlo por eso, pero lo que no puedo tolerar es que, en cambio, no sólo mienta cuando se absuelve, que Dios sabe de qué lado está la verdad, sino que además me acuse a mí, de la manera más desvergonzada y cobarde. Ya eso sí que es demasiado, porque también el perdón tiene un límite, la misma Biblia lo dice.

Usted se preguntará: pero bueno, qué tiene éste que El Gato no tuviera, por qué éste sí resistió y El Gato no. Se lo voy a decir en pocas palabras, señor Noguera, en muy pocas palabras: sí, yo tengo algo que El

Gato, Dios se apiade de él, no tenía; tengo: la MANO DE DIOS (mayúscula de él, n. del a.). Así como suena. No es, apreciado señor, no es que yo me crea más, o que esté creyendo que yo soy más que los demás, no, Dios sabe que soy el último de los humanos y así lo pienso y lo digo, pero si El me ha ofrecido de propia voluntad y corazón ese altísimo honor, no soy yo (antes morir) quien se va a oponer. Y fue eso. Su suprema ayuda, fue su suprema voluntad de elegirme a mí como mártir y servidor de su reino, lo que me ayudó a resistir aquellas pruebas. A veces era un ángel el que se me aparecía, por las noches, a repetirme el deseo divino, bajaba envuelto en nubes y de su larga cabellera surgían reflejos que me hipnotizaban y me llenaban de una felicidad increíble, como nunca en mi vida había sentido. Bajaba vestido con un gran manto azul y una túnica dorada y entonces se quedaba como flotando sobre mi cabeza y luego desaparecía, dejando puro perfume en aquellas paredes que lo que me provocaba no era respirar sino beberme el aire. Otras veces bajaba hasta el suelo y se sentaba en el aire y entonces, digo yo que para que yo me sintiera como más en confianza, como más a gusto con él, porque no todos los días se le aparece a uno un ángel y no a cualquier mortal, y eso, como usted se figurará, emociona, yo que se lo digo, señor Noguera, emociona, entonces se me ocurre a mí que para que yo me sintiera más en confianza con él y no fuera a sospechar, porque quién sabe cuántas malas pasadas le han hecho a los pobres mensajeros de Dios, Señor Noguera, porque tiene Ud. que saber que aquí hay la gente mala en bruto, le digo, fue seguramente por eso, para que yo le cogiera confianza, a veces bajaba completamente, y cuando bajaba dejaba de echar luz, y la cabellera se le apagaba y lo que sí quedaba todavía era el perfume que a lo mejor es más difícil de apagar que la luz. Así que se sentaba como cualquier tirapiedra a conversar conmigo, mejor dicho a discursear, él por su lado y yo por el mío, que jamás llegamos, en todo

el tiempo que yo estuve metido en la cárcel, jamás pudimos llegar a entendernos. Era como cuando la torre de Babel, pero un poquito diferente, porque, no se si me va a entender, yo comprendía las palabras, mejor dicho, yo podía recordar que esas palabras las sabía, estaba seguro de eso, pero no podía entender lo que me decía. A él le debía pasar algo parecido porque tampoco podía (yo estoy seguro de que si hubiera podido lo hubiera hecho) tampoco podía responderme las preguntas que le hacía.

Pero a pesar de los pesares, señor Noguera, debe Ud. imaginarse lo bien que me hacían aquellas visitas. Hay que recordar que yo estaba encerrado, y en esas condiciones (yo no sé si Ud. ha estado alguna vez preso, quiera Dios que no) cualquier visita se agradece, no importa de quién venga; cuantimás en mi caso que estaba casi como ermitaño, porque allá estaba yo, allá nos habían metido a todos juntos, quiero decir que no es que estuviéramos nosotros, los políticos aparte, sino que nos metieron a todos en una misma ensalada con los demás presos, los comunes, vaya Ud. a saber por qué iluminación maligna, quizás porque querían que nos martirizáramos más, quizás porque ya no había más espacio (debe Ud. recordar, señor, que aquella fue la época más negra), lo cierto era que allá estábamos y entonces a uno no le queda más remedio que aislarse. Claro que ya los otros que habían caído antes tenían aquello organizado: cantar canciones, estudiar, trabajar, recibir clases, formaban como un pequeño pueblito aparte. Digo formaban porque yo apenas duraría unas semanas. Y no porque no hubiera querido seguir, yo quería, pero cuando propuse decir una conferencia sobre Dios y me la vetaron (así me dijeron), comprendí que mi sitio no estaba en ninguna parte, no se si me va a entender, era como si el cuerpo no fuera el cuerpo si no una pompa de jabón, que no sabía donde situarme, que en ninguna parte tenía lugar para mí. Fue entonces que me volví para siempre, señor Noguera, un solitario. Por un lado no me podía acercar a los comunes y por otro lado estaba aislado de los camaradas, aunque mentiría si dijera que se portaron mal conmigo, en realidad no, siempre me incluían en los repartos de las viandas familiares y se preocupaban por mi salud: esas cosas se agradecen aunque uno esté, como yo estaba, haciendo ayuno de purificación, imponiéndome penitencias, son cosas que se agradecen y que no se olvidan. Pero yo ya no estaba para hacer vida de partido, yo lo que quería era ponerme a rezar mis oraciones, a meditar, a hacer penitencia: fundirme con la sustancia divina.

De manera que el único verdadero compañero que me quedó fue el ángel, porque con él no importaba que no me comprendiera. El lo era todo para mí, señor Noguera. ¿O era ella? No me vaya a interpretar mal. Muchas veces, cuando la noche se hacía larga y la conversación crecía yo podía contemplarlo a mi gusto, detallarle la cara, el cuerpo (aunque no podía verlo claro por la gran capa que lo cubría), y fue así que a medida que lo fuí detallando, cosas de la vida, me fuí dando cuenta que, en verdad verdad, uno no podía decir si aquello que estaba delante era un hombre o una mejor (evidentemente: mujer; n. del a.), mejor dicho, no se podía decir si era un muchacho, porque de que era joven era joven, o una muchacha. Y peor fue después y me preocupé más porque una noche le escuché clarito algo de amor, o de ámame o de te amo, una cosa así, y yo no supe que hacer señor, Noguera, no supe de verdad qué hacer. Y fue entonces que me acordé que una vez le había escuchado a uno de los maestros del pueblo que no hicieran discusiones bizantinas y yo le había preguntado qué eran discusiones bizantinas y él me había dicho, que yo no entendí muy claro y por eso tuve que ir al diccionario de mi tío, me había dicho que eso venía de cuando Bizancio, que cuando los turcos tomaron Bizancio, mientras la gente se mataba por montones en las ca-

lles, los religiosos seguían encerrados discutiendo sobre el verdadero sexo de los ángeles. Que cuál era el sexo de los ángeles. Yo no lo sé, señor Noguera, y me consta que en los evangelios no se dice nada sobre el particular. Y cómo no me iba a preocupar por eso, dígame si después resultaba que lo que era era masculino o que no era de ninguno de los dos sexos, o era de otro sexo que no existe entre nosotros, de un sexto sexo o de un quinto o de un octavo sexo. Yo de verdad que no encontraba que hacer.

Porque le voy a decir una cosa: lo peor era, señor Noguera, que me estaba enamorando, así como lo oye: me estaba enamorando. Aquello era demasiado para mí, tenía que ser que El Señor me estaba poniendo a prueba, así me dije señor Noguera, porque no le podía buscar otra vuelta a aquella situación. Qué más podía pensar cuando se me presentaba aquello y cuando ni siquiera que fuera verdad que fuera una mujer, mejor dicho: cuando ni que el ángel fuera de verdad una mujer, podía yo darme el lujo de pensar que podía ponerme a pensar que ella pudiera aceptarme; quiero decir, mejor dicho, que yo no podía pensar en enamorarme de ella porque, vamos a hablar claro, a pesar de todo, siendo mujer y todo, era por encima de todas las cosas y por encima de mis sucios deseos, un ángel, quiero decir: una ángel.

Fue en aquella época (le ruego, señor Noguera, que sepa comprenderme), fue por ese entonces que la cogí por masturbarme. Ud. no puede imaginar un martirio más grande para una persona que la única aspiración que tiene en la vida (y para después de la muerte también), la única aspiración que tiene es servir, amar, obedecer, seguir, respetar, adorar, loar, a Dios, y únicamente a Dios, para una persona así no puede haber una prueba más grande. Yo creí que con este pensamiento claro y encomendándome al Señor, podía salir adelante; pero el ángel seguía viniendo y yo seguía enamorándome, y yo no podía aguantarme y seguía cayendo en el pecado solitario; y mientras más me masturbaba, más pensaba que me estaba perdiendo, y más me sentía sucio, lo que yo sentía era que estaba chapoteando en un chiquero y revolcándome como un cochino; y me ponía muy triste porque pensaba que si seguía por ese camino que iba, iba a terminar realmente pudriéndome si ya no lo estaba, porque hasta los brazos y las piernas ya comenzaban con la hediondez a mortecina y cuando escupía porque tenía la boca como empatucada de tierra, lo que escupía era pús. Y mientras más pús escupía y más sucio me sentía, sentía también que más necesitaba del Señor y más rezaba y más me ponía en meditación y entonces la ángel volvía, más brillante y luminosa y bella que nunca, para que yo la contemplara, y era verdad que lo único que podía calmarme, lo único que podía ponerme tranquilo y darme sueño como para dormir, era el ángel. Pero cuando desaparecía yo en lugar de ponerme a hacer mis oraciones lo que me provocaba era pajearme otra vez y entonces tampoco podía dormir porque la cama se volvía otro infierno, otro chiquero, otro barrial se volvía la cama y yo era un cochino que pateaba y pateaba porque se estaba hundiendo y si no pateaba lo suficiente el barrial se lo tragaba para siempre y cuando ya lo que me quedaba era un ladito para respirar y el barrial me llegaba casi hasta la nariz, pegaba un grito, un gran chillido, y una mano que bajaba del cielo me levantaba y me sacaba, lleno de barro y de sudor por todas partes del cuerpo y me calmaba y me quedaba tranquilo por un rato.

Los gritos han debido de ser mucho porque recuerdo que llegó un momento que los comunes (que estaban con nosotros como ya he dicho pero en el pabellón de enfrente, porque los camaradas habían hecho otra distribución y únicamente iban hasta allá en labores de captación, como se le decía, de cuando en cuando), los comunes, primero comenzaron a pedir que me

cambiaran y después que me mataran; que si los camaradas no me defienden, señor Noguera, y esto se los agradezco de verdad, si ellos no me defienden yo no estaría aquí contándole esto, porque una noche hasta una poblada para lincharme estaban haciendo, bravos que estaban por la cuestión de los gritos míos a media noche. Pero ¿qué podía yo hacer? Era una cuestión que no podía dominar. Después fue que vino la comisión y cogieron y hablaron conmigo: se portaron muy bien: estaba el encargado político, el secretario de organización que era un conocido mío de Portuguesa y el secretario de cultura que era medio poeta y le gustaba mucho hablar conmigo y prestarme libros y creo que también el secretario de solaridad, lo cierto fue que me estuvieron preguntando y no sé como llegaron a la conclusión que iban a hablar para que a mí me soltaran y me llevaran a tratamiento médico, y se me brindara la debida atención, como decía la declaración que leyeron, y si no, ellos y todos los prisioneros iban a la huelga de hambre.

Después me enteré que hasta una carta le habían mandado a mi papá para que se enterara de "mi situación". No se lo he dicho hasta ahora, pero mi papá era amigo de un pesado en el gobierno de Lara, que, casualmente, también tenía un hijo en las guerrillas que recién se le había ido. De manera que por influencia de este tipo a mi me sacaron y me tuvieron un tiempo en el hospital de allá, interno, después como que se olvidaron de mí porque no volví a ver más nunca un policía, ni soldado ni nada que se le parezca.

Desde arriba, desde la tabla donde estaba sentado con mi bastón y mi bella corona fue que ví a papá la última vez que fue a visitarme al hospital. A mi me asustó un poco porque hacía tiempo que no veía a una persona vestida así como él estaba y tampoco me acordaba del motor (¿doctor, quizás?; n. del a.). Fue tanta la emoción y el susto y la alegría juntos que ni me acordé que no estaba sobre el suelo sino montado en un altar, sobre los hombros y las espaldas de mis fieles seguidores, no me acordé de nada de eso y me levanto y salgo corriendo, y rás, el suelo pelado del patio y la orilla de la zanja era lo que me estaba esperando abajo. Aquí me repuse de la pierna quebrada y, a Dios Gracias, aquí sigo vivo todavía, en mi casa. Nada me preocupa ya mientras siga mi ángel visitándome. Estamos solos los dos cuando queremos; tía y mamá no molestan, papá se la pasa en San Rafael, la casa misma nos respeta porque sigue siendo como antes, como hace 15 años, silenciosa y fría con sus tres corredores y el gran jardín lleno de trinitarias y berberías y matas de rosas, y hasta árboles de malagueta y de icacos que crecen en este suelo siempre como húmedo, oscureciendo los corredores y las habitaciones, haciendo, señor Noguera, haciendo que el aire sea más música que aire mismo y que uno piense que por muy solo que uno esté, no está solo de verdad, porque por alguna parte están los espíritus caminando, deslizándose, hablando en voz baja.

Todas las tardes es aquí donde me siento, al fondo del corredor, frente a mi cuarto, todas las tardes llueve: tengo tranquilidad, señor Noguera, y eso es lo que cuenta para mí: que el tiempo pase sin que uno lo escuche, que el tiempo lo purifique a uno, día a día, noche a noche, y uno sienta que esa purificación es la única senda para alcanzar la paz final, cuando Dios Nuestro Señor así lo quiera. Por eso le he contado todo esto que sé que le va extrañar mucho, y por eso le he escrito, que Dios sabe que no tengo otro proceder, que he procedido bien y que El Gato, que Dios lo tenga en la gloria, el pobre no ha hecho, no hizo mejor dicho, otra cosa sino mentir, porque fue por esto que le he contado y no por delator que me soltaron, fue por esto que me soltaron Dios así lo sabe. Y no por delator.

Su hermano en Cristo, ————————

Y aquí venía la firma.

LA DULCE LOCURA (V)

(O: la importancia de llamarse Ernesto)

O Los Callos de la tal Mari Carmen no me habían hecho nada o era el hambre atrasada la que de nuevo empezaba a ronronearme en el estómago, de manera que cuando llegamos al estacionamiento de Arle: abandono mi papelito de chaperón, loco, le dije a Guaica, y depositando un candoroso besito jipi en la mejilla de Graciela y un coñacito corto de respuesta en las costillas de Guaica, enfilé hacia la arepera más cercana que debía estar en algún lugar no más allá de los doscientos metros, tomando en cuenta que era en Bello Monte donde estábamos. Desde la acera, mientras Guaica y Graciela subían, lancé una última ojeada de reconocimiento al edificio y aproveché para orinar y encender la pipa. Fue entonces cuando me encontré con Arle. ¿Cómo no me iba a asustar si yo lo hacía anfitrionando su fiesta y en lugar de eso lo veo venir pálido como La Dama de las Camelias o como Reinaldo Solar antes de llegar al Hato, embalado por todo el centro de la calle hacia abajo, como quien viene de Las Colinas, y una pata de melenudos encadenados detrás de él? ¿Cómo no le iba a responder si nada más al verme deja oir un Ernesto chillón, con una voz ridiculizada por la velocidad y el miedo? Yo mismo soy, me dije, qué coño les pasa a ustedes, les dije; y eso fue parándome y, ay papá, aquí sí que te jodiste, combatiente, me dije; y les dije:

—¿Por qué coño no sueltan esas cadenas y pelean como hombres?— aunque bien claro se veía que de que eran hombres, eran hombres, a pesar de las largas y onduladas pañoletas que les caían hasta las caderas y a pesar de que yo tenía más ganas de vomitar que de pelear, pero que le íbamos a hacer. Si al menos tuviera mi barba, sentí más que pensé en ese momento, tal vez con cierta nostalgia de Sansón y el problema de los pelos.

Por la orilla de la acera, por la calle hacia arriba hay árboles y la luz de las bombillas se pierde, pero abajo, en la esquina, que fue hacia donde me escurrí para precisarlos bien y para esconderme un poco en el poste si era necesario, allí, se veía más claro: eso fue precisamente lo que me salvó. Cuando me iban a atestar el primer cadenazo oí una voz celestial que gritó:

—¡Verga, si es Arcadio!

Y luego una orden que el melenudo mayor le daba a los melenudos súbditos restantes.

A Madurito lo conocí cuando tuve que acompañar a Gregorio, que lo habían herido en una pierna. Estaba atendido provisionalmente, claro, pero lo mismo que a mí, la rótula le había protestado y tuvieron que licenciarlo. Vayan ustedes a averiguar por qué me eligieron. Nada: que tuve que cargar con él hasta su casa y que me tuve que quedar porque el viejo de Gregorio, que es millonario, mi hijo mayor no se queda cojo, nojoda, y diciendo esto y Gregorio sale disparado para la iunaited esteits, en vuelo de primera clase, como podría decirse si realmente hubiera clases en los viajes por yet. Bueno, lo que pasó fue que mientras tanto y para protegerme y proteger a Gregorio y para agradecérmelo porque al fin y al cabo había sido yo quien lo había traído, el viejo decidió que yo tenía que pasar casi tres meses en aquel palacete mientras Gregorio iba y lo operaban y volvía y se reponía y acababa de estar bien del todo. Así fue como Ernesto el cambatiente, alias Arcadio, vivió y disfrutó de una estancia a cuerpo de príncipe en casa de la antigua y rancia familia de los Mérida, de la cual nuestro apreciado Gregorio era el último exponente, rescatador del rancio (nuevamente) abolengo de la estirpe o prosapia de aquella sangre benemérita que desde los tiempos de la independencia, de la guerra de la independencia contra el yugo español, no había conocido o reconocido o retomado el altísimo camino de las armas. Y he aquí señores por qué, aunque en discrepancia fundamental con las ideas que lo motivan, no tengo otra alternativa que reconocer la hidalguía del gesto de mi hijo, etc. De manera que así llegué y así me quedé esos cuatro meses y así fue como conocí a este Madurito que había entrado un día casa de Gregorio, con otros de la pata de Altamira, expresamente a conocer "al guerrillero", invitados por la hermana de Gregorio que era (o es) una pavita rica realmente. De manera que si en esa época no hubiera sido un fenómeno de circo para ellos, ni Mandrake me hubiera salvado en esta noche clara de inquietos luceros, de estos melenudos de Madurito.

—Chao, panita y perdona —me dijo. Mientras yo terminaba de espichar el último aire de la tensión y le daba un abrazo y él le mandaba saludos a Gregorio (porque Gregorio había vuelto a subir) y yo me le encogía de hombros y le mandaba saludos a Titina, que así se llamaba la pavita rica; y la hermandad volvía a nacer entre todos los hombres del mundo, gracias a lo inócuo de las melenas, a las propiedades de la palabra como instrumento de comunicación y a un viaje de un guerrillero a la patria de los sucios explotadores contra los cuales luchaba.

No me jodas, tú te la sabes todas, catire, fue lo que alcanzó a decir Arle, cuando me lo encontré más ade-

lante, detrás del restorán árabe, mientras sacaba de algo así como el forro de la chaqueta lo que yo creía era la primera provisión de la noche, mientras liaba en elegante papel sedoso de carterita el divino pito, mientras casi temiendo no llegar, daba el primer chupón como si fuese el último chuponcito de su vida, y me decía, riéndose ahora, coño Ernesto, tú si te la sabes todas, como perdiéndose, y su voz era un susurro en un inmenso recipiente hueco hacia la tiniebla y yo lo llamaba, Arle, Arle, coño, y él: por qué no me dices mi nombre; y yo: cómo te voy a llamar, ¿Cervantes?; y él: no es eso, quiero decir mi nombre planetario, llámame Ramakrishna Arle, que es de pila, y recuerda que Varuna está sobre nosotros. Yo entendí Varuna, pero después, porque en un primer momento lo que oí clarito fue "La Tuna", y por no dejar, por no dejar mejor volteo para arriba, me dije, porque Tuna me sonó a puta, y puta me sonó a taconazo, y estábamos un poco en la zona. De modo que volteé para arriba, por no dejar; fue en ese momento cuando Arle se levantó y:

—Veo que te inquieta su poder, lo debes haber presentido muchas veces mientras esperabas el combate —me dijo, poniendo una cara que yo, realmente, no le había visto nunca.

Es la trona, me dije, mejor lo dejo que hable. ¿De dónde conoces a esos carajos?, me dijo. De la reencarnación anterior (pensé). De casa de un amigo (dije). ¿Cómo es esa vaina, a los melenudos?, pero si esos son unos hijos de papá, me dijo. ¿Y tú de quién eres hijo, de Cristo? (pensé). Lo sé, pero ¿qué tal si no los hubiera conocido?, adiós Arle adiós Ernesto y adiós dulces arrullos de la Cannabi y adiós fiesta, ¿no? (dije). Tienes razón, catire me dijo y me pasó el brazo por el hombro y me preguntó con quién había venido y me dijo que menos mal porque él se hubiera muerto o algo así si le quitaban sus chamicitas.

Lo último que dijo, lo de las chamicitas, me hizo acordar del bonche que nunca llegaba y de que ni siquiera me había dado las gracias por haberle salvados los piticos.

Mientras caminábamos hacia el edificio le advertí lo de la arepa porque, a pesar de todo, el hambre seguía igualita silbándome como un trompo en el estómago; que no, que en la fiesta había pasapalos para botar, que si la masa estaba rancia, que él se había intoxicado una vez y poco a poco me dejé convencer y ya estábamos otra vez frente al edificio. Iba a decir que desde abajo habíamos visto un cuerpo columpiándose al borde de la terraza, en el penjaus, que luego resultaría ser el de Rafael, pero ahora me doy cuenta que esto era imposible, porque Rafael entraría en crisis suicida después, a raíz de mi jamoneo con Mónica. De manera que subimos sin ver a ningún Rafael en ninguna terraza y fue Guaica el que nos abrió la puerta. Arle y Guaica se dieron sendos abrazos y sendos coñacitos por las costillas, de saludo.

—Debes venir más lleno que las praderas de Méjico, ¿eh amiguito? —le dijo Guaica, porque alguien, tal vez Henrique, por supuesto, ya le había tirado el dato de que Arle andaba en comisión de control.

—Tranquilo, hijo, que si no es por las hábiles dotes de Ernesto mi arriesgada misión hubiera terminado en las oscuras sendas del fracaso total.

A Henrique, Guaica, Patricia y también a Gracielita, aunque sin saber mucho por qué, se les erizaron los pelitos del entusiasmo, con la consecuencia de que gracias a la curda y a la felicitadera me sentí estúpidamente heroico y, lo que ya es el colmo, me sorprendí en el gesto ancestral y prehistórico de inflar imperceptiblemente el pecho mientras la pequeña multitud me aclamaba y me hacía penetrar en la fiestecita con guirnaldas y honores.

Después me dí cuenta de que tal vez esto, unido a las leyendas de la montaña, sumado al contraste que creaban mi camisa verde claro y mi vieja pero hidalga chaqueta de gamuza, multiplicado por cierta crónica soledad padecida por ella, fue lo que predispuso a Mónica en favor de este tipo que les habla. Aunque, claro, esto no lo podía sino intuir mientras avanzaba sobre las alfombras en el centro del pequeño grupo que me conducía hacia el fondo de la sala, en el preciso momento en que sus enormes ojos, digo los de Mónica, grandes y extraños, me detectaban y aumentaban de tamaño y comenzaban a brillar con esos chisporroteos increíbles que después me seducirían y cuyo empeño, persiguiéndome a lo largo de la sala, resultaba definitivamente inconfundible para cualquiera; incluso para mí, que tan desentrenado estaba de estas lides y combates.

Guaica, que como se habrán dado cuenta es un tipo que está en todas:

—Coño, loquito, veo claros augurios de que pronto pasarás de medieval monje proxeneta a actor del eterno drama de Eros, ¿eh? —dijo, mientras sacudía la cabeza y las cejas en dirección a Mónica— No está mal la nena, habría que ver que tal funciona.

—No hay tu tía: soy irresistible— le contesté con tono de no se hable más del asunto, por no comprometerme y porque naturalmente Arle no dejaba hablar a más nadie si antes no le escuchaban el episodio de Madurito:

—No me joda, y eso no es nada, hoy definitivamente estoy en la dimensión desconocida: en el bar me pasó otro show. Fíjate que estoy precisando el control y el control nada que llega, le pregunto a Arturo si no tiene, y el que en eso anda, que deje la velocidad. Yo le digo, okey, y veo que él sale mientras yo me quedo con tres o cuatro zanahorias, cuidando

la mesa. Al poquito rato veo que Arturo regresa y viene con un tipo medio raro que palabra que era la primera vez que lo veía. Yo digo, nada, este es el control y cuando me lo presenta y se lo presenta a los zanahorias, yo mosca, zás, le aprieto la mano al tipo y le lanzo una sonrisita y me le quedo viendo. El tipo nada que reacciona y para completarla, Arturo, que ya estaba medio curdo, se mete en una cotorra larga sobre teatro con uno de los zanahorias y ni una señita para mí. Yo me dije, nada, este hijoeputa ya se llenó él y seguro que con la curda se olvidó de mí; así que mejor me concentro en el tipo. Y entonces yo dale con las señitas y las risitas y los quiubo con las manos, medio guilladito, tú sabes, y le sacudía la cabeza haciéndole señas para que saliera hacia el baño. Y el tipo nervioso y nada de nada. Y yo, qué coño le pasa a este jíbaro, debe haberse quedado sin puchos. Y vuelta con el atoramiento de las señas, porque me acordaba de la fiesta, y este maricón me va a hacer perder toda la noche en esta vaina, me decía por dentro. En eso veo que por fin el tipo se decide y pide permiso a las zanahorias y, zás, cae en el baño. Yo, muy natural, muy sonriente, pido también permiso a las zanahorias y, zás, le caigo al tipo en el baño.

—Velocidad, mano —le digo— que tengo poco tiempo— con una voz que le debe haber sonado más misteriosa que el carajo, acercándomele a orinar al lado y dándole un empujoncito con el hombro.

—Velocidad con qué— me responde el tipo poniendo una cara de intriga del carajo, y zás, se arrima hacia el lavamanos, sacándome el cuerpo.

—¿Qué coño te pasa? —le pregunto— Velocidad, que no tengo mucho tiempo —abriéndome la bragueta y sacándome la manopla para orinar.

Yo que me saco la manopla y el tipo que se arrima

hacia allá, con una cara de pinga, del otro mundo, pegándose contra la pared.

Ahora sí que me jodí fue lo único que se me ocurrió:

—¿Cuánto tienes? —le digo—. Yo se que con Arturo te portaste bien, así que blandito conmigo, mano.

Para ese momento la expresión del tipo ya era una vaina increíble y yo empezaba a arrecharme porque empezaba a darme cuenta que el tipo segurito que me estaba confundiendo con un marico agresivo; de manera que, zás, me alejo, con grandes esfuerzos trato de mostrarle mi mejor sonrisa, y le digo:

—Ah, ya: tú estás creyendo que soy marica, ¿no? —pelándole el diente—. No te preocupes, yo soy de confianza, ¿no te lo dijo Arturo?

—¿Qué me dijo Arturo? —dijo el tipo, acomodándose el nudo de la corbata y ajustándose el paltocito como para que yo notara que él era un macho completo y no me fuera a confundir.

El qué me dijo Arturo y la cara de despiste que puso, acabaron de meterme en onda: me miró de arriba a abajo, sacando el pecho como diciendo: al fin me libré de este marico, y yo me dí cuenta que todavía tenía la manopla afuera. El tipo me dió la espalda y salió y yo agarré mi pinga y me la guardé. Si este es sapo, puse la cagada del año, pensé, y me fuí yendo escurridito y silencioso, tratando de salir por el pasillo para que el tipo no me viera otra vez, y maldiciendo y sacándole la madre a Arturo que me hacía pelar bola de esa manera y más arrecho que plancha de chino porque desde el pasillito ví que el gran carajo en vez de explicarle al tipo lo que hizo fue ponerse a reir con él y a darle coñacitos por la espalda cagados de la risa y a contárselo a los zanahorias que empezaron también enseguida a cagarse de la risa y a señalarme y a verme que yo me iba

por la puerta lateral, los voy a terminar de joder, pensé, y entorné los ojos y les hice un gesto de loca con las dos manos y me fuí arrastrando los pies y desde la puerta me volteé y les saqué la lengua.

De manera, queridos loquitos, que me quedé sin material y con un estigma de maricón encasquetado que Mandrake me lo va a quitar.

Con aquella anécdota yo me quedé convencido de que Arle muy bien podía disputarle a Guaica el título de payaso del año; debe ser porque es actor, pensé, estableciendo más por ocio que por curiosidad las diferencias que existían entre el humor jodedor, chabacano de Arle, y el humor sofisticado y un poco intelectualoide de Guaica; esto fue después, cuando terminé de reirme, porque en plenas contorsiones, llorando entre las carcajadas, abrazado a Henrique que estaba como privado de la risa, y de Patricia, que pedía aire, tuve la premeditada delicadeza de compartir mi euforia, telepáticamente, con la complicidad de la enigmática dama que acunada en el puf anaranjado, cerca del divisor de ambientes, rendía sus miradas ante los irresistibles encantos personales de este servidor.

Ya deben haber intuido que esto tiene de enigma lo que yo tengo de finlandés, y que la dama no es otra que Mónica, y que el tipo, con cara de arrepentido, que la custodia y no le quita la vista de encima, es Rafael, y que Mónica, a la larga, o mucho mejor: a la corta, abandonará a Rafael que tal vez siempre estuvo abandonado, el pobre, y me concederá sus favores envueltos en una cálida y tropical tempestad de arena cerca del mar, dentro de unas cuantas horas. Sólo el trivial y ancestral pavoneo del macho alrededor, sólo el prehistórico acatamiento callado de la hembra, sólo el consabido y harto conocido intercambio de tactos, visualizaciones, olores, sabores y sonidos, sólo el histórico preámbulo sinuoso, ano-

dino, fútil y delicioso en suma, mediará entre este apartamento y la playa, entre esta madrugada y la tarde, entre este preliminar contacto a distancia y la posesión furiosa, sólo escaramuzas sucesivas donde el arte y la costumbre, el hábito y la sorpresa, se ensamblarán en una paradoja complementaria, hasta constituir ese fenómeno curioso e inagotable que pretendo recordar: la seducción. Y es así que mucho más acá de la literatura, muy por debajo de los conceptos, el telón se descorre poco a poco mientras yo me separo del grupito de Arle y me desplazo sobre la mullida alfombra, campaneando por no dejar el escocés que Patricia me ha traído, para matizar y para acompañar a algunas zanahorias que merodean, y comienzo mi dramático levante acercándome a Mónica con un histórico:

—Hola— mientras cruzo los dedos de la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta. Y, claro,

—Hola— me responde —¿quieres sentarte?— señalndome un pedazo libre de alfombra a los pies del puf.

Y yo: ¿vasallaje es lo que quieres? Y ella: ¿por qué no? Y yo: ¿tan pronto? Y ella: el vasallaje es o no es, no hay que entenderlo. Y yo: es mutuo o no es, hay que establecerlo. Y ella: ¿orgulloso? Y yo: justo, simplemente justo.

Imagínense este diálogo; cursi, dicho a saltos, avanzando a través de pequeñas pausas de silencio, premeditadas y excitantes; imagínense un fondo de bossa nova y quince personas revoloteando alrededor; imagínense una cara al lado, sorprendida e indecisa, destilando cólera por todos los poros: la cara de Rafael; y habrán captado la escena en todos sus detalles.

Ya me estaba poniendo nervioso la cara de Rafael cuando es Arle, siempre oportuno, payaseando a todo dar, el que comienza a tocarnos, a conjugarnos para

que bailemos porque, dice, esta oración negra no debe perdérsela nadie. Yo me agarré la rodilla y me acordé vagamente de la recomendación del traumatólogo, pero más duele un coñazo en el espíritu que en el hueso, razoné, de manera que hice de tripas corazón y de mi proyecto de pierna una pierna verdadera, y yo mismo soy, volví a decir por enésima vez en la noche, y haciendo una venia increíble y levantándome y tomando entre mis manos las blancas manos de Mónica, la conduje para que nuestros cuerpos abandonaran los aleatorios y vulgares movimientos cotidianos y se sumergieran en el profundo pozo de gestos sucesivos y rítmicos que pautaba la música.

El agarrarla suavemente por la cintura y el que se me viniera encima como una desesperada a resoplarme en el cuello, a colgárseme y a rozarme levemente la barba, fueron una misma cosa. Yo me alegré de la adherencia porque así la pierna me sufría menos y porque de verdad que jamás en mi perra vida me había encontrado con un cuerpo tan tibio que me había puesto a funcionar de una manera tan súbita y con una potencia tan furiosa, que nada tenía que envidiarle a los púberes campeonatos de masturbación cerca del río, cuando tenía trece años.

Aquella erección fue el mejor argumento: me olvidé de la pierna, me olvidé de la cara de Rafael, me olvidé de la nutrida pata que me escoltaba, me olvidé de la noche, del pasado, del apartamento, de la música, y me enlacé dispuesto a prolongar más allá de cualquier eternidad ese éxtasis contenido, en suspenso al borde del clímax, que me reconciliaba con la vida.

Viré levemente la cadera hacia un lado y me acomodé el argumento de manera que acoplara de una manera más fluída entre las piernas de Mónica.

No abuso si agoto en una línea la descripción de la media hora que siguió:

Recuerdo claramente la fricción cálida contra la piel, el espectáculo giratorio de los rostros que de alguna manera testimoneaban la presencia lejana e inaprensible de la realidad; recuerdo la cadera de Mónica, sorbiendo mi sexo; recuerdo, finalmente, más acá de la lírica dulzona que toda memoria erótica determina, la expresión extraviada y desconcertante de Rafael, acodado contra el muro de la terraza: un rostro cadavérico, mucho menos lamentable, sin embargo, que ese otro que nos exhibió después, cuando acostado boca arriba sobre el piso de la terraza, al borde del antepecho, sostenida su cabeza por las manos de Guaica, que había interrumpido su suicidio, babeaba y vomitaba hacia los lados los últimos restos de un líquido amarillento que reproducía alquímicamente todos los manjares, comibles y bebibles, que unas horas antes habían reposado en el pantri de Arle.

—No creí que lo tomara así— fue lo que alcanzó a decir Mónica, mientras Arle, tal vez para quitarle gravedad al incidente, tal vez para conjurar con payasadas la proximidad un poco chistosa de la muerte, colocaba un monísimo gorrito de cogollo sobre la cabeza de Rafael, mientras Rafael le colocaba a él y de paso a toda la honorable concurrencia una monísima sonrisita de despedida y no me olvides, tambaleándose hacia la puerta de salida, ayudado por Guaica.

—El carajito pensaba de verdad zumbarse por la terraza, qué bolas —dijo Guaica—, cuando se nos acercó después de meterlo en el ascensor.

—Y este gran carajo animándolo —dijo Henrique, chorreado de la risa y señalando a Guido que entretanto hacía todo lo posible por joder a Rodrigo.

—Con esas vainas hay que tener mucho cuidado: insisto en que es un carajito... —fue lo último que le escuchamos decir a Guaica: porque Mónica, digo yo que un poco para ponerle parchos porosos a su sentimiento de culpa, me haló por un brazo y me llevó hacia el pasillo del fondo, que ella no tenía la culpa, que había hablado claramente con él, que última vez que le pasaba eso de andar terminando de criar a un carajito como aquél, que lo lamentaba, que mejor así porque ya la tenía obstinada, que pobrecito tan sensible que es, que para qué se vendría a enamorar de ella, que ya le pasaría, que ojalá no se le ocurriera andar jugando otra vez al suicidio, que pobrecito nuevamente, que todo había sido por la curda que cargaba, que él no estaba acostumbrado, que qué inmaduro que era, que la perdonara yo por el show, que le daba tanta pena conmigo, y otros tantos ques interminables que su alma de mujer le dictaban.

Yo me calé la melodía completa porque era realmente una carajada no responderle ahora que me estaba necesitando; son las balanzas del destino, pensé: me cambia una psicoterapia por un jamoneo, está en su derecho. Y ya estaba a punto de proponerle otro comercio de trueque esta vez sobre la cama que se guillaba a medias desde el pasillo donde realizábamos la catarsis improvisada, arrimándola, arrimándola, desplazándola imperceptiblemente hacia la puerta del dormitorio, cuando veo al maldito Guido que entra, bailando una samba, envuelto en una larga cobija, contoneándose con los brazos hacia arriba, sosteniendo una imaginaria cesta de frutas tropicales sobre la cabeza, pasillo es, grita el desgraciado, y yo estoy a punto de mentarle la madre cuando veo que le mete una patada a la puerta del dormitorio y a media luz diviso dos cuerpos que se contorsionan, desperezándose sobre el lecho, y yo estoy a punto de pensar qué singue, cuando veo dos hermosas cabelleras femeninas que se incorporan sobre el colchón y qué grotezco, algo por el estilo, dice una de ellas cuando Guido les sacude el bastidor, y yo estoy a punto de decirle a Mónica mírame esta pelotota, cuando es Mónica la que se adelanta y me dice: es Adrianita

con su nueva compañera: Elizabeth, y yo le pregunto que cuál es Adrianita y ella me dice que la más joven, la bonita, mientras Guido, concluída su labor, sale disparado hacia la sala nuevamente al ritmo de la samba con su cesta de frutas y su sábana envolviéndole el cuerpo, y yo estoy a punto de criticar a Adriana, cuando oigo a Mónica: Adriana es una gran amiga, la aprecio mucho, me dice, mientras ella misma cierra la puerta para retornarle su intimidad a la hermosa parejita, mientras yo renuncio a los estar a punto y a la inminencia de la cópula y mientras una zorra dentro de mí, contemplando las uvas, se da media vuelta y susurra: al fin y al cabo es demasiado pronto; y en el próximo cuadrito de la comiquita aparece mi cuerpo dibujado, las manos debajo de la quijada, los ojos mirando hacia arriba y el cuerpo de Mónica, chiquitico, alejándose, volando entre una nube, con un carteloncito detrás que dice mañana.

Todo salía esa noche a pedir de boca, Ernesto, estabas feliz y pleno con tu bonche, y tu curda y tu Mónica currucada al lado, hasta que mi enfermiza imaginación, o tal vez el enfermizo pretérito, colocara el cuerpo de El Gato, completo e inamovible justo frente al pasillo cuando tú justo venías abrazado a Mónica, emergiendo hacia la sala, sonriente.

Si hubiera sido el fantasma de El Gato el que se te apareciera, no te hubieras impresionado de la manera como lo hiciste. Claro que su rostro todo conservaba cierta tendencia de rasgos, cierta apariencia semifelina inconfundible que fue, precisamente, lo que te permitió reconocerlo; pero sin su barba, sin las sucias ropas de campaña, sin su expresión decidida y optimista aquel cuerpo se te antojó en un prmier momento una sombra más que un cuerpo, o era tal vez la atmósfera creada por el penjaus, las luces, la curda y la música lo que te hacía percibirlo dentro de aquel matiz de irrealidad con que ahora se te presentaba. Lo que estaba frente a tí más que un amigo era una pa-

radoja: era el contrasentido de todo lo que el pasado había determinado en tu vida, imposible de ensamblar coherentemente con este presente, con esta ebria tentativa de vivir a horcajadas, en relincho, errando constantemente el objetivo, extraviando la luz, tachando a ciegas de la nómina pedazos de tiempo y de espacio, irrecuperables.

Claro que toda esta amarga resaca te llegó luego, más tarde, después de despedirte, en este primer momento en que lo miras es sólo una increíble alegría lo que experimentas: lo abrazas, lo palmeas, se lo presentas a Mónica, lo llevas hacia el fondo, hacia el lavadero, en un atropellado monólogo le cuentas todo lo que ha sido de tí, tanto, tanto tiempo, te sorprende por momentos su reserva, lo atribuyes a la timidez al ambiente, qué haces por aquí, y él no te contesta, sabes que me encueré, te dice, coño, que bien, le contestas, y cuéntame, y el te enumera esa larga epopeya trivial que constituye la vida marital, los hijos, la lucha por el pan, y tú sospechas no sabes por qué, sospechas que apenas te está revelando la fachada, y enseguida retornas sobre el tema de la montaña, y el esquivo, y le hablas de tu pierna, de Rodríguez, de la rótula, de la emboscada de Junio del 65, tanto, tanto tiempo, es mejor no hablar de eso, te dice, y tú insistes con la camioneta y la subametralladora, y la imagen persistente en las montañas de Agua Blanca, tú cojo, apoyado sobre el gato, en aquella retirada, si no hubiese sido por tí, dices, y él, es mejor no hablar de eso, y tú, qué haces ahora ¿militas?, y él, es mejor no hablar de eso, y tú, soy tu pana, loco, qué te pasa, y él, loquito, no te va a gustar lo que te cuente, es mejor dejarlo así, y tú insistes y ves que te baja la cabeza, y él, ya no soy el de antes, mano querido, me he vuelto una mierda, no valgo medio de mierda, bajando la cabeza hasta casi apoyar la barbilla contra el pecho, en un susurro apagado, ni medio de mierda, palabra loco, y en esa misma modulación sorda El Gato

fue disolviendo dentro de ti en media hora, toda la imagen fresca y violenta que tú poseías de él, hasta substituirla por un ensayo de rompecabezas increíble que casi te negabas a admitir.

—Bueno, loco, al fin y al cabo es una forma de protestar contra el sistema —le dijiste, tratando estúpidamente de consolarlo, al final.

—Lo dices por lástima, hermano, lo sé: no soy una protesta, soy un mojón, simplemente un mojón —te respondió, palmeándote, mientras lo acompañabas hasta la puerta de salida, mientras tratabas de interpretar como sonrisas los restos de aquella mueca informe con que se despidió en el justo instante en que el "prenotado" del ascensor se encendía en el recuadro verde de la pared.

Te volviste para mirar a Mónica que te esperaba, recostada contra la puerta; dijiste un qué carajo, que ahora te sabía a desaliento, y apenas te quedó tiempo para resistirte cuando Arle y Henrique, qué te habías hecho, catire del coño, te dicen, y hacen desaparecer tu cuerpo y el de Mónica en el cerrado laberinto del baile, en medio de la sala.

—¿Qué carajo hacía El Gato por aquí?— alcanzaste a preguntarle a Arle.

LA VENTANA INDISCRETA

(Donde el ubícuo narrador mira —y describe— el apartamento de Arle)

Desde la puerta de entrada del apartamento, si ubicáramos una silla al lado derecho del umbral, el amplio salón comedor se nos ofrecería en esa perspectiva oblicua que nos permitiría abarcar simultáneamente los objetos que ocupan y redistribuyen el espacio que se extiende desde esta pared, perforada por la puerta que conduce a la cocina y, más allá, al lavadero abierto y al baño auxiliar y al cuarto de servicio, hasta las puertas corredizas de vidrio que, cerradas, permanecen protegidas y adornadas por amplias cortinas de diolen beige distribuidas en dos cuerpos a izquierda y derecha de un imaginario punto central, y abiertas, conceden que el paso o la mirada continúen en línea recta hasta la azotea, que comienza exactamente detrás de la estructura de vidrio, en el límite opuesto del salón, mirando siempre desde la puerta de entrada.

La tercera pared, la pared derecha de este rectángulo que constituye el salón comedor, perforada por la puerta que conduce a las dependencias interiores, está forrada en vinil lavable, color oro o cocuiza, levemente dibujada con pequeñas estrías de color marrón, que nos proporcionarían, vistas desde esta silla imaginaria, una agradable textura —ficticia por supuesto— de tejido trabajado a mano. Digo esto a despecho de la luz que procede de la sencilla lámpara de plás-

tico, a láminas convexas y anaranjadas que cuelga en el centro de lo que sería para nosotros la mitad distal del rectángulo y que habitualmente pendula a una altura considerablemente menor que ésta que mantiene durante la fiesta, ahora que el paralelepípedo de madera contraenchapada, forrado en formica negra, mate, ha sido desplazado desde su posición de costumbre, directamente debajo de la lámpara, a modo de mesa con su pequeño ídolo indígena en posición asimétrica, hacia la pared izquierda.

En esta pared, a uno y otro lado del paralelepípedo negro y de otro similar, blanco, pero que ofrece una superficie horizontal mayor, se ubican los asientos bajos, de goma espuma forrada en poliester anaranjado, con lingotes y tubos de metal cromado más bien pegados contra la pared mientras los mullidos cojinetes, esparcidos por el suelo, completan, frente a los sillones, el mobiliario destinado al descanso, al reposo entre uno que otro disco. Sobre la pared, un ensamblaje cinético, de trama enrevesada y polícroma que destaca sobre un trasfondo regular de líneas verticales, paralelas, blancas y negras de manera alternativa que, naturalmente, vibran visualmente, vibrarían visualmente si dejáramos nuestro sitio de observación y nos desplazáramos no hacia la pared tapizada, no, sino en línea recta u oblicua hacia lo que sería la pared del fondo, ocupada, como ya dijimos, por el ventanal de la terraza, realizando, entonces, una marcha lenta, paso a paso hacia el fondo, pero virada la cabeza, la mirada fija siempre en el ensamblaje, notaríamos los movimientos saltatorios, espasmódicos de las líneas posteriores, a intervalos irregulares de tiempo, irregulares no sólo a causa de nuestra variable velocidad de desplazamiento sino también, y sobre todo, a causa de la casi aleatoria y caprichosa disposición de la retícula metálica que destaca sobre el monótono trasfondo, todo lo cual redunda en que la aparición de cada línea vertical, paralela, en nuestro

campos visual se realice no uniformemente y en toda su extensión, sino a plazos o fragmentos, derivándose de ello, una subjetiva impresión de desequilibrio o extravío que, claro está, no reside en el objeto sino en la matizada percepción que de él realizaríamos.

Frente a esta estructura cinética y ubicada sobre la pared tapizada, podríamos observar, esta vez sin movernos de nuestra silla ubicada cerca del ángulo de la puerta de entrada, otro cuadro, de menores dimensiones, resuelto con materiales diversos en tonos negros, blancos, marrones y ocres que a veces se acumulan en relieve formando mínimas protuberancias de materia y color a modo de diminutos cráteres de tamaños diversos que agotan el espacio.

Más allá, también contra esta tercera pared, tal vez un poco fuera de posición, una estantería múltiple con compartimientos de capacidad variable, acabados en formica, diseña, vista de frente, una gran colmena de cuadrados y rectángulos huecos ocupados con un sinnúmero de objetos que impiden a medias el paso de la mirada desde la mitad proximal del salón a la mitad distal. Así, sobre un rectángulo horizontal azul oscuro, reposa un buda al lado de un cliché usado que deja entrever algún signo del zodíaco; vecino a éste, un cuadrado negro contiene dos piedras enormes, lisas y blancas como huevos de ave prehistórica; más arriba, sobre el compartimiento ocupado por el picó próximo a la pared, otro rectángulo, esta vez vertical y en algún tono de naranja, aloja una larga y estilizada copa de base de cristal transparente y alto continente de color morado, mate; debajo, el plato del tocadiscos, protegido por una tapa semitransparente de plástico, colocado directamente sobre el amplificador-reproductor, del cual parten sendas conexiones a uno y otro lado del separador de ambientes hacia las cornetas, situada sobre la mesa de comedor, la una, y sobre la mesita telefonera, la otra.

Esta polícroma colmena, divisora de ambientes, parte como dijimos de la pared tapizada y se prolonga hacia el centro del salón sin alcanzarlo, por supuesto, y distribuye el espacio del salón comedor en dos ambientes menores. Hablamos, por supuesto, de la apariencia habitual, porque ahora estas dos atmósferas, la distal que correspondería al recibidor y la proximal que vendría a ser el comedor, se encuentran como ven, remodeladas prácticamente en un espacio único, gracias al desplazamiento hacia los lados tanto de las mesas central y esquinera, de aquélla, como de las sillas —blancas con asientos forrados en azul— y la mesa —totalmente blanca—, de ésta, colocada cotidianamente debajo de la lámpara, de estructuras semiesféricas concéntricas, blancas y azules, alzada ahora hasta una altura superior a la de costumbre.

Las alfombras, oro viejo y azul intenso, una para cada ambiente, recubren totalmente el piso, sobre sus bases de goma, que amortiguarían y apagarían nuestros pasos si, como ahora, se nos ocurriese ponernos de pié y caminar en una dirección cualquiera, hacia la puerta que comunica con las dependencias interiores, por ejemplo. Tendríamos así, la oportunidad de ingresar al pasillo, en absoluto estrecho, con closes auxiliares o estanterías con libros y objetos aquí y allá, a partir del cual se abren cuatro o cinco puertas a uno u otro lado hacia otros tantos dormitorios y salas de baño, espacios amplios como éste, el dormitorio de Arle y Luminosa, con su ventanal al fondo, protegido con persianas de láminas extracortas en primera instancia, y más acá y sobre ellas, la cortina de grueso damasco, verde manzana, en toda la extensión de la pared. La cama, dos por dos metros, de bastidor negro contrasta contra el papel tapiz blanco y verde y contra las mesas de noche, gemelas, dos cubos perfectos formicados en verde manzana, separados del bastidor, anchos y altos hasta sobrepasar la altura del lecho, adornado con un sobrecama a manchas de

piel de leopardo. Frente a ella, adherida a la pared, con una gaveta negra, que destaca del cuerpo hacia abajo, y una banqueta blanca forrada en un tono idéntico al de las mesas de noche.

Por el contrario, sería la terraza amplia, techada con toldos de aluminio en casi toda su extensión, lo que descubriríamos si camináramos desde la silla en la cual estaríamos sentados cerca de la entrada, a lo largo del salón hacia la puerta de vidrio, al fondo. Estaríamos entonces casi al aire libre, con mesitas redondas de pata de copa y sillas metálicas con cojines de semicuero estampado y más allá, alejándose de la puerta hacia el parapeto que permite esta bella vista desde el octavo piso, y hacia los lados, dos o tres bingbang deformables, de poliester granulado y de colores diversos, cerca del pequeño bar portátil, inútil prácticamente durante la fiesta, en este momento cuando toda la bebida disponible y sus condimentos han sido instalados en la cocina.

Para dirigirnos a ésta, por lo tanto, sólo tendríamos que caminar en dirección hacia la puerta que comunica con las dependencias interiores, pero, mucho antes de llegar a ella, doblaríamos hacia la derecha, saliendo de la alfombra para pisar el granito. Al alcance de la mano tendríamos, entonces, la bolsa de hielo, ubicada sobre la superficie horizontal, acanalada, que permite que los utensilios, lavados en el fregadero, sean colocados allí, de manera que el agua pueda correr directamente hacia el sumidero sin resbalar hacia el piso, tal cual ocurre actualmente con el líquido producto del hielo derretido.

Allí, en los estantes ubicados contra la pared y sobre el suelo, más acá de la nevera y la cocina semiempotradas, semiamericanas, color coppertone como rezaba alguna vez la factura, se esconden las botellas consumibles, vino, escocés, añejo, perfecto amor, menta, ginebra, anís, suponiendo que nuestra mirada preceda a la fiesta o coincida con su comienzo.

Al final, por el contrario, al amanecer, no sería sobre los estantes donde nuestra mirada enfocaría las botellas; tendríamos, en este caso, que buscarlas por algún rincón de la cocina o tal vez con mejor suerte más allá, en el lavadero, abierto hacia la parte posterior del edificio, para lo cual bastaría con abrir la puerta opuesta, si vemos desde el salón, para comunicarnos con el lavadero o, doblando a la izquierda, antes de toparnos con el muro que conforma este especie de balconcete, encontrar un baño pequeño, auxiliar, o, todavía más a la izquierda, el dormitorio de servicio.

Al final, al marcharnos, al amanecer, nos levantaríamos para enseguida virar en redondo, casi ciento ochenta grados hacia la izquierda y, abriendo y franqueando la puerta, nos deslizaríamos sobre la roja alfombra central, hacia el final del pasillo, hacia la puerta del ascensor, hacia el ascensor mismo y, finalmente, descendiendo dentro de la cabina, proseguir de nuevo sobre la alfombra hacia el gran portal, hacia el jardín, hacia la calle; sobre las palabras hacia otro capítulo.

LA DULCE LOCURA (VI)

(O: acerca de canguros, rancheras y lesbianismo)

Al grupito se adiciona Arle, que le está dando palmaditas en las nalgas a Luminosa, mientras Luminosa sigue el ritmo del surf que es Henrique quien lo pone y lo defiende al pié del tocadiscos, de manera que al final resulta un curioso efecto de cinetismo, producto de las nalgas de Luminosa forradas en estos pantalones a rayas blancas y negras, en desuso, de las vibraciones que le impone el surf, de la vibración adicional que les suministra la temblorosa garra de Arlequín, y de los dedos de esta misma temblorosa garra superpuestos a las rayas de las nalgas, de la tela que las forra, y uno está a punto de decir, y yo lo diría en voz alta en medio de la sala si no fuera simplemente el narrador, que parece que fuera Soto o Vasarely quienes le estuvieron dando palmaditas a Luminosa y no la apagada e insignificante voluntad de Arle, tan alejada de la plástica.

—¡Ay, que máximo! Están tocando mina —les dice Graciela, que había salido en comisión, con Guaica, nombrado por el grupito que estaba terraza afuera, discutiendo lo del suicidio de Rafael y lo del suicidio en general, a buscar la latica de chis-uis, que en este momento es Guaica quien la trae, mientras Graciela le sigue, dando pequeños saltitos de Canguro con los brazos semidoblados a la altura del pecho, como una cerbatana, con la boca abierta, atrapando los chis-

uis que Guaica le lanza al aire, como si fuera el delfín amaestrado de Walt Disney y no Graciela, y quítate los lentes, amiguittta, no tengo amigos orrabistas para darle una manito si se te rompen, como usted diga, mi señor, había una vez un cangurito, me los quito. Claro que esto fue antes de que la túnica de la cual ya hemos hablado o hablaremos en el futuro, porque aún no sé a que altura de la novela ensambla este capítulo, se le enredara en una de las dichosas cabriolas de marsupial y la hiciera rodar justo antes de llegar al sitio donde Mónica y Ernesto comienzan a languidecer, y es el cable del picó el que la recibe y de vainita que no lo tumbaste, y menos mal, amiguita, porque indiecita que tumbe picó, la amonesta Guaica, recordándole su enorme túnica bordada a mano por una tribu del Perú, indiecita que tumbe picó, por muy descendiente del imperio incaico que sea, indiecita que es colgada, sin juicio y sin un coño, del asta de la bandera de esta solemne construcción que mira al Guaire, cabellera guindada por este caballero, y luego cabellera cortada, amiguita, y cuerpo de indiecita que es liberado en el vacío para disfrutar de las tenues delicias de la nada, mientras el gran Manco Capac, creador de la raza y de la sociedad humana, gran dispensador de favores, te recibe en sus autóctonos brazos, ¿okey?. La justicia india es así, cangurito: no por bolserías de mi viejo me llamo Guaicaipuro, y no porque mi pueblo haya tenido una relación de vasallaje con el tuyo, voy a verme impedido de juzgarte y ejecutarte; infiniteaba Guaica. Y como todavía Graciela lo escucha desde abajo, desde el suelo, y ha hecho la pantomina de sentarse a escucharlo desde la alfombra de nylon, de modo que levántate y anda, Lázara, si todavía puedes, le repite, y acomoda el cablecito en su enchufito nuevamente y pon a funcionar el picocito y ponme a sonar una vaina de Jorge Negrete o algo así para desintoxicarme, porque ya no soporto, no soporto, no soporto esta bendita música imperialista.

Y aquí es donde entra Arle y, ¡Henrique!, grita, obedece la voz de los oprimidos, y Henrique no tiene más remedio que quitar a los Beatles, un poco conmovido por este gesto de anticolonialismo cultural y, coño, al fin y al cabo ser ingleses, loco, no yanquis, dice, refiriéndose a los Beatles, por supuesto; y Guaica: la Shell ser capital anglo-holandés, por si no saberlo, amiguito, dice, haciendo un gesto de profeta.

—Qué carajo, después lo oímos, por ahora hay que ser coherente, cangurito. —Le dice en el oído a Graciela, ladrando de la risa.

Aunque es Guaica mismo, ante la indiferencia de Henrique que desertó del picó y fue a dar al grupito de la cocina, quien tiene que atarearse y buscar a Jorge Negrete y colocarlo a girar en el Garrard con sombrero de ala ancha y guitarra y traje de ranchero y revólver y todo, bajo los chillidos de Méjico Lindo y Querido, mientras alguien desde la cocina, seguramente Henrique, pega el gritico de ley, mientras es pos el mero cuate Guaica el que pos se le acerca a la mera chula Graciela y pos que le dice, mientras todo Méjico en el apartamento, alza sus vasos de tequila y brinda, en algún lugar de mi imaginación, por los más machos entre los machos, pos que le dice:

—Pos verá usted, guapa, que ese faldón le quedaría rechulo si lo cortara un poquitín así nomás.

Y enseguida: ¡Arle!, grita, operación tijera, dónde están las tijeras de esta casa?

—Tijeras para qué coño —dice Arle—, que ahora venía abrazado con Patricia y Henrique, desde el pantri.

—Van a capar a alguien —dice Rodrigo, con la curda ya girándole por el neocortex.

—Si, van a capar a alguien que se haya miado en los pantalones —dice Henrique mientras echa un em-

pujoncito a Rodrigo y hala a Guaica para que vea por detrás a Rodrigo.

Mónica y Ernesto y Federico y Sara, que vienen de los lados de la terraza ,y hasta Graciela que sigue bailando la ranchera despegada de Guaica, empiezan a rodear a Rodrigo y a joderlo, y a bailarle un cepillado mejicano al lado, hasta que se da cuenta, descendiendo de las alturas irreales por donde viaja, que tiene toda la parte trasera del pantalón mojada desde el idem hasta la media pierna, y que alguien, Henrique por supuesto, le había colgado un carteloncito que decía: mar de las tormentas, alunizaje prohibido, y una flechita así ↓ hacia abajo, señalando hacia el ano y sus alrededores, que era la parte más empapada. Y ya todo el mundo sabe, todos los de la fiesta, no los lectores, cuál es la maldita afición de Rodrigo por el vuelo a la luna y los problemas de frenaje y el ángulo de entrada a la atmósfera y las consecuencias psíquicas y biológicas del aislamiento prolongado y todos los nombres de todos los cráteres de la luna y todos los mares, tanto que tuvo las bolas de colocar en su taller el último mapa a escala levantado sobre la superficie lunar, y comenzar aquella famosa serie de telas —famosa entre la pandilla, claro está—, esplendorosamente titulada "Colección Selenita", montón de materiales, informe y ensamblajes trabajados a llama, para diseñar los cráteres y todo el lío de los desiertos y los mares grises y la luz a ras del horizonte sobre el cielo negro y las colinas de ceniza; pues bien: mar de las tormentas, reza el carteloncito, y después que todos rodaron por el suelo y se contorsionaron y empezaron a joder y jodieron a Rodrigo que por otra parte jamás se arrechaba por nada, y empezaron a hacer platillitos voladores con las manos y ruídos de yet y empezaron a aterrizarle los platillos a Rodrigo en el mar de las tormentas mientras Rodrigo trataba de evadirse y evitar los alunizajes dando vueltas y bailando al son de Jorge Negrete que ya

estaría cansado de cantar el pobre, después, fue que Henrique le explicó a Rodrigo que había cometido la pendejada de sentarse sobre la bolsita de hielo Pingüino, y, por supuesto cuando los pingüinos se derritieron, el mar de las tormentas se desbordó.

Ya Rodrigo estaba admitiendo cómo le había invadido un extraño frío, que él juzgaba sobrenatural o cósmico, cuando aparece Luminosa, que, cumpliendo con los deseos de Guaica trae, no las tijeras, pero sí un expedidor super inoxidable que entendió apropiado para el caso, y: a quién van a capar, volvió a preguntar Rodrigo, como si fuera por primera vez, ¿a Jorge Negrete?

—Propongo que se cape a Luis, que debe tener las más grandes bolas de Latinoamérica y no a un oscuro sindicalista, revisionista de los principios de Pancho Villa y de Marx, como es nuestro querido Negrete —dice Guaica, casi gritando para que lo oiga Luis, que está terraza afuera.

Patricia, alias la modelo, ya había organizado el equipo para mocharle la túnica peruana a Gracielita, que nuevamente estaba descalza, de pié sobre la alfombra de Nylon, dejándose hacer, mientras Guaica sostenía el lápiz y el expedidor de hojillas, cuando Elizabeth, que ha dejado a Adriana por un momento, no te vayas, rica, voy a embellecer a esta muchachita, y toma un besito así en la boquita, muñeca, no te vayas a perder, que aquí abundan los lobos, dice, mientras proporciona las indicaciones, mirando y remirando a varios metros de distancia, y es Patricia la que sube o baja el ruedo de la túnica ahora enrollada, más, más arriba; porque la primera línea de motivos, especie de procesión de pequeños ídolos indígenas y diagramas de animales, debía quedar oculta por el primer doblez; pero para que el segundo doblez garantizara la eliminación completa tanto de los motivos de la primera línea como de las flores cuadradas de la

segunda, había que recoger hasta por lo menos treinta centímetros por encima de la rodilla; de modo que: así preciosa, adelanta el pié y mira al vacío, le dice Elizabeth, haciéndosele agua la boca, mientras recorre con un sistema de colmillos, con un guante imaginario de terciopelo, las piernas, deliciosamente descubiertas de Graciela, tan joven ella, tan inocentica, tan haciéndose la inocentica, tan bella, tan del lado mejor de lo salvaje, tan translúcida, tan colocada en el filo de la navaja, haciendo ese equilibrio falso que únicamente ciertos seres, totalmente fuera de la especie, pueden elegir, declama casi Elizabeth, Adriana celosa, Guaica haciéndole señas a Henrique para que distraiga a Elizabeth, hasta Safo me violenta, loco, le dice Guaica, y le da con el codo a Graciela para que Graciela se dé cuenta de la seducción cierta que ejerce sobre la ya diluída Elizabeth; y, súbelo hasta allí, encanto, le dice a Patricia, y le pica el ojo haciendo un movimiento de cabeza hacia Elizabeth; y Elizabeth, o más bien el pequeño pozo de miel licuada que queda en el centro de la sala, dice: envuélvemela, querida, con esa venda tosca, acercándose arrodillada hasta las desnudas piernas de Graciela, desfalleciente, y besando luego, de manera repetida, hasta que Guaica se acerca y medio haciendo un chiste medio en serio, retira a Graciela, así resalta más tu piel, muñequita; y Elizabeth vuelve a alejarse, mientras sorbe el último fondo de vino y llama a Adriana, que todo el tiempo había permanecido callada, estremecida y celosa, y: querida, le dice, anda sírveme un poco más de esa maravillosa garrafa que tienes en tu poder, y Henrique le dice a Guaica:

—Coño, loco, se expresa con el ritmo tuyo, debías hacer pareja con ella— moviendo la cabeza hacia Elizabeth y riéndose, abrazado a Patricia. Elizabeth continúa desde acá con sus indicaciones sobre el arreglo de la túnica y es Patricia la maniquí quien va marcando a lápiz, alrededor de Graciela, el nivel del corte, pero cuando Patricia vuelve a subir la falda de Graciela, ¡coño!, no resisto, dice o piensa Elizabeth, y casi volando, vaporosa sobre la alfombra, y a pesar de que ya Adriana venía con la larga copa orlada de grecas doradas que Elizabeth llevaba a todas las fiestas, Elizabeth es que se agacha y dulce, pero muy dulce, y con Patricia de cómplice, toma, casi envuelve entre sus manos uno de los muslos de Graciela, y haciendo como quien mide, como quien aprecia la distancia del borde de la túnica hasta la rodilla, recorre con nostalgia el suave espacio interno, la piel interna del muslo de Graciela, y mientras exhala un indómito grito de agonía y éxtasis, como en la película aquella, deja morir su mejilla, besando repetidamente, dando picotazos sobre el cuerpo envuelto en la túnica, girando, adormeciéndose, como loca en torno a las piernas y a la esencia de Graciela, hasta hundir una especie de rostro informe en el bajo vientre de la celebrada, increíblemente deliciosa doncella. Patricia, un poco sorprendida y fuera de sitio, prefiere ocuparse del llamado que desde el picó hace el último surco de Jorge Negrete y, un poco para joder, pensando que de alguna manera convenía cierta dosis de música francesa, se clava de cabeza en el tramo izquierdo de la discoteca tratando de pescar a Edith Piaf o cualquier tónico semejante.

¿Y Adriana? Qué creen que hace Adriana sino bajar los ojos, como si estuviera arrepentida, como si hubiese sido ella y no Elizabeth, la que se dejara seducir por Graciela; qué creen que hace sino agacharse al lado de Elizabeth con las manos unidas, juntas las manos sosteniendo la larga, dorada, particular copa de Elizabeth, toma querida, oficiando una misa, sin prestarle atención a Graciela, aunque tampoco Graciela se daba cuenta de nada, porque Guaica, tratando de defender sus derechos, le ha trancado la cabeza y le ha metido un mordisco en el labio inferior que para qué lo voy a describir, lo dejo como ejercicio de

especulación, de modo que Elizabeth termina por convencerse de que Graciela no le va a tirar nada, y: gracias, muñequita, siempre tan fiel, no te merezco, le dice a Graciela, levantándose, derrotada, y abrazando a Adriana y zumbándose el vino hasta la mitad; ven preciosa, apagaré mi sed contigo, le dice a Adriana, besándola, llevándola abrazada hacia el pasillo de la izquierda, temblorosa, mientras Graciela, salvada su túnica, es sólo un feliz cangurito que resopla entre los brazos de Guaica.

¿Y Arle? Ha dejado de caminar, haciendo cabriolas por el parapeto de la terraza, copiando a Rafael, que en este momento debe estar apagando su curda con alka seltzers, y se apodera de la cachuchita que Patricia ha dejado sobre el puf y se la calza, aunque claro: esta vaina no me sirve, las mujeres tienen la cabeza demasiado pequeña; también en el otro sentido, dice Guaica; en todos, dice Arle, y se calza la cachuchita de Patricia y comienza a caminar como lo haría una ficherita francesa; pásamelo, grita Henrique desde el fondo de la cocina (ahora que se ha formado nuevamente el grupo y ahora que Rodrigo se ha recuperado un poco y ha vuelto con sus planteamientos de mecánica celeste), pásamelo, mientras Arle se sonríe con todos sus dientes completos y arranca la espiga que acompaña a las calas del florero, del único florero colocado apenas, a punto de caerse en el borde mismo de la mesa que está cerca de la puerta de la cocina, y levanta a Luminosa que reposa en una magistral pose yoga, disfrutando del espectáculo, y: venga con papá, venga, le dice Arlequín; pero la Lumi es que le clava las uñas y le quita la cachucha y se la coloca, que por supuesto le luce mucho más a ella que al desgarbado y doblado cuerpo de Arlequín, y se abraza, mientras Edith Piaf ronca sus erres desde el fondo del tocadiscos, eterna.

CATALOGO PARA LA EXPOSICION DE RODRIGO

(O: reseña de una trayectoria infatigable al servicio de la creación)

En verdad, resulta difícil para un poeta, aunque haya rozado algunas veces las fronteras imprecisas del ensayo, cumplir a cabalidad el cometido —tal vez inaprensible— de realizar el conjuro: la presentación, la explicación de una obra como la que nos ocupa, en su génesis y en sus transformaciones.

La empresa es doblemente desconcertante, en lo que al posible lector anónimo de este catálogo se refiere, si nos percatamos de los malabarismos intelectivos y sensoriales que entraña el yuxtaponer a un primer sistema de señales visuales, ya de por sí intrincado y múltiple en su significación: el cuadro u objeto; un segundo sistema de signos verbales, tan ubícuo como aquél: este catálogo.

Resolveremos el laberinto, acatando de antemano un presupuesto irrechazable: la obra, como tal, se explica por si misma. De manera que nuestra contribución no será más que un parcialísimo aporte —subjetivo, individual— al cúmulo inmenso de ricas sugerencias que esta exposición nos pueda proporcionar. Mi caso particular, el de un observador más, si bien fiel, constante y minucioso, de la obra de Rodrigo Saade, no debe llamar a engaño, ninguna explicación marginal puede sustituir al deslumbramiento primitivo, esencial, en el cual nos sumergen estas creaciones. A

modo de retrospecto, tal vez bastaría recordar que Saade, después de sus balbuceantes pero inevitables experiencias con el constructivismo geométrico, en las cuales se respiraba el espíritu de un Mondrian ortodoxo llevado hasta sus últimas consecuencias, es decir, la frialdad (época "del rigor", a comienzos de la década del 50), y cuyo punto álgido lo constituyó la ya famosa serie de "Silogismos Visuales", evolucionó, en 1955 —recordemos la individual de la Galería Cero— hacia una descomposición mucho más espontánea, irracional casi, del espacio, donde se planteaba la premisa de la libertad como patrimonio inalienable de la comunicación plástica. De esta época nos queda una serie de telas, de creaciones gestuales, donde su aproximación a un Pollock, por ejemplo, salta a la vista, a pesar de que Saade mismo rechazara el parentesco, en una colección de ensayos —brillantes pero sin duda poco convincentes— publicados en la prensa, primero, y luego agrupados en un pequeño libro de escasa circulación, bajo el título de: "Hacia lo irracional a través de la pintura".

Esta pendulación extrema de Saade entre esos dos polos irreconciliables de la creación: lo afectivo y lo intelectivo, la emoción y la idea, geometrismo y gestualismo, justifican, al menos en parte, el largo silencio que mantuvo el artista desde esa exposición gestual de 1955, en la "Cero", hasta su reaparición en el Salón del Gran Concurso Nacional, del año 1962, donde, como se sabe, obtuvo el máximo galardón, con su obra: "Esto está que arde", que acarreó tantas discusiones y protestas por parte de algunos miembros del entonces Instituto de Cultura y Artes. ¿Qué proponía Saade en este cuadro, y en otros similares que expuso posteriormente en la Galería "Tiro al Blanco"? Los que esperaban verlo tomando partido por una de las dos vertientes ensayadas —y aparentemente agotadas— en los años 50, se vieron defraudados y, enseguida, sorprendidos. El artista abandonaba el abstraccionismo por completo y se volcaba, con ímpetu que podría sorprender a quienes habíamos escuchado sus fervorosas defensas pretéritas, hacia un rescate de la realidad, como él mismo lo llamó, que recibía y resolvía magistralmente lo mejor de la tradición expresionista alemana y del neofigurativismo de reciente factura. "Por primera vez me siento viviente y humano", nos había dicho Saade, pensativo y entusiasmado, mientras recorríamos los silenciosos y blancos recintos de la galería, aquella tarde de Noviembre de 1962. Alrededor nuestro, los cuadros que esperaban ser colgados bajo los reflectores exhudaban la violencia, el humor negro, el sarcasmo conque habían sido saturados los grotescos personajes que poblaban las telas. El trazado era ágil y libre, las siluetas deformadas a conciencia satirizaban —y comentaban— la realidad absurda y decadente de donde habían sido extraídas. Clérigos, ejecutivos, militares y políticos eran enjuiciados por aquellos gestos inclementes, prolongados con eficacia en las obras. Sin embargo, la violencia de la forma, del espacio, contrastaba —si es posible decirlo así— con la materia cromática a la cual soportaba: fluían, queremos recordar, verdes pálidos, grises y tonos diluídos, que creaban una luz flotante, más propia de un lenguaje lírico que de los satíricos contenidos que complementaban.

Esta preocupación de Saade por dotar a sus obras de un contenido esencialmente político, comprometido si se quiere, evolucionó sin embargo, de una manera lenta pero notable, hacia un ámbito mayor, como si la atmósfera cruel y espesa de estas creaciones lo hubieran disparado hacia aires más respirables; el pintor pasa así de una fidelidad a la realidad inmediata hacia una fidelidad con la realidad futura: del choque con las brutalidades de la miseria y la hipocresía salta a una esperanza cada vez más deslumbrante a medida que se torna más imaginativa. El porvenir lo vislumbra Saade en las conquistas de la cien-

cia, no la de una tecnología vacua que aliena a la propia creación, sino la de una sabiduría densa, con conciencia de sus mismas bondades, puesta al servicio del hombre.

Nos referimos, ya ustedes lo habrán intuido, a los cuadros u objetos, como gusta Saade llamarles, que integran la presente muestra.

26 productos de la imaginación y la técnica de un artista que no ha cesado en la búsqueda infatigable de una expresión propia, estas joyas se nos aparecen como un muestrario compacto de líneas diversas de trabajo, de materiales disímiles, de concepciones que a simple vista podrían parecernos hasta contrapuestas —y excluyentes—, pero que, a la postre, no son otra cosa que la milagrosa síntesis de un espíritu creador consustanciado con su época, con la historia, tanto plástica como social del hombre.

De allí que a despecho de las múltiples técnicas empleadas, de las dispersas orientaciones que a veces parecen impulsar al artista y balancearlo entre la pesadilla cibernética y el sueño del descubrimiento, lo que se imponga al espectador que se desplace por estos pasillos, sea una increíble homogeneidad, un trasfondo idéntico que constituye, en definitiva, la constante actual del trabajo plástico de Saade.

Esta vez, el pintor no se ha trazado límites, ni siquiera de oficio a oficio, por el contrario, a menudo nos toparemos con un producto de la escultura —hablo, por ejemplo, del ensamblaje "Preparación del cohete", donde desde el plástico hasta la chatarra reencuentran su lenguaje—, o de la arquitectura —esas sorpresivas maquetas diminutas que nos deslumbran de pronto en medio de un desierto ocre, veáse: "Paisaje Lunar 1990", o, en fin, del simple dibujo— por ejemplo: "Manchas de tinta en la pantalla del radar"—; pero en ningún momento nos desalentará el constatar

que el escultor o el arquitecto o el dibujante, opacan al pintor.

Ocurre que incluso en las telas donde Saade se ha impuesto a conciencia un despliegue cromático limitado, pienso en algunos paisajes lunares, donde el color está reducido al blanco —todos los colores—, al negro —su ausencia—, al gris y (!) al ocre, incluso en éstas, repito, encontramos una maestría, una sensualidad acaso, nunca antes alcanzada por el creador en su carrera.

Sirva este comentario liminar, inevitablemente incompleto, de pestaña abierta al espacio inmediato. El resto lo agotarán vuestras miradas.

Sala I

1) Paisaje Lunar.
2) Era como una pequeña esfera.
3) Límite de Seguridad.
4) La Ecuación que buscábamos.
5) Manchas de tinta en la pantalla del radar.
6) Mar de la serenidad.
7) Desayuno en Copérnico.
8) La nueva naturaleza muerta.
9) Naturaleza viva.
10) Preparación del cohete.
11) Sonidos en la cabina.
12) Mirando la luna con Teresa desde el laboratorio.
13) Búsqueda circular.
14) Un tridente, una escafandra, una rama de olivo.

Sala II

15) El espíritu es una manzana ingrávida.
16) 150 millones de años luz.
17) Cantimplora para el viajecito.
18) Caminata espacial.
19) La guerra y la paz (1).
20) Una sola golondrina no hace verano.
21) Fauna extinta.
22) Máquina y destino.
23) Contemplando a Teresa desde la luna.
24) Diógenes y Alejandro.
25) Ya estaba dicho.
26) El último signo de Jonás.

LA DULCE LOCURA (VII)

(Donde Guaica ilustra cómo vencer en un torneo de conversación sin tema)

Agradézcoles mucho, muchachos, farrísima querida de este mismísimo tiempo, el que me hayáis seleccionado para comenzar este torneo o tormeo, que ya no es tal desde que yo me animo a participar, este torneo verbal que aunque sea perfectamente inútil desde todo punto de vista, ciego y sin destino alguno, pueda proporcionarle un destino (o un ciego) a este cuerpo desprovisto amiguitos de toda luz pero también de toda sombra, ubicado en cualquier parte, reconstruído siempre, siempre equilibrando en el filo de la navaja, en el filo de este pequeño rayo imaginario que rebota apenas de los increíbles ojos de Patricia y basta para restituir y devolverle su exacto diseño a este conjunto de gestos temblorosos, imprecisos, perdidos alegremente en el último recodo de la eternidad, arrastrando nombres borrosos y diluídos que sólo nosotros recordaremos, que sólo nosotros recordamos y sólo cuando nos vemos, si no trata tú, Sarita, de recordar quién está a tu derecha, ¿eh?, paradojas de la vida y del viaje, pequeña, sólo nombres, etiquetas sobre cáscaras huecas donde patalea la memoria, donde todos debían nombrarse yo y caber en cada cuerpo y dejar de flotar o permanecer flotando, lúcidamente, como ahora, y los demás dejarse llamar por los demás, por los otros, por el otro lado del propio cuerpo o del espíritu propio; y yo hablando tantas pendejadas, ya mi

mamá me lo decía: tú eres un muchacho muy espiritual, si ma, si soy, muy pero muy espiritual, mijito; y después, mejor dicho, ahora, me doy cuenta hasta que punto y coma y puntos suspensivos, me doy cuenta, negro, ¿no?, hasta que grado de latitud norte era mi vieja una vidente o previdente, puesto que aquello del espíritu mantiene una correlación (sexual) directa con mi propia condición de consumidor de vinos y otras bebidas espirituosas, a las cuales les debemos la debida o les bebemos la bebida, les debemos la debida deferencia y reconocimiento como definidoras definitivas de nuestra actual condición, porque yo, amiguitos, creo mucho en los factores objetivos de la revolución, de la revolución o revuelta o vuelta, claro, de la gran rueda del tiempo y del espacio, y no empujen que espacio hay para todas y para todos, mejor para todas y también para las otras palabras, que para hablar o cuando se habla de la revolución en esta tierra natal a las riberas inmediatas o in, quiero decir, no jipis, in-mediatas, para ser tolerante o torpedeante con nuestro propio credo (en dios padre todopoderoso, como Ajax), decía ¿no?, en las riberas del Arauca, más allá del Cunaviche, más allá de más nunca por donde remonta un bongo como siempre, con un motor Johnson fuera de borda como dice el loco Henrique, decía que cuando se habla de revolución ya todo el mundo donde quiere hacerse sobrar es en las palabras, y no es que te quiera mirar precisamente a tí, Luis, no, amiguittto, no, pero para hablar hay que actuar o hay que no actuar porque ya sé que estás pensando en el Octavo Pleno que es la sopa tuya, que es tu Knorr Suiza, tu Maggi, tu sopita Continental con pollo y fideos, y ¡ojo!, amiguittto, ¿eh?, dije fideos y no Fidel, que dios le de vida y salud, y sus ojos puedan por mucho tiempo contemplar la salida del sol en esta tierra, sólo que lo decía completo porque como tu sopa puede también ser tu fideo y enredarte y llenarte y rellenarte la boca de Harina Pan o Maizina Americana, porque está bien que se arrechen por la orden de bajar los montañeses

no precisamente suizos que en montañas están, y han estado gloriosamente alzados e izados en contra del oprobio que nos atosiga, he dicho, y nos tapa la boca y a otros la boca del estómago, porque es verdad que se la tapan en esta sociedad ansiosa por consumir su adultez y prodigar lo superfluo, ¿ah?, ¿qué les parece eso de prodigar, hijos pródigos? Está bien que sea a los que remontaron las altas cumbres de las serranías inhóspitas de este inhóspito país, está bien que sean ellos los que se arrechen, pero amiguittto, tú por qué, si tú lo más altico que has subido fue hasta las alturas de la cumbre del último peldaño del tobogán del parque infantil de la Escuela Federal Graduada Cecilio Acosta y más nada, masnita nadita, mi querido amigo visible o invisible; y el Fal más arrecho que tú has manejado es el taco de billar número tres, que hasta nombre le tienes, lo que si no tiene nombre es el escamoteo o el abucheo que no te debes poner bravo, amiguittto Luis, porque aquí en esta terracita, en esta fiestecita no vamos a cambiar la vida, a transformar la sociedad, que para suciedad bastante hay con la que nos ha sido brindada sólo que yo lo que quería proponer, ¿no?, era, es un brindis en honor de todos los que me escuchan y no vamos, no debemos hacer preguntas como la que ya veo estás modulando o bosquejando o bostezando porque hace sueño, no, no debemos, no debemos hacer preguntas porque la pregunta que me haces te la contesto muy bien, y no vamos a hablar de coyunturas ni de macaureles ni de culebras porque la culebra es o fue un símbolo fálico en los tiempos de Freud, y yo no soy quién para traer a colación aquí a ese señor tan ilustre, sobre todo tomando en cuenta y en copa o vaso de cartón, que ya esto está, quiero decir la fiesta, Federico hablo de tí que te estoy viendo, deja tranquila a Sarita, quiero decir que la fiesta ya puede estar demasiado fálica en demasía y es una herejía seguir con la sinfonía, ¿no?, pues, tan pronto engullo un palo que sigo y nuestro destino es seguir girando girando girando y engullen-

do y consumiendo hasta quién sabe cuando, subdesarrollados clientes, he dicho que mucho es lo que tengo todavía que decir después de esta pausa que refresca que me termina y me acaba de servir nuestra nunca bien enaltecida Luminosa, como ustedes han visto, pausa que refresca y alegría de vivir porque lo que importa es el sabor, y al sabor lo llaman, ustedes saben como lo llaman, sólo que este sabor agregado al que yo de por sí tengo, porque sabrán ustedes, ¿no?, que yo soy un tipo con mucho sabor y sexapil, agregado a esto y al del añejo para matizar, que como bien lo remacha el tubo catódico: es para hombres especiales, agregado a esto y al sabor inimitable de esta noche de este mundo de esta realidad enloquecida y frenética, y agregado, además, porque hay que hacer justicia (individual y social), agregado además al sabor característico de ustedes, hacen y hacemos, señoras y señores, una deliciosa pasta, un pastel delicioso que también para matizar sirve, y que ahora que hablamos de matizar, aló, aló, aló, aló, cómico comunico no comunista, comunico cómico Arle, Arlequín servidor en este momento de este único patrón y no de dos, aló, aló, aló, exijo comunicacóin, pásame la mafafa, pásame la mafafa y que nadie te vea, la sortija y la mafafa vaya y venga sin que nadie lo detenga, que yo la necesito, aló, Arle, aló, pobre consumidor desprevenido agoniza a punto de quedarse sin combustible, a ver, a ver, a ver, gracias, mi querido eres el actor más grande, más aplaudido y controvertido de América Latina y parte de Paraguaná, gracias, gracias, amiguittto, que ya me estaba quedando sin combustible.

Como ustedes ven, señores, basta tener en un país al hombre adecuado en el momento adecuado para resolver toda clase de problemas y mal de amores, aaahhhhhh, interrumpo, perdón, perdón, perdón, estimado auditorio, y bájamele el volumen a ese artefacto, que la Master Vois no oculte ni apague los ecos de este maestro, de este discípulo irreverente o reververante como los mensajes cibernéticos, ¿eh?, ¿qué le parece esto a nuestro amigo Rodrigo, que ya está dormido y vergüenza debería darle perderse de esta interesante disertación científica y ocultista. ¿Eh?, Rodrigo, rododendro, despierta, despierta astronauta que la cuenta regresiva está a punto de regresar totalmente, mente a menta con menta, no me lamento, ni me la menten ustedes que yo, Guaica Rodríguez, soy vuestra panadería burda y nada más que eso o mucho más si vosotros lo queréis y así lo hacéis constar de vuestro puño y letra, o mejor de vuestra letra solamente, que yo para puños tengo bastante, y esto de los puños va contigo, amiguittto, Arlequín, que debes racionar la mafafa o no me va a quedar nada para cuando termine el discurso, alias competencia, alias campeonato, porque no me va a quedar nada y es mejor que me quede un poco para bien de tu integridad física y bioquímica y hasta espiritual, porque después te va a entristecer mucho haber dejado a tu panita sin nada, ¿eh?, aunque hayas cometido la imprudencia y faltura y falta y fractura de respeto hacia mí, la falta de respeto de no invitarme a tu fiesta, que bien sabes tú que son todas igual para el amor no te olvides de este consejo que te doy, que bien sabes tú que sin mi inagotable presencia esta fiesta se transforma en un cementerio o velorio y no precisamente de cruz, porque ¿qué ibas a hacer tú sin mis payasadas y mis cronopiadas y mis chistes y mis canciones y mis serenatas a la luz de los pitos?, ¿ah?, ¿ah?, ¿Cómo te las ibas a arreglar, amiguittto, sin mi concurso personal y de cuerpo existente para hacer de gran animador nocturno? No, no de ninguna manera, señores y señoras, amigos todos, de ninguna manera se podían ustedes pasar la velada sin mí, por eso en nombre mío propio y en nombre de la distinguida concurrencia mejor te perdonamos ese lamentable olvido y que no vuelva a ocurrir, que si no es por mis dotes especiales, que si no es por mis especiales alas (y no espaciales, ¿eh?. Rodrigo), el maldito Güido se me

escapa, y se me escapan también todos ustedes y la alegría y la noche juntas, de manera (ahora se los confieso), que no me quedó otra alternativa que viciarme en planear por encima de los techos antes rojos de esta sultana del Avila para poder seguir al vulgar automóvil de ese que se hace llamar Güido, y como afortunadamente ni mis alas son de cera ni estaba muy cerca del sol que digamos, pude llegar, Icaro intacto, hasta la última detección de donde era que había el bonchecito, y cuál sería mi sorpresa cuando veo que es precisamente aquí, y que ninguno de mis más caros amigos me quería avisar, ni me avisó ni me arengó. ¡Oh! Amigos, es mentira no hay amigos, la amistad verdadera es ilusión, y no lloro porque me faltan lágrimas y sobran ganas de seguir adelante con este indefinido discurso, que ya habrán intuido que de que me lo gano me lo gano. Quiero decir: la competencia. Punto.

Y esto debería ir seguido, sin punto ni aparte, pero amiguitttos, yo siempre precabido, siempre alerta porque por algo fuí boyescao, prefiero poner el aparte, porque quién me afirma a mí que entre nosotros no hay un novelista y hay que darle un chancecito al lector potencial para que respire, hay que dárselo, si señor, que quede una mancha clara, clara claros si señor como los ojos de Patricia. A ver.

Patricia la elegante a la cual el viento de la noche, los élitros del dios del viento que ahorita no recuerdo si se llama Eolo, el viento la desnuda o la semidesviste en esta bienhadada ora de, hora de tan alta madrugada, y es vaporosa: una figura o un fantasma, vaporosa y volátil como una palabra, como cualquier palabra que podamos inventar para enamorarla o poseerla, quiero decir: hacerla asumir pose, ¿Qué creías, Henrique, que te estaba sableando, eh?, porque para po-

ses estás hecha, verdad Patricita, patriotica, patriótica, Luisa Cáceres, cazemos esta claridad que todavía nos queda, o esperemos cazar la otra, la que ahorita viene que ya ustedes, podemos ver a través de esta ventana y de este aire transparente, ¿eh?, como les decía, como te decía, Patricia, podemos ver, ¿lo ves?, ese increíble tono grisáceo, sucio del cielo que precede, que antecede inevitablemente al amanecer, parece, ¿qué es lo que parece? Parece una mancha de petróleo semialumbrada por un reflector, parece, parece, una zona de la superficie del mar con muchas algas, parece un litro de Mobil Special derramado sobre la tapicería del carro de Güido, parece, ¿qué otra cosa parece?, vuelve a parecerse a los ojos de Patricia, parece también el fondo de un cenicero, el tono del cigarro, o del pito o de la mafafa, Arle, aló, aló, aló, payaso improvisado comunicando con payaso de oficio, aló, líame otro piquete de pólvora, caro amigo, agrégame un poco de placer en el tarro que esta piel contiene, ¿eh?, amiguitttto, se bueno con tu compañero Guaica, anda, gracias, gracias, Aaahhhhh, gracias, aaahhhh, suiii, gracias, por favor señores no verme que ruborizarme cuando estar siendo observado por ojos inescrupulosos, penetrantes, per favore, amici, por favor no fijar vista en esta acción cara Graciela, tú que eres tan impenetrada virgen, virgo impoluta y naciente del cuerpo, del alma, del espíritu, de la muerte y parte de Paraguaná y la Guayana Esequiba, por favor no estés mirando, tápate los ojos, sumérgete en la oscuridad del vientre de la madre, o en la oscuridad de la tumba, suma las dos oscuridades y dí a tus adorados amigos que aún estás clara como polvo de oro, delicioso como una inhalación de incienso, o de Cannabi, como esta, amiga mía, aaahhhh, suuiiiii, aaahhhh, suuuu, shuuuiiii, aaahhhh, cuj, cuj, cuj, aaahhhh, shuiiiis, ahhhhh, fáciles de expresar, quiero decir, estos gestos verbales de placer, fáciles de expresar, amiguitttos, pero quisiera ver al narrador tratando de comunicarlos. ¡Ah! Onomatopéyicos, epopéyicos, épi-

cos, batallantes e inasibles, pertenecen al dominio de lo inefable, y menos mal que todavía no todo se puede decir, si no: dónde, dónde íbamos a llegar, dónde podríamos acampar, dímelo tú, Ernesto, que te la pasas acampando y caminando y guerrillando y enguerrillándote, dímelo dónde podríamos llegar, no con las guerrillas que ya sé que las amas, más que a Mónica, ¿eh, amiguittto?, más pero igual, verdad, y con picada de ojo y todo, ¡ah!, no me refiero a eso, dónde vamos a acampar con el lenguaje inexpresable, el que no pasa de la laringe, el que ni siquiera alcanza a alcanzar esa capita irregenerable que se llama corteza, neocortex, no lo voy a cortar aquí, no, sigo: cerebrosa corteza nueva del nuevo especimen homo, dónde, amiguito, dónde va a quedar ese último lenguaje del hombre, el que todavía no ha llegado a ser, el que todavía no surge, porque falta mucha historia, y sobra tanto tiempo, tanto, y nos sobra tanto espacio, dime, Ernesto, tú, que si eres tan auténticamente boludo y cojonudo y no como el Luis, el Luisitín ese que afortunadamente ya se fue, se escabulló porque no soportó la perorata, la perolata, la lata mía, ya sé que no la soportó y me felicito, y te felicito a tí has aguantado y aguantas todavía la montaña y estás más capacitado que ninguno para aguantarme a mí, casi totalmente al margen de la historia, sólo metido, sumergido como estoy y estaré en esta argumentación, amiguito, cuyo único sistema de conceptos, cuya única emoción y verdad es sencillamente esto que ves, esto, aahhh, aahhh, esta capa de ceniza y basura, esta carroña estéril, este túnel frío y circular, ¿eh?, donde nos metimos o introdujeron a dar vueltas, más vueltas y vueltas que un satélite en órbita, sólo que nosotros no tenemos órbita, o la hemos perdido, desde siempre, desde siempre la buscamos, y de antemano rechazamos todas las que se ofrecen, amiguittto, porque en esta sociedad toda ofrenda se vuelve sospechosa.

Si no que lo diga Henrique, que lo diga Henrique que está cansado, ronco de ofrecer o de oficiar las bondades de los productos del consumo en masa, ¿eh?, qué les parece eso, ¿eh?, todas las bondades y ventajas de los pro, etc., en nuestras televisoras, en nuestros videoteips, en nuestras cintas. Atosigado, ¿no es así, Henrique?, atosigado y metido hasta la cumbre de la mierda en los zoom in y los zoom back y los travelings de pacotilla y los fundidos televisivos y comerciales donde la vida sabe mejor, donde da gusto tener sed, donde se asume la mejor tradición para el hombre que rompe tradiciones y todos los congéneres y panas y mitos imitadores de Yeins Bond se pasean con sus maletines forrados en cuero satinado de brillo, como pequeñas urnas en nuestras pequeñas pantallas captadas por nuestras pequeñas pero eficientes antenas.

Hay que ser antena aquí también, tú lo sabes, Henrique, tú que te desenvuelves y hueles en el campo enemigo, tú mejor que nadie lo sabes, hay que ser eficientes, hay que oler mejor, no hay que oler en absoluto, ni sudar, hay que beber más refrescos y vestirse impermeablemente, meablemente, con impecabilidad, y comer, más no cualquier cosa, por supuesto, lo mejor, lo importado, lo patentado y refrendado, lo comible, lo consumible, y digerible, no discernible, por supuesto, aquello que tiene un colorido Agfa o Kodacolor o Todacolor, un colorido, amiguittto, aaaahhhhhh, sssuuuiiisss, aaahhhhh, ¿eh?, uuuuummmmhhhh, un colorido, como les decía, ¿eh?, que nosotros nunca poseeremos, comer y beber los que comen y beben todas esas ragazas en caballo sobre la arena, con un sol increíble detrás, rojizo, pero fresco, como en una tarjeta japonesa, y la botella de escocés tendida, descansando a su lado, y el ruido que se escucha, de los vasos y los hielos; porque en cámara no se puede, ¿eh?, ¿no es así, Henrique? Eres tú o es Patricia la que sale en aquélla. ¿O son los dos? Lucían bellos,

claro, con todas esas cámaras y cámaras múltiples y simultáneas y todos esos zoom acercándolos y alejándolos, sacándolos y metiéndolos en la pantalla, con todos esos grandes angulares deformándolos como el hombre y la mujer lobos cuando hay luna llena, deformándolos, pero luego, enseguida, haciéndoles resurgir, brotar definibles y envidiables como siempre, fenix televisable y cinematografiable, haciéndolos resurgir con otra imágen nítida y un closop favorable, por el más favorable de todos los ángulos, nos crean, Henriquito, Patricia, modelos maniquíes, los amo por víctimas y por lúcidos y por locos, si no no estuvieran aquí ni habrían estado nunca ni seguirían estándolo, la quinta columna del marxismo y el marcusismo bohemio y el existencialismo responsable y desalienante, la quinta columna de la pandilla surrealista dentro de los medios de la sociedad en aprendizaje para ser opulenta, la cenicienta prostituida del consumo, ¿eh?, ¿cómo voy, hoy?, ¿oh?, ¿ah?, la quinta columna de la locura dentro de la televisión, dentro de la pantallita, 23 pulgadas de mierda y una ñapa de banda sonora sonorizante.

Sonido abarcante simplemente, como eses, shhiiiiii, shhiiii, sshhhiiii, al fondo, ¿no lo oyen?, ¿no oyen o escuchan o paladean al fondo? Sólo que tienen que ponerlo más piano, miocaro, tú, amiguittto, por qué me interrumpes, debes dejar el picó y hacer el portero: anótame todos los nombres de los que están desertando de mi discurso, ¿ah?, lo tomaré en cuenta. No sólo con Yukery. ¡En cuenta! ¿Okey? Anótame al Luis de primero, que desertó casi desde el comienzo, el hijoeputa, quién más, y después de anotarme a los que se han ido yendo desde que comencé a hablar, me anotas también a los que no han venido y ni siquiera han presentado excusas.

Todos, oígase bien, todos grandes ausentes de esta gran, de este gran bonche de nuestro amigo Arle, a

quien me tomo el derecho de vindicar (después de Borges no se puede decir reivindicar), a quien me tomo el derecho de vindicar y defender en nombre de nuestras huestes, de esta apátrida y no comprometida, aunque si troncometida, sociedad o suciedad de bohemios bebedores, fumadores y similares, simiolares de simio, monos y orangutanes, araguatos, bufos y bufones que somos de esta pequeña sociedad secreta o grupo o supraestructura grupal, aunque debería decir infra, porque estamos más abajo que todos, estamos en el último infierno, nuestra pequeña cofradía, que ahora que casi todos están pintándose, y la puerta se abre a cada rato para dejarlos salir, pero nunca se les abre la puerta del triunfo y la fortuna, ¿eh?, he dicho, y sigo diciendo, quiero decir, nuestra pequeña cofradía va quedando con sólo sus miembros principales y suplentes, porque los asomados han picado cabos, y bien hecho por ellos, ¿eh?, amigos, pido un aplauso para los ausentados, por la intimidad a la cual nos han permitido abordar, por este discurso que me han permitido bordar y esta luminosa presencia y presentación de mi palabra, lo único verdaderamente inmortal, lo único verdaderamente in, a secas, que yo poseo, que poseemos todos, mi claro e inconfundible discurso, más claro que la claridad y claridades de este amanecer que ya se retarda demasiado para el tiempo que nos conocemos, este amanecer que sale y no sale. ¿Cuál es el Este, el Oriente, el Levante? El único levante que aquí hay hasta ahora parece ser el de Ernesto. ¿No es así Mónica?, dime, dinos con tu vocecita escondida, la verdad, espejito, dile a la madrastra, ahora que Blanca Nieves está muerta, dile: ¿quién es el galán más apuesto de la comarca, quién es el revolucionario más grande desde los tiempos inmemoriales del tirano Aguirre, quién, quién, es el fumador más grande, quién es el arrebatado mayor de esta comarca, dinos, ¿ah? Señoras y señores, amigos todos, el espejo no desea dar respuesta a estos acertijos, a estas tareas de Hércules o preguntas de la es-

finge, no de aquella sino de la otra, mejor dicho no de la esfinge, quiero decir de la esfinter, lo que quiero decir es que de esta manera queda demostrado el parentesco entre la esfinter y Venus: todo hueco, toda hendidura es una zona erógena, y sus vecindades. Aló, aló, aló, aló, comunicando el esfinteriano, el venusino, el amoroso Guaica a su colega de estación, de estación atmosférica Arle, dónde estas Arle, necesito fumar, esfumar este sopor por momentos, favor pasar la materia prima para el transporte o transplante de conciencias, de corazones, de almas, Barnard, señor Arlequín Barnard, dónde está la mafafa, pidésela al gran exigidor, reivindicador y árbitro de la reunión, pídesela él, si señor: yo mismo, tu panadería, tu mazapán, panita, aló, aló, aló, necesítase el material para el ascenso de mi cuerpo, aló aaaahhhhhh, aaaahhhhh, sshuuuiiiii, aaaahhhhhh, rico, ¿eh?, rico, aaaaaahhhh, aaahhhh, sshhhuiiii, shuuuiii, ahhhh, gracias amiguito, tú siempre presto, atento, atentando contra el malestar, quitando todos los dolores y los malos olores de esta vida, sacándonos siempre desde el fondo de este túnel minero, de este zoológico subterráneo sin respiraderos donde a tientas buscamos un sitio, el sitio, mejor dicho donde nos sea compensado nuestro lento, absurdo gesto de comunicación y tentativa, tentadora búsqueda de señales y orientaciones, lenguajes equívocos, emisiones desviadas, señales extraviadas, palabras sin necesidad, sin significado, sin remición a realidad alguna, palabras que quedan suspendidas y son nada más que sonidos, sirven para escucharse a sí mismo, como éstas, música fúnebre de la primera y de la última, de la única y siempre presente muerte diaria, cotidiana de cuota, al acecho, eficaz, detrás de nuestra sombra, sin darnos tiempo siquiera a aprender los colores, los pequeños perfumes y deslumbramientos de la vida, sin darnos ocasión de aprender a tener memoria: todo esto es a destajo, estamos prestados, sssuuuuuuiiiiii, aaaahhhhh, ssssuuuuuuu, eeejjjjjjj, cuj, cuj, sssuii, aaahhhhhhhh, ffffuuuuusssss, ffffuiiiiiis, aaaaaaaahhhhhh, ssssssuiiiiiis, aaaahhhhh, prestados para que la pupila se achique y nos permita ver en bajo relieve caras, rostros, cuerpos brillantes y destacantes, modelados en un fondo opaco, sin límite, cuerpos de contornos firmes, recortados de un periódico, modelados con papel crepé, pintados con lápices, con mayic marquers, sobre contornos pálidos, diluídos, un paisaje con lápices de cera, con pasteles y tonos pastel, el cumpleaños del cumpleañeros, el niño, la curiosidad, el conocimiento, la noche o sus trastiendas, porque ya casi amanece.

Nos sentiremos sucios, payasos sin maquillaje cuando nos caiga el primer rayito en nuestros poros, inmundos y purificados, sencillamente cansados nos levantaremos, levantaremos esta inútil sesión, nos levantarán la naturaleza y dios y la historia, ya que no los oficios que no ejercemos, ejerceremos el único oficio digno, sacerdotes del sol del amanecer, candelabros brindadores de sol, y nos fumaremos y nos beberemos todito el sol, todita la luz para ver si así es en nuestros cuerpos donde al fin llega la aurora redentora de paz, qué les parece amiguitos, lo de la aurora redentora, llegará o podrá llegar esa aurora, que empiece alguna vez, que alguna vez aborde a las costas de nuestros corazones y nos inunde con su luz y bienhadada gracia, y mientras tanto yo les voy a dar humildemente las gracias por haberme escuchado, y antes de concluir voy simplemente a pedirles que finalice la competencia, que no intervenga ningún otro orador, o discurseador, y que se me declare, a mí que he sido el primer orador y hasta ahora el único, que se me declare el vencedor, sencillamente, no creo que podamos aguantar otra sesión de éstas, y que si alguien más desea intervenir para ver si me vence, permítanme decirles que lo dudo, no fuí yo precisamente quien ideó este jueguito, pero en honor a la continuidad y buena solución de la fiesta, pido y repido

que se me declare el vencedor, creo haber demostrado bastante bien y mi ejemplo es contundente: la palabra es inútil pero inagotable, persistente y ensayable, el fetiche número uno del homo sapientísimo, el artículo de lujo y primera necesidad, la nada, lo fútil, ho detttto.

CENTRO ESPIRITUAL TACARIGUA

Somos mentalistas, espiritualistas, psicólogos de fama mundial, poseedores de inmensos conocimientos en todas las áreas del saber humano, le pedimos que lea con atención este aviso y no se arrepentirá.

Si su problema es de dinero, de salud o de amor, no tema, acuda a nuestro templo, nosotros haremos que toda la potencia espiritual del humo, que reúne las virtudes del alma, solucione todos sus inconvenientes.

Si su problema es de amor, si no encuentra a su alma gemela, si el ser amado se ha ido de su lado y no regresa, si el ser elegido no le corresponde con la pasión que usted esperaba, nosotros le brindaremos su felicidad.

Si su problema es de dinero, si su trabajo anda mal, si no le pagan bien, si la miseria material se une a la espiritual, nosotros le daremos la dicha.

Si su problema es de salud, si le han hecho algún maleficio, un maldeojo, si tiene enemigos, si sufre quebrantos del cuerpo, nosotros le aliviaremos los padecimientos y le otorgaremos la solución.

Así como todo veneno de culebra tiene su contra, así mismo, todo maleficio, toda pava, toda envidia, tiene su solución.

Fumamos tabaco, leemos cenizas, vemos el porvenir, curamos el espíritu, ensalmamos, libramos de enemigos, quitamos ataques y temblores.

Consúltenos hoy mismo. Dirija su correspondencia a:

Centro Espiritual Tacarigua.

Edificio Mis Esfuerzos, Primer Piso.

Avenida Abraham Lincoln. Sabana Grande. Caracas.

LA DULCE LOCURA (VIII)

(Donde apreciamos que nunca está demás cierta dosis de salitre, psicoanálisis y cerveza)

—Pásame el astrolabio —dijo Guaica.

—¿Qué?

—El cincirelo, amiguito.

Ernesto le pasó el portacartuchos que estaba en el fondo, sobre la alfombra. Graciela quería los Bitels; por supuesto: Guaica acopló el cartucho del grupo Credence y copió la posición de Ernesto.

—¡Ay! No se me duerman ahora —dijo Graciela.

El bólido descendía veloz por la pendiente abrupta de la autopista después del último túnel. Debajo, el mar que era una monótona libertad, copiaba el matiz sucio casi sombrío del amanecer. Tú, Ernesto, creías recordar que el salitre y el olor espeso de la sal de alguna manera se albergaban en la piel, descubriéndoles una realidad limpia y salvaje que habían olvidado a merced de la prolongada vigilia.

—No confundas la meditación con el sueño, la contemplación con la pesadilla, amiguita, observamos la luna.

—Inmóvil —adjetivaste tú, Ernesto.

—Inmóvil —adjetivé, sintiendo una simpatía más bien

estúpida por lo violenta hacia aquel disco que matizaba de ceniza y blanco la atmósfera.

—Certo —italianizó Guaica— no tiene nada que ver con la de Agustín Lara, aquella era coqueta y casquivana, le gustaba más una ronda que el pan de hallaquita. Una caminadora, en síntesis.

—No seas así, chico —saltó Graciela— no me insultes a la luna. Ella es divina, me la dejas quieta.

—No insultamos a la luna, pequeña, hablamos de una luna. Esta es secreta como una masturbación de púber. El eje central de la calesita —dijo Guaica, separando los lentes de la cara, alzándolos con gesto de relojero, mirando la serena a través de la lupa.

—Y nosotros con boletos para el elefante alado —dije, acordándome de los carritos chocones que se instalaban detrás del mercado todos los años cuando comenzaban las fiestas patronales.

—Y yo sobre el cerdito práctico —eligió Guaica, mientras los tres cochinitos del cartelón de la manteca se prendían y se apagaban en un pequeño neón tardío, y corrían alrededor de una cocina y lanzaban sus pescados fritos al aire, elevando los brazos para recibirlos después de tres vueltas, debajo de una gran flecha con resortes, en la vía.

Mónica reposaba contra mi hombro, pero no dormía, pensé en la pantomima de suicidio de Rafael, pensé en mí, la hice volver. Bastó un mordisco corto en la nariz y una mirada de aquéllas y móntate en la ruedita nena.

—A mi me sirves un caballo, con alas como tu elefante —dijo.

—¿Y yo en qué me monto? —chilló Graciela.

—Tú vas en burro —dictaminó Guaica.

—¡Ay! No, chico.

—Quiero decir en el asno de oro, pequeña...

—¡Ah!

—...que lo tenía de acero —y soltó la carcajada.

—En eso los niños tienen razón —dije, mirando todavía hacia arriba, sin darme cuenta que me había quedado como quince parlamentos detrás.

—¿Qué coño tiene que ver un burro con un niño? —dijo Guaica, que estaba tan arrebatado que sólo recordaba la última palabra de la última frase que oía.

—Digo lo de la luna, loco —dije, zumbándole cuerda larga para que pudiera salir del pozo.

—Pero dame el pié, amiguito, ¿crees que soy Funes el Memorioso o es que se te bajó el mínimo?

—Los niños de cinco años creen que todos los días nace un sol diferente y, a la inversa: cada cangrejo que ven en la playa es el mismo cangrejo —dije.

Me sonó mal, y me arrechó calcular que si lo hubiese dicho Guaica, incluso con las mismas palabras, hubiera salido mejor.

—Certo. Fue la mina que descubrió el camarada Disni: un pato que sería todos los patos, simultáneamente: el pato Donald —dijo Guaica.

—Y todavía tienen las bolas de llamarlo pensamiento sincrético —dije.

—Los sincréticos son ellos.

—¿Quiénes, papi? —ésta es Graciela.

—Los psicólogos, pequeña —éste es Guaica— Papá lo sabe todo.

—¡Coño, sí! —éste soy yo—. Con una campana de

Gaus y una ratica encerrada quieren explicar de un carajazo desde la civilización hasta el temor a la muerte.

—Ojalá fuera sólo el temor a la muerte —éste es Guaica.

—¿Sabes? Yo fuí una vez al psicólogo, cuando tenía como quince años. Fue cumbre, yo esperando que se apareciera un viejo con bata y pipa y barba y de todo y prívate que el que sale es un doctor jovenciiiito. Y yo, qué va, esto no es conmigo, imagínate tú, yo contándole mis intimidades a un tipo que parecía mi hermano, menos mal que la movida no pasó de la entrevista inicial, nombre, datos personales, motivo de consulta, y yo mosca con el sillón, si este tipo me acuesta yo me muero, lo corté rapidito y todavía me está esperando para la segunda entrevista —ésta es Graciela, claro.

—Histérica —éste es Guaica.

—¿Que qué?

—Histerismo, pequeña. No temías: deseabas que te acostara —éste es Guaica, fregando para tantear.

—Al contrario, minino, no era mi tipo; ya te dije: más bien me decepcionó.

—Lo de siempre: la imagen paterna. Es lo mismo a la inversa: deseabas acostarte con él para vengarte de tu padre que no acudió como tú esperabas. Me corto una si tu papá no fuma pipa, ¿nonevero? —éste es Guaica.

—Tu ganas, papi, se fuma unas bichotas así. Lo que no entiendo es que sin embargo se me quitaron las pesadillas —ésta es Gracielita la neurótica—. No entiendo.

—Está clarísimo: querías ponerte a prueba, amiguita, del otro lado del espejo te mirabas como una puta,

sentimientos de culpa. Pasada la prueba, la puta se abre y sale un capullo —éste es Guaica el freudiano.
—¡Ay, qué chévere! ¿Por qué no me interpretas un sueño? —ésta es Graciela la bella durmiente.

—Paso y toco madera, pequeña. Dejad que los sueños entierren a sus sueños —éste es Guaica, el apóstol.

—Qué vaina con la gente ¿no? Cuándo aceptarán que un sueño es un sueño, como dirías tú que dice Buda —éste soy yo, el azafrán.

—Escucha la voz del amo, hijo, es duro aceptarnos tal como somos y a ese dulce demente que llamamos espíritu no le basta una vida para comprender. No es nada copiosa nuestra llama entre esas dos noches —éste es Guaica, el bardo.

—Tú hablando de los psicólogos y le metes de frente al sexoanálisis, ¿no, papi? —ésta es Graciela, la descubridora de contradicciones.

—No es lo mismo pequeña, yo hablo del espíritu, allí no temo, allí cualquiera encuentra fondo —éste es Guaica, el buzo.

—Anótame ésa. Guaica sí sabe de espíritus porque es su especialidad —ésta es Helen Mónica Curtis, desperezándose.

—¡Ay! Mírala a ella —éste es Guaica, el imitador de locas— con su hociquito tan pequeñito tan bellito. Ahí te cabe un mundo y su explicación, amiguita.

Mónica se cubrió con la mano para terminar el bostezo con el aaaayyyy de ley en estos casos.

Guaica dijo que lo que él tenía como una chancleta era la lengua y qué tal si nos aguantamos aquí, mientras bostezaba a coro con Gracielita y con Ernesto, sueño con una cervecita helada, y Gracielita obediente

ella vira el volante y la trompa del Mustang queda justo contra las defensas del restorán, en el estacionamiento lateral, mientras sus cuatro ocupantes, descienden como amibas, como reptiles sinuosos para brincar a desgano cuando es el carro de Henrique el que se encaja al lado con un largo frenazo y un corneteo estridente que termina de despertarlos y no ha pasado un segundo cuando la pandilla entera se instala en las mesitas al aire libre, mientras más allá el mesonero se acerca sonriente y, más tarde y más acá, escucha la orden y se ríe con un chiste de Guaica o de Henrique, y Patricia, Mónica, Graciela y Paola se levantan porque tienen unas ganan tremendas de peinarse y, más tarde más allá, se les ve cruzar a la derecha, doblando la última pared como si fueran hacia el mar, pero no, más a la derecha, hacia "damas", y más acá, Henrique, Guaica, Ernesto y Rodrigo siguen fregándole la paciencia al mesonero que sin embargo sonríe nuevamente porque es su oficio y, más tarde y más allá, se le ve salir con la bandeja y, más allá, los almendrones soplados por el viento sensibilizan el verde de las hojas mojadas a veces por la bruma liviana de las olas que rompen contra las rocas, más allá aún, pero más acá del largo canal de luz líquida que fluye y redistribuye el mar en dos lagos menores al alcance de la vista, agotados, recién despiertos por el sol que por supuesto, mucho más allá, comienza a dejarse mirar, constituyendo un globo progresivo, a medias, y, más tarde y más arriba, un globo completo ahora amarillo, fijo y ardiente, que permite que el antiguo canal desaparezca y ya sea mañana bastante entrada y el aire esté algo más cálido y el mar, aunque homógeneo, luzca algo más agitado que antes, incluso que ahora cuando Patricia, Mónica, Graciela y Paola retornan de master y la función tiene de nuevo elenco completo y es Graciela la que más allá se separa del grupo y dobla a la izquierda y yo sin música no puedo vivir dice, y dale, más tarde y más a la izquierda, a puyar discos en la rocola y sus vanos inten-

tos mueren, más tarde y más acá, en la mesa larga, producto de dos pequeñas unidas, intentando lograr que Guaica baile, pero Guaica está en el Tibet, dice, inmovilizado por el frío, cavilando, para acoplar su cuerpo al ritmo de Sly y la familia Stone, y ni siquiera con los que vienen, aunque sean más suaves porque lo único que tengo acelerado es el pensamiento, pequeña, éste es Guaica, y si me paro la zaranda se me desvía, ¿y Henrique?, esto es más tarde y más allá, en la barra, donde Graciela acude pero después de pedirle permiso a Patricia, yo sólo me muevo en cámara, dice Henrique, y más tarde todos están acá, sirviendo la cerveza, haciendo resbalar la espuma por el borde de los vasos, riendo o, luego, cantando, mirando y animando a Graciela que continúa, más tarde, danzando aún en medio de la improvisada pista y, más tarde, más a la derecha, una honorable familia papi, mami y los dos pequeños, recién levantaditos ellos para pasar su ordenado día de playa, se sorprenden y se asustan y protestan por el escándalo y, más tarde, el papi de la mami llama al mesonero que se acerca, y Graciela no hace nada por prestarle la más mínima atención y, más tarde entonces y más acá, lo tenemos al lado de la mesa, sonriéndole a Henrique y a Patricia porque los ha visto en la televisión y disculpándose explica, usted sabe, lo sentimos, si fueran tan amables, al comienzo, pero Henrique le pica un ojo a Guaica y más tarde, es Guaica el que se levanta y, más tarde aún, lo podemos ver, lo vimos más allá, montado sobre el mostrador hasta que el mesonero no puede más usted comprenderá, se asustan los clientes, sí y se asustan las olas del mar, lo jode Guaica, se asustan tanto las pobres y, más tarde hacia la izquierda, papi y mami y los niños se van, esto es intolerable, y el mesonero, excusándose todavía con Henrique, amenaza con llamar a la policía y, más allá y más tarde, le dice a Guaica que ese no es un lenguaje que debe emplear una persona decente, y qué lenguaje, sepa usted que mi lenguaje ha ganado ya tres pre-

mios literarios, y en qué concurso es usted jurado, ¿ah?, éste es Guaica, hasta que cansado se baja entre los aplausos de la frenética multitud, y roncos y agotados todos ellos, más tarde, vuelven a contemplar el mar y a alzar la vela y, más tarde y más a la derecha, cerca de las rocas, los dos autos vuelven a recibir sus ocho pasajeros y en fin ya vienen retrocediendo, virando, arrancando veloces y eternos hacia la vía de asfalto. Mientras yo me agoto en esta máquina y parto también, lento y transitorio, hacia una taza de café, hacia un cigarro frente al parque.

CARTA QUE RAFAEL LE ENVIARIA A MONICA, SI LA NOVELA DURARA SEIS MESES MAS

(O: Traiciones de la sensibilidad y la memoria)

Me agota constatar esta nueva manera de serme extraña: la fugacidad, un enigma inocuo en el plano del tiempo que agregas a ese otro que ya constituías en el espacio, porque: qué otra cosa fuiste durante esos meses más que una burbuja al borde de la explosión, pronta a romperse sin dejar rastros, apenas un destello mínimo, una lámpara flotante en el fondo de ese territorio doloroso porque remite a lo incorpóreo: la memoria.

Tal vez allí resida el conjuro que nos torna débiles: la imposibilidad de elegir nuestros propios recuerdos, de hundirnos en la realidad para rescatar esos pequeños trozos de luz que pueden constituir una vida soportable. Si hubiese gozado de esa capacidad, un espacio hueco, una nada sin adjetivo alguno estaría ocupando tu lugar, es decir, dentro de mí estaría ocupándolo todo, de tal forma saturaste hasta mi última imagen.

Pero lo hecho, hecho está. Y tú encarnas ahora un diseño más hiriente en mí: eres idea, más verosímil, por tanto, que cuando te conocí. ¡Ah, qué ventajas seductoras me otorgas bajo esa forma! Me solazo eligiendo las barajas, revisando las tuyas, usando, en fin, tus propias armas. Eres idea, me perteneces, por tanto. Lo único que poseemos a plenitud son los fan-

tasmas que vagan en nosotros, esa galería de imágenes que hemos escamoteado al azar, sin permiso, lanzando manotazos torpes al exterior para atribuírnolas. Pero esto sólo reseña una mentira: la manera como llegué a aprehenderte.

A conciencia rechacé la oportunidad de despedirte, no me gustan los viajes. Y dudo que en tu caso exista una razón eficaz, basta que tomes en cuenta hasta qué punto se parecen estas dos malditas ciudades: unos cuantos grados de diferencia en el termómetro, discrepancias de altitud y presión, qué se yo, no será un gran cambio de escenario, como diría la tropa, tu tropa.

Pero lo que te lleva no me interesa. Estoy persuadido —alíviate— de que el viaje es sólo un accidente más, una posdata marginal en ese deterioro al cual ya me tenías relegado; se que si hubieses decidido quedarte no lo hubiera soportado: mi satánica, oculta vanidad, no hubiera resistido la humillación de practicar una amistad decretada, entiéndelo: nuestra amistad, entre comillas y sonrisas, tal como tú la proponías al final. Al marcharte, en cambio, comenzaste a pertenecerme de esa embriagadora forma que recién ahora comienzo a paladear, eres apenas otro fantasma: volátil, te confundes con todo sueño.

Puedo hablarte entonces de nada a nada, sin bajar la cabeza, asumimos el mismo idioma, o tal vez siempre lo poseíamos: ocurría sólo que, con las mismas palabras, designábamos cosas diferentes.

¿De qué lado estaba la verdad? Ahora es demasiado tarde para emprender una balanza semejante, pero parece increíble, aun hoy, cómo gestos tan sencillos, simples garabatos ejecutados por dos cuerpos que se entrecruzan en un fragmento de historia, pudieran abrigar significados tan contradictorios para cada uno de nosotros. Una simple línea constituía un jeroglífico

irresoluble cuando ambos dibujábamos; nos perdíamos en los dos metros de una habitación si estábamos juntos; en nuestra conversación, las palabras no se hilvanaban, se superponían unas a otras, anulándose, envolviéndose mutuamente en un eco que se repetía, rebotando contra las paredes, insistente, hasta entrar en mi cerebro y obligarme a cruzar el espejo, a desvanecerme en el otro lado de la piel.

¿Por qué crees que esa proliferación de momentos en blanco comenzó a ganar terreno en mí? Tus silencios eran silencios, los míos, monólogos infernales de otra imagen en el fondo del espíritu.

Pero, ¿qué significado puede asumir ahora la verdad, el conocimiento, cualquier certidumbre incipiente? Ah, la conciencia: esa herrumbrosa deidad inútil, qué papel podíamos cederle en esa enorme mascarada, qué débil títere resulta en esta tormenta, cuya sola ejecutora es sin duda esa emoción última, irrecuperable.

Podría explicarme los hechos de mil maneras distintas: eso no los cambiaría: Pero, ¡en fin!, si mis conceptos te desdibujan, o mejor, desdibujan tus gestos, qué importa. A la postre nada de valor me estaré perdiendo. Puedo dilapidar a gusto esta reflexión tentativa, aunque intuyo que el conocimiento no constituye un camino. O lo constituye, ciertamente, pero no conduce a sitio alguno. O bien conduce a uno: el vacío.

Culto a la vacuidad podríamos llamar a aquel correo personal, esas misivas enfermizas que devinieron en costumbre por insistencia tuya.

Lo que no podíamos intuir entonces era que, en lugar de ordenar esos elementos en la realidad externa, dándoles un espacio, un tiempo para que cobraran vida, sólo lográbamos incluirlos en nosotros, matizándolos, lo cual era otra forma de arrojarlos a la irrealidad.

Un error que cometimos al amarnos: reducir la historia de los otros hasta hacerla desaparecer; nos bastábamos, es decir, nos destruíamos. Tal vez con un poco más de lucidez, o lo que es lo mismo, con menos amor, hubiéramos podido abordar otra certidumbre, pero en aquella época los signos y los objetos conformaban una realidad tan nítida en apariencia, que esa misma cobertura hacía imposible cualquier interpretación diversa y anulaba todo recuerdo alternativo. Aun ahora me sorprende la identidad, la similitud de aquellos lugares, cuyos sabores fluyen iguales desde el futuro, con una dulzura semejante a la que una vez descubrimos en ellos: los árboles de verdes vaporosos y frescos que nos detenían por días enteros, la textura de la pequeña mesa del café, formicas color durazno sucias de azúcar y galletas, calles despejadas, violentas como espejos me penetra su olor a humedad, la memoria de su olor a humedad, y los afiches, en el fondo de las vidrieras que te repetían, lejana.

Ellos, los objetos, constituyen la única materia que puede permanecer fiel a la memoria, sólidos e inertes se desplazan por un hilo invisible, como si una fuerza interna, que nace y muere en ellos, les proveyera esa serenidad que basta para suspenderlos, silbantes como un trompo, indefinidamente; los seres, en cambio, viven, laten a intervalos, y esas pulsaciones conforman en ellos una modificación, imperceptible casi, que a la larga los transforma por entero, expulsándolos de esa atmósfera en medio de la cual los habíamos imaginado. Lo peor es que realizamos, a pesar de todo, esfuerzos inauditos por mantenernos mutuamente reconocibles, atrapando precariamente —¡y desentrañando!— esas dispersas imágenes que los demás han dejado en nosotros, es decir, tratando de lograrlo, porque, entretanto, también aquéllos están cambiando, a caballo en una calesita que condena al fracaso cualquier tentativa.

Sin embargo, nunca he podido deshacer en mí la costumbre de explicar cada acto, cada huella, como si fuese necesaria una crónica de todo gesto para que la vida misma no se extraviara en fragmentos dispersos que se esfumaran o que, por el contrario, cobraran una intensidad inusitada cuyo mismo vigor les permitieran destruirnos.

Y tal vez, muy en el fondo, sea este mismo deseo de comprensión lo que fragmente nuestro pasado, el presente mismo y nos conduzca a cero.

No tengo entonces, argumento alguno para justificar esta carta; o quizás sólo pueda echar mano del más endeble de todos: la catarsis, la explosión sin sentido cuyo sonido esconde su propia cobardía. Hablar, te dije una vez, es en cierta forma, reordenar el mundo, los objetos, darles un matiz preciso aunque sea imaginario; no hay que cederle a nadie este derecho cuando se trata de nuestra realidad. Manejo con dificultad esos días maravillosos, piezas de ajedrez en un tablero invisible que ambos edificamos a base de suspicacias, de pequeñas sospechas, de temores ocultos, mientras nuestros cuerpos se refugiaban como prófugos en una especie de sueño que ni tú ni yo conducíamos.

Un sabor recóndito y espeso me resta de aquella noche. Me miro absurdo y débil entre extraños, actor solitario de aquella comedia burda en la cual nadie creyó: suspendido haciendo cabriolas al borde de un vacío que no anhelaba, ni necesitaba, porque era en mi interior donde se edificaba el pozo. Miro las risas sarcásticas, las burlas, bambalinas lanzadas con piedad a un payaso que les divertía y que les resultaba doblemente cómico. Todos sospechaban, sabían sin lugar a dudas, que no sería capaz de lanzarme, pero ya nada podía humillarme. A un suicida frustrado no se le concede siquiera el expediente de avergonzarse: resultaba demasiado audaz el reservarme el derecho

de suicidarme contra ti, aunque ellos no lo supieran, aunque tú misma permanecieras ajena. Me veo sobre el borde de la azotea, un aviso irreal de pepsicola girando, desdibujándose en mi cerebro, te veré caer como una marioneta, te irás poniendo chiquitico hasta aplastarte, me decía Güido, acodado a mi lado, alentándome a volar. Yo lloraba sin escándalo porque estaba demasiado borracho y hacía frío, y hacía mucho viento o yo creía que hacía mucho viento. También porque —pensaba— me iba a suicidar y tú no ibas a estar allí para verme. Te aclaro: yo creía —culpa de la borrachera, del inconsciente y de que olvidé que habías mudado tu carro—, yo creía que ya te habías ido de la fiesta; por eso casi me desmayo cuando ví tu cara cerca, como deformada por una cámara fuera de foco, luego que Guaica me arrastró, atrapándome —creo yo— en el instante en que comenzaba a deslizarme por el antepecho (¿se dice antepecho?).

Esa noche te vestiste, nuevamente, con elementos distintos a cuantos yo creía conocer en ti: es decir, esa noche, una vez más, volviste a ejercer tu derecho. Como atmósfera, no fue diferente, pero contaba con una oscuridad: era el final.

Celebro la discreción que empleaste al arreglar el cadalso: me dejaste —supongamos por un momento que este verbo es admisible— sin aspavientos, sin escenitas, sin grandes desplantes; en el fondo debería estarte agradecido, mi ejecución fue un acto privado y silencioso, prácticamente nadie, excepto nosotros dos, por supuesto, se enteró de la operación. Repito: te celebro el estilo, pero no creas que resultó sorpresivo, sé de tu forma implacable, felina, de operar. Te intuí: me habías amado en un acto de complicidad contigo misma, me dejabas por un dispositivo de fidelidad a ti misma.

¿Debí predecirlo, entonces, desde el principio? ¿Debí admitir que toda historia, individual, es cíclica, que resume todas las historias?.

Un antiguo cuento que no nos resignamos a concluir. Por el contrario: se supone que debía celebrar tu gesto, acostumbrada como estabas a escucharme vivas ante cualquiera de tus poses.

Y no es que tu serenidad, tu aparente despego respecto de la acción, me haya desarmado. ¡Ah! Cómo no reconocer esa frialdad en tus rostros pretéritos. No, tú estabas perfectamente impasible, yo perfectamente débil; temía demasiado. No a ti, por supuesto, temía a todos los destellos con que te había dotado, bondadoso; adjetivos deslumbrantes ideados noche a noche mientras tu construías un muro nuevo o concluías otro iniciado en la víspera.

Respirabas sólo para colocar aire entre los dos, pero yo te aclamaba.

No tenías otro reino que la realidad, lo externo, vivías simplemente; mi dominio, en cambio, estaba en el interior: me agotaba explorando en mi propia tiniebla, hurgando tus fragmentos en las regiones donde habían permanecido más brillantes. Tú huías hacia afuera, incluyendo; yo hacia dentro, agazapándome, en esta estrategia no cabía otra posibilidad que la de extraviarnos.

Me percato: mi razonamiento es contradictorio, pero hay muchos detalles, muchas sombras en mi conciencia para darme el lujo de desear la coherencia. No puedo aspirar a ese licor omnisapiente, nada me asemeja a la serenidad. Te retomo ahora tras la ilusa esperanza de reconstruirte con argumentos, aunque sé que la vida no es una sucesión de símbolos: quizás volver ahora sobre el comienzo no sea más que otra manera de errar. Pero atisbo que no es demasiado tarde, si es que el tiempo puede constituir una excusa válida en estos casos (alégrate: había tecleado "caos" en vez de casos), y aunque lo fuese, quiero decir:

aunque fuese tarde, no puedo echar mano de otra alternativa. Sólo me resta este deleznable oficio: remodelarte, hacerte soportable a la memoria. Porque esto será lo que reste de tí: aquellas jornadas incipientes donde perseguíamos, balbuceantes, las palabras que —intuíamos— antes habíamos dirigido a otras personas y ahora eran nuestras, por primera vez eran nuestras. Si, Mónica, este recuento desvergonzado será, en el futuro, tu imagen.

¿Te reconocerás en él? Incluso esto carece de trascendencia, al fin y al cabo lo estoy elaborando para el futuro, no para el pasado, o, en todo caso, para la forma como en lo porvenir miraré, sopesaré el pasado. Por eso reitero a la tormenta estas ideas cuya validez es doblemente dolorosa, porque nada pueden hacer ya por transformar mi vida, devolverte en el tiempo: días blancos y calurosos distribuídos como fogonazos a lo largo de una temporada incierta, esa limpia locura nuestra que en mí era como una cuerda distendida sobre la cual me desplazaba, saltando en arco como equilibrista de circo. En ti, en cambio, esa locura apenas era una excusa para la vida, un dispositivo para el clímax. Era nuestra diferencia: iguales fuentes, actitudes contrapuestas. Una génesis reiteradamente aplastante, como todo espejismo.

Sé que a tí, a la postre, el golpe te lo asestará lo externo, vendrá de afuera, tal vez sea festivo y cromático; a mí, lo interior, seré yo mismo o cualesquiera de los que he sido —real o imaginariamente— quien me destruya.

Nunca pude imitarte, eras fuerte, sencilla; tu inseguridad, si la había, vulneraba a los otros; la mía, sólo en mí encontraba su víctima. ¿Recuerdas? Me elegías por ratos, me amabas en subjuntivo, en condicional, en dubitativo, jugabas haciendo pendular lo que yo poseía como una especie de imperativo. ¡Pequeña víctima que se nutría en el vacío! Un combate desigual

de ese tipo no podía tener otro desenlace que aquel que yo me esforzaba en ignorar, posponiendo, casi a modo de compulsión, lo que para tí era evidente: que debíamos dejarnos.

Sé que dirás que miento, que no era eso lo que pretendías ("no puedo retirar mi afecto una vez que lo he dado, soy simple", dictaminabas, retomando películas aprendidas de memoria, antiguas citas fílmicas que tus manos transformaban en un mecanismo de pesadilla), repetirás que me amabas, que a tu manera me amabas: sólo me pedías compartirte, no debíamos vernos más, me señalabas otro límite, otra vida, otros testigos.

¡Compartirte! Suponías que me eras prescindible. ¡Y pedirme eso a mí que ya estaba obligado a compartirte con la realidad!

Postulabas, mejor: respirabas, esa libertad de una manera tan... sobria que nadie en sus sentidos podía pretender retenerte. Pero la forma, esa forma que bosquejaste para destruirme, borraba toda lucidez.

¡Ah! Cómo pesa todo esto ahora, Mónica, después de tu viaje, después de la fiesta. No sé como te las arreglaste para mantenérmelo oculto durante tanto tiempo, quiero decir: lo del viaje, aunque ya debería saberme marginal. ¡Todo fue tan vertiginoso! Un pasaje expreso al infierno con retorno preterido, Mónica, del cual recién ahora renazco, ya se sabe: uno se habitúa a la desesperación más increíble, un mecanismo piadoso y lento que nos garantiza la supervivencia, decanta la agonía, y, claro, después de esa noche, de esa fiesta, nada peor podía ocurrir: tu viaje, a la larga resultó un paliativo.

Tal vez debería lamentar el espectáculo, aunque esto sólo a mí me compete. Un odio sórdido, una espesa niebla me separó siempre de ese grupo al cual tú te afiliabas, sin críticas, sin reservas, con una intensi-

dad que debería haberme sorprendido o alertado a tiempo. Ese fue el público ante quien exhibí mi pantomima aquella noche: todos o casi todos haciendo los desentendidos y yo conociendo de qué manera deseaban que concluyera el espectáculo, lanzándome de una vez sin contemplaciones. Casi una hora—si es posible hablar con los límites conocidos del tiempo— me mantuve allí, sentado sobre el borde de la terraza, con las piernas colgando hacia afuera, adscribiendo a la ejecución de lo que yo consideraba sería el gran gesto, la venganza extrema: aquello que ni siquiera alcanzaba la categoría de payasada inócua, mi suicidio. Pero ya lo sabes: ni siquiera para eso tuve valor. Dentro de mí, el trompo danzaba los últimos períodos de aquella embriaguez inútil en el momento en que Guaica me rescató, halándome hacia atrás, hasta hacerme caer boca arriba sobre el piso de la terraza.

Fue entonces cuando comencé a sentirme mal, sentí asco de mí mismo al constatar que daba gracias a todos los dioses por la intervención de Guaica, lo cual me revelaba, en toda su hipocrecía, la falsedad de mi tentativa.

El resto tú lo conoces, quizás más fielmente que yo, presumo que mi lucidez estaba varias veces más deteriorada que la tuya. En verdad, lo que ocurrió desde ese instante hasta el momento en que me ví en la planta baja, cobijado con aquel ridículo sombrerito, arrastrado y borracho todavía, apenas lo recuerdo, si excluímos tu cara, sobre la mía, observando; tu cara inexpresiva, casi triste, diría, si no supiera que eso era imposible, tu cara sobre la mía, escrutándome, como emergiendo de un pantano y detrás los rostros, y más allá, esto lo ví cuando descansé la cabeza hacia atrás, supongo que antes de desmayarme, sólo el cielo abierto y limpio, sobre la azotea.

Mi memoria no abarca nada más que estos hechos,

quiero decir: en lo que a esta última parte se refiere. Lo demás, lo inmediatamente precedente, lo retengo, lo sabes, hasta en su último detalle: tu tono de voz, la manera como hamacabas algunas hebras de cabello, la hora, el sudor frío que bajaba por mi cuerpo, a chorros, tu expresión condescendiente, tan ...humana y aquel estilo periodístico, expreso, telegráfico (todos los adjetivos de lo expedito), la armazón, en fin, adecuada para despachar el asunto con el mínimo derroche de energías, empleando sólo las palabras, las frases necesarias.

Es en esos momentos —por favor, no te sorprendas—, en los que uno comprende toda la vigencia de los boleros, me consta. Claro: todo lo que comienza, fenece, y, si uno lo ve objetivamente, desde afuera, nada puede parecer más natural: una mujer, en una habitación donde se desarrolla una fiesta, una noche cualquiera, le dice a un hombre que, simplemente, ya no lo ama; se supone que el hombre debe aceptarlo, retornar a sus hábitos cotidianos, vivir, en suma. Ocurre sólo que —no existe una expresión menos cursi— para mi no había otro futuro que aquél que tú pudieras concederme.

De forma que tu discurso fue, simultáneamente, proclama y veredicto y zumbido sordo y oscuridad y vértigo y pieza de teatro y, más que nada, insistente monólogo en el fondo del pozo: nada pude responderte, todo lo que podía decir me resultaba ridículo y extemporáneo, manejabas todas las fichas y las reglas del juego.

Callé en aquel momento y —sé que lo estarás pensando— debí seguir haciéndolo: los recuerdos constituyen un vapor viscoso, falso, del cual tal vez debería escapar, pero qué otro indicio poseo de ti, qué otra forma de sostenerte, de nutrir esa precaria creación que fuiste modelando a lo largo de esa trayectoria sinuosa e incorpórea que llamamos tiempo.

Una trayectoria tensa cuya multiplicidad desalienta toda otra paradoja: ahora, desde aquí, el pasado entero no es más que una posibilidad, una recopilación informe de elementos que esperan un reordenamiento que nunca será definitivo.

Intuyo cuánto debe agradarte esta afirmación: la imprecisión de cada hecho, su ubicua certidumbre, la crueldad ejercida sin saberlo. Una dulce excusa que nos solventa sin juicio, inhumana como toda proposición genérica.

Pero estábamos con lo de aquella noche: lo que rescato con más nitidez es el miedo, una emoción completamente nueva en mí, familiar, no obstante, desde el momento mismo en que se apoderó de mi cuerpo. No era un temor a los hechos, al fin y al cabo lo peor ya había pasado; tampoco era a tí a quien temía, no en ese momento, al menos; era el sentimiento, la conciencia misma de sentirme latiendo, sobreviviendo, aplastado como estaba contra el granito, empañando con mi aliento el vidrio, el enorme portal del edificio cuando volví en mí, después de la pantomima de la azotea, ocho pisos más arriba, creo, en fin, que era eso, vivir y verme obligado a soportarme.

¡Ah! Si pudiese fortificar ahora en conceptos las sensaciones de entonces.

Después, claro, fue la soberbia, después pero tardíamente: una ira, lenta, comenzó a crecer en mí durante esos días vaporosos que siguieron al incidente, días blancos, esterilizados, como acabados de lavar. Mi error, había sido ingenuo, amante creyendo en ti, de tal desatino no podía generarse sino la ira, inútil porque para entonces ya tú estabas protegida, nada podía herirte, nada, se entiende, que procediese de mí. Aunque una certidumbre me tranquiliza ahora: si no hubieses sido tú, a la postre hubiese sido yo quien terminara con todo. Contigo la única posibilidad que

se podía jugar era el riesgo, no habría resistido tal violencia. Yo ameritaba un suelo donde apoyarme, firme, porque nada dentro de mí recordaba la luz. Necesitaba una claridad uniforme, durable, de ti sólo emanaban incandescencias, relámpagos que, finalmente, apenas contribuían a encandilarme, extraviándome en una dimensión enfermiza, una vez que se disipaban.

Y siempre se disipaban.

Más tarde he comprendido que no podía ser de otra forma porque, quizás, era un fuego tenso dentro de ti el que te hacía cambiar, y ninguna variedad de fervor podía detenerlo, mucho menos la mía, vacilante y pobre.

Ves ahora porqué me ví obligado a inmovilizarte, reelaborándote: resultabas vertiginosa en exceso latiendo libremente en la realidad, así que ideé el recurso de imaginarte, dentro de mí no te quedaba otra ruta que ser estable. Pero... ¿quién puede conservarse fiel a un fantasma, sin extraviarse? No podríamos criticar una vida que imaginamos, pero tampoco podríamos amarla.

En adelante sólo seré fiel a la derrota, quiero decir: a esa asimilación mórbida que de ella he realizado; de esta incertidumbre, hipotetizo, un día emergerá la historia que deseo: la duración debe ejercer su dispositivo destructor también sobre esas regiones del espíritu de las cuales ya nada queda esperar más que podredumbre.

Nada de esto, sin embargo, ha sido en vano, no, en la placidez que proporciona la convalescencia creo vislumbrar ya los signos de una nueva serenidad futura, de dimensión tal vez diversa, pero igualmente apetecible. Abandono esperanzado el oficio de ser tu reflejo, tu simple reflejo, y ya intuyo que por vez pri-

mera, de este lado del cristal se me ofrece un espacio límpido y cromático donde tal vez resida la clave de una vida habitable.

ENSAYO PARA LA PUBLICIDAD DEL FUTURO

GUION ULTRA-IN DE HENRIQUE PARA CUÑA DE COLIRIO

(Donde se le saca el máximo partido a las motivaciones inconscientes de los jóvenes —consumidores potenciales masivos— hacia la libertad, la evasión y el goce suprasensorial).

ACOTACION DE VIDEO	AUDIO Y EFECTOS
1) P. G. a hombre con armadura medieval en un prado donde reposa una joven, desnuda, en posición de maja (Patricia).	Diga no a la piel del pasado.
2) Corte a un taladro que perfora una calle.	
3) Corte a un vendedor de cinturones de castidad que grita su producto frente a una de las torres del silencio.	(Ruidos de taladros, gritos, bla-bla ininteligible, sucesivamente)
4) Corte en cámara rápida (efecto cine mudo) a convención de viejos empresarios. Debe verse agitación y discusión.	Diga no a los ruidos antiguos.
5) C. U. con G. A. a cara de viejo empresario. (Bien deforme).	

6) C. U. a un daguerrotipo de vieja autoritaria.

7) M. S. a viejo musculoso, afeitado al rape, enseñando los bíceps.

8) Corte, P. G. a mineros trabajando en cuatro patas.

9) Ojo: montaje de rosa que se marchita en cámara.

10) M. S. a hombre de (1) que se quita la armadura, abriéndola en abanico desde el pecho hacia afuera, detrás se ve levemente la mujer. El viento mece la barba y la melena larga del hombre.

11) Corte a pareja haciendo el amor. (Patricia y yo).

12) Corte a niño corriendo por la playa, el sol atrás, ocultándose.

13) Corte a rosas muy rojas, floreciendo en cámara.

14) C. U. a mano que enciende un pito de marihuana.

(Todo tipo de ruidos estridentes, desagradables). Diga no a las formas, a los injustos colores del pretérito.

(Los ruidos anteriores se apagan de pronto y comienza música suave, apropiada, se oirá también el murmullo del mar y el batir del viento en las tomas correspondientes).

Abra su corazón a la nueva sensibilidad, a los sonidos, a las formas, a los colores eternos y milagrosos.

A veces no bastan los mejores recursos.
(Música electrónica, adecuada).
Si ya ensayó una vía.

15) C. U. a mano que toma pastillita de LSD.

16) M. S. a hombre de (1) inyectándose heroína.

17) C. U. rápidos y cambiante a varias pupilas, de hombres y mujeres, por último una pupila donde se refleja el hombre de (1), luego la cámara se separa y deja ver C. U. de rostro bellísimo, salvaje, de mujer, a quien pertenece la pupila (Patricia).

18) M. S. a hombre de (1), colocándose unas gotas de colirio en los ojos.

Y otra.

Y otra más.

Pruebe colirio Lundis. La forma extrema de liberar la mirada.

LA DULCE LOCURA (IX)

(O: Instrucciones para lavar un caballo)

Nos había ocurrido una estimulación extraña cuando estábamos sentados en el restorán. Yo la sentí claramente mientras Graciela se agitaba entre las mesas, Mónica la sintió antes, al regresar del damas: una sensación de comezón en todo el cuerpo, como si miles de insectos estuvieran escurriéndose inmediatamente debajo de la epidermis. Quise acordarme de la montaña, y reposar, pero de repente los insectos se convirtieron en abejas luminosas y comenzaron a darme vueltas y zumbarme, alrededor de la cabeza; y una vaina rarísima: empecé a escuchar que el ruido del mar no era del mar que venía sino de los punticos y me entraron unas ganas arrechísimas de cambiarme los pies por otros, la cabeza por otra, el pecho por otro, los brazos por otros, como si me estuviera olvidando de quién era. No pude acordarme más de los que estaban a mi lado, ni siquiera de Mónica, y me vino una increíble flotación, una recóndita ola de bienestar que eternizaba mi percepción: allí estaba Graciela bailando, frenética en medio de la pista improvisada, embriagada con aquellos sonidos que procedían de todos los sitios simultáneamente, arropada y saturada con aquel carnaval de colores que la rodeaba y la perseguía en cada movimiento, libre para siempre como un bosque de sedas lanzado desde un castillo, danzando ya casi sin música, con aquel increíble mar detrás y el sol agrietándolo, bajo, al fondo, y las

rocas irreales, como de utilería, limitando el pozo de aceite. Una evidencia que no requería explicación, el cuerpo de Graciela contorsionándose, sin pretérito alguno, sin proyección a futuro alguno, eliminados el nacimiento y la muerte sólo restaba esa realidad inmediata, violenta y necesaria para la cual yo estaba viviendo, o tal vez era alguien dentro de mí quien lo miraba y lo relataba en voz baja, desde mi fondo, porque yo **era** desde siempre un guerrero de Alejandro y alguna súbdita de la corte bailaba para nosotros y detrás rompía una ola contra las rocas y su espuma se elevaba y me llevaba viajando en un rayo de luz hacia las playas de Kenya, reclinado contra un árbol caído contemplaba entonces la danza de las adolescentes alrededor del fuego, sus cuerpos cubiertos de plumas multicolores y la noche apretada y densa alrededor de nosotros, alrededor de mí, reposando con mi lanza al lado; y luego el mesonero, con su corte al rape, hablando desde una mesa vecina, y yo alelado mirando su cráneo, y mientras lavo el caballo veo a Gengis Kan alzando a medias la abertura de su carpa, perdiéndose luego en la semipenumbra de divanes y cojines, entre sus hijos para planificar la batalla, y de pronto, ya quebrando toda la atmósfera, disolviendo el sueño, es Guaica quien se monta en el mostrador y arenga enardecido a las multitudes, y todos los colores se diluyen, y vuelve el tiempo, la duración, el espacio recobra su volumen y yo vuelvo a estar sentado a la mesa y Rodrigo y Paola a mi lado, y Graciela bailando esta vez con un pasado, una vida, unos personajes y unas circunstancias reales que la rodean y la explican, y Henrique a la barra, soportando la sonrisa del mesonero, y Patricia retocándose el maquillaje, mirándose en el espejito de la polvera, y Guaica payaseando y Mónica a mi lado, silenciosa, sorbiendo la cerveza, y yo dentro de mi piel, Ernesto el inamovible, venezolano, loco, mortal de este domicilio para más señas.

Guaica se empeñó en llevar el volante y no hubo más remedio. Graciela no tenía otra voluntad que la de él y a Mónica y a mí nos pareció demasiado trivial tener miedo. Acabábamos de habitar miles de cuerpos, de agotar miles de existencias simultáneas y sucesivas, ¿qué lugar, entonces, ocupaba la muerte?, éramos cada uno y todos los hombres, la vida no podía encarnar un sueño agotable.

—¿Sabes, loco? —le dije a Guaica. Visité Persia con Alejandro, languidecí en una playa de Kenya, me preparé para el combate en una llanura de Mongolia.

—Te felicito, amiguito, estás ganando en horas de vuelo. Yo, en cambio, todo el tiempo en un planeador mostrando el equipaje. Hablo demasiado, ya ni siquiera necesito de nada, cuando no consigo me basto, me autocurdeo, soy causa y consecuencia. A veces creo que voy a terminar en el Razzore (¿existe todavía?) o haciéndole la competencia a Henrique. Payaso o locutor. —Dijo Guaica, casi triste, sosteniendo el volante con un dedo, haciendo oscilar el antebrazo como si estuviera dirigiendo una orquesta y no manejando.

—Tal vez sea tu vínculo —dijo Mónica, acostada sobre el asiento, boca arriba, la cabeza reposando sobre mis piernas.

—¿Cuál, la máscara?

—La palabra.

—Si eliminas el "vin", quizás, amiguita. Es como una gran cloaca hacia afuera: en el fondo prefiero el ritmo de ustedes, callados, viajando hacia adentro. La flora interna funciona con un proceso inverso a la externa: mientras más oscura y cerrada, más fértil. Ernesto y tú tienen un prado de girasoles.

—Ah no, ¿y yo? —chilló una ardillita desde el pecho de Graciela.

—Tú eres la más feliz, nena. Espectadora con boleto de primera fila.

—¿Crees tú, Loco? —dije, repasando las circunvoluciones de las orejas de Mónica.

—¿Qué?

—El prado de girasoles.

—Completamente, loquito.

—Creo que exageras, Guaicaipuro —dijo la cabeza de Mónica, desde mis piernas— tú por lo menos actúas.

—¡Y eso qué! ¿Sabes? Cuando yo tenía como veinte años aunque ustedes no lo crean, concebí un lugar donde la biografía de un hombre no era el recuento frío y detallado de sus actos, sino la enumeración y explicación de sus fantasías. El pasado no estaba constituido por hechos sino por sueños. De eso hace dieciseis años, y dije aunque ustedes no lo crean, porque en aquella época yo era un tipo tan observador como Ernesto, tan callado como tú, Mónica, más introvertido incluso, que Rafael, con eso les digo todo. Después con cada vueltecita del globito alrededor de nuestro astro rey —alzó las cejas, conferenciando para un público de bachillerato— me fuí volviendo más extrovertido y más extrovertido. Por supuesto, para mí —y para ustedes y para cualquier carajo que me conozca bien de verdad verdad— el cotorrear es simplemente la ocasión que me permite inflar un globo falso que me eleva y me eleva por encima de este lago de mierda que me cubre y que es tan difícil de ver, desde afuera.

Me extrañó aquel mea culpa súbito a deshora, no por el contenido, en eso Guaica había acertado, yo sabía muy bien para que le servía la cotorra, sino por el acto mismo. No nos tenía acostumbrados a eso. Busqué los ojos de Mónica por complicidad, juntos miramos la silueta de Guaica, recortada su cabeza contra la ventanilla nos pareció envejecido, demasiado sazonado con amargo de angostura.

—Te gusta mucho la palabrita —dije— ¿te has dado cuenta?

—¿Cuál?

—"Mierda" —dije—. Te la he contado como diez veces esta mañana.

—Y si cuentas la madrugada, triplicas el número. Mientras más curdo estoy más se me sale la clase, ¿no?. Sabes lo que significa.

—Depresión —dijo una cabeza desde mis piernas.

—Eso mismo. Les voy a confesar una vaina: en Roma, la última vez que estuve, me zumbé desde un tercer piso.

—¡Cómo pudiste caer en esa güebonada! —lo regañé, casi; repasando imaginariamente el cuerpo de Guaica que caía en el vacío.

—Fue lo que pensé después, con la pierna derecha enyesada y el par de muletas, en un café de Via Venetto. ¿Qué quieres? Cuando uno lo va a hacer no piensa en más nada, para mí fue como si zumbara un saco de papas.

—Ahora entiendo lo de Rafael.

—¿Qué?

—Si no hubiera sido por tí, estaríamos ahorita en el cementerio del este, colocándole una azucena.

—¡Coño, sí! Pobre carajito. Un cuarto de hora haciendo equilibrio en el vacío y nadie le paraba ni esto.

—Yo ni cuenta me dí —dije, tratando de hacer penitencia, sin ver a Mónica—; cuando ví el gentío apelotonado fue que vine a caer.

—¡Y cargaba una pea como si fuera la primera vez que se rascara! ¡Si supieras que a mí el carajito me parece inteligente, pero demasiado bolsa! Le faltan por lo menos diez años de escoñetamiento intenso para que pueda participar en el grupo sin sufrimiento. Cuando lo agarré por detrás y lo bajé y lo tumbé hasta el suelo, le ví una cara de agradecimiento que me dió lástima. Estaba tan cagado que lo único que se le ocurrió fue vomitar. ¡Y en manos de quién fue a caer! —dijo Guaica, virando la cabeza, alzándola por encima del espaldar del asiento delantero para ver a Mónica, todavía tendida atrás, sobre mis piernas.

—¿Por qué me ves? —fue lo que dijo.

—Eres demasiado mujer para ese carajito —respondió Guaica.

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Mónica— Yo nunca lo animé. Se enamoró solo.

—Lo dejastes hecho leña.

—No creí que lo fuera a tomar así. De una separación a un suicidio hay un trecho largo.

—Ojalá. Pero si le vuelven las ganas de volar...

—No será por mí, de cualquier forma tú sabes que yo me voy pronto, así que tarde o temprano hubiera tenido que acostumbrarse.

—Yo le digo a Mónica que ese tipito no la olvida. Es el amor adolescente, ahí no hay tu tía. ¿Y tú como lo sabías, loco?

—Vainas.

—¿Te lo dijo él? —preguntó Mónica.

—Qué carajo me lo iba a decir. Yo ni hablar lo dejé. Lo que hice fue regañarlo, le conté lo de Roma.

—Es distinto, loco —le dije, convencido de la intransferibilidad de la experiencia humana y de la solemne pendejada que era dar un consejo a un suicida despechado, al menos en las condiciones en que estaba Rafael en la madrugada. Se lo dije a Guaica.

—Tal vez —respondió— Pero tú tampoco eres imparcial: Mónica se vino contigo.

—No tiene nada que ver —dijo Mónica, incorporándose a medias para morderme la barbilla—. Ocurrió.

—Bueno —dijo Guaica bostezando: bueeeenoooo...— Es el primer coñacito de la serie, ya era tiempo de que comenzara.

El sol había levantado hasta hacerse intolerable a la pupila, me sentí sudado, empantanado y despreciable, pero el olor del salitre me revivía; sólo los ojos estaban como sueltos, jugando libres en el fondo de las cuencas. Me miré en el retrovisor. Dije que verga, que tenía los ojos como un dos de oro, que me dieran unos lentes, una cabeza nueva, Patricia es la que tiene, carga el neceser lleno de anteojos, allá vamos, dijo Guaica, porque el carro de Henrique nos había adelantado y ya casi lo perdíamos y Guaica que pisa la chancleta y el Mustang que agarra la sobremarcha y Gracielita que palmea alegre ella, como una ardillita ella, en el asiento delantero, y Guaica que grita jaaayooo silver y la diligencia que pronto divisa a Henrique y compañía y ya es que le gritamos y cuadramos el carro paralelo y Gracielita saca la cabeza su deliciosa cabellera flotando sobre la avenida, unos lentes, que si no tienen anteojos, y que señala a Patricia y dice, a Patricia, que Patricia tiene y desde el asiento trasero es Rodrigo el que menea el bigote, jodiendo, señalándose el pecho con el índice, que si era él, no, no es contigo, y Patricia que entiende por fin la vaina de las señas y le pasa a Henrique una funda azul y Henrique que toma el volante con la derecha y se pasa la funda para la izquierda y extiende el bra-

zo hasta alcanzar el de Graciela que desde nuestra diligencia es la que se estira como una silla plegable y saca medio cuerpo y los carros que por momentos parecen chocar pero a pesar de todo Guaica es buen chofer el gran carajo, pienso, mirando el espectáculo desde atrás y Graciela que de pronto se va, ¡coño!, y tengo que inclinarme también para sostenerla por las caderas y la maniobra no resulta y es Rodrigo el que se ofrece desde el asiento trasero para realizar la entrega, y aquí que tenemos entonces la morena y bigotuda cara de Rodrigo, extrañamente cómica contra el viento, sonriendo, y el brazo izquierdo de Rodrigo que alcanza la manita de Graciela y aquí viene la funda y todo por mí, pienso, caminata espacial, le grito a Rodrigo y tomo la funda y saco los lentes y me los acoplo para hacer juego porque sólo yo quedaba con los ojos desnudos y aquí me tienen al fin, protegidas mis frágiles pupilas por este par de hermosos cristales azules, listo para modelar.

—Te quedan bellos —me dice Mónica, desde abajo.

—Para ver, loco —dice Guaica, volteándose— Sooooñados.

—Azules como la esperanza —le digo.

—¿Como que te prestó los de la cuña?

—¿Cuál cuña?

—La cuña que hizo con Henrique, la última. Sale con un par de bichos que le tapan la mitad de la cara, lánguida, mirando hacia la playa —dijo Guaica.

—Te vienen a punto —dijo Mónica, que se había incorporado y se refrescaba el rostro, abriendo la ventanilla—. Precisamente ahora —señalando una legión de cúmulos que avanzaban lentos desde el este, como enormes montañas de nieve sucia.

—Ay, qué rico, va a llover —dijo Graciela, estirando los brazos hacia afuera.

—Tu danza de la lluvia —dijo Guaica—. Ninguna atmósfera podía soportar ese movimiento, pequeña.

—Bueno, los usaremos al revés —dijo Mónica— protegeremos a los imbéciles de nuestras miradas. —Y se sacó los lentes, grandes con cristales color lila.

—Vamos llegando —dijo Gracielita—. Métete a la derecha.

El ford escaló una pequeña colina y descendió por una pendiente suave.

—Con cuidado, minino —gritó Graciela—, por aquí.

—Supongo que trajiste la llave.

—Antes de llegar hay una casita cerca, es de Manuel, el que la cuida.

—Prepárense para el clímax —dijo Guaica.

Una nueva colina; al fondo, encerrada en un pequeño bosque, se alzaba una enorme casa de dos plantas.

—No es la casa de los enanitos de Blanca Nieves —dije.

Guaica aceleró, traduciendo la voluntad colectiva.

—¿Viene Henrique? —pregunté.

—De bola. Nos viene pisando.

Una larga hondonada en forma de hamaca nos separaba de la casa.

—¡Medio chuzo! —dijo Guaica— ¿Es parte de la herencia, amiguita?

Graciela puso a reir a un conejito.

¡Bueno! —dije aliviado— Al menos la trayectoria estuvo máxima.

—Cuatro vidas y un índice —dijo Guaica, levantando el dedo índice, con el cual había llevado el volante todo el tiempo.

—Aquí vive Manuel —Graciela abrió la puerta y corrió hacia una pequeña casa. Cinco minutos más tarde, Manuel y una mujer que debía ser su hija, respondía al chao de Graciela, que corría, vaporosa dentro de su maxibata multicolor entre las margaritas, las palmeras y las berberías. De alguna manera había convencido a la hija: entre los brazos le estallaba un enorme ramo de hortensias, agitado contra el cielo, ya casi gris del todo. Ahora el carro de Henrique se nos unía, y Paola y Patricia lucieron hermosas con todas aquellas flores entre los labios.

CORRESPONDENCIA EN EL VACIO

(Donde Guaica muestra una parte de su museo de servilletas)

Este fuego enmarcado en mi torso arde, a veces, con tal sevicia, que me funde y me torna impuro. Es la verdad. Es la contrapartida.

El pasado es una premonición, no de lo que advendrá en lo sucesivo fuera de mí, sino de lo que toda esa oscuridad suscitará en este complicado depósito de espejos que es mi espíritu.

Las verdades no son sino emanaciones de una sola verdad; el tiempo y el destino, son verdades: mi porvenir no tiene por qué escapar a esta ley. Es decir, mi porvenir es monótono. Al menos mi porvenir interno.

Emoción
↘
Predominio de cualquiera de ellas → Error, aceptado como verdad subjetiva para el momento
↗
Control conciencia

Equilibrio de ambas → Verdad subjetiva que trasciende el momento

Chiste cruel: yo saltando en la acera del Jarama, agarrado al cuello de Rodrigo, cantando una ranchera, curdo. Mamá y Luisa, vestidas de luto por mi padre, mirándome desde la acera opuesta, buscándome porque hace tanto tiempo que no me ven.

A ella no la amé, la sufrí.

La madera más densa es aquélla que no existe, tómala, imbécil, y haz con ella un palacio para tu corazón.

En medio de la curda: siempre y nunca, pretérito y porvenir, son sinónimos.

Como los olvido a cada momento, los lugares más cotidianos me resultan insólitos.

Un sueño no tolera orden ni contorno, mi cerebro es la pesadilla de un ángel borracho.

Poseo una vocación definitiva: despistar; un oscuro oficio: el de arlequín.

Mi verdadera esperanza es la destrucción: Narciso, Calígula, Proteo, coexisten, juegan en mi espíritu; Quijote, Raskolnikov, Romeo.

Visto a rás de piel resulto definitivamente repulsivo.

Ayer, mientras caminaba de madrugada hacia la casa, no había separación ni aire entre los objetos, una densa materia gris tenía que salvar para alcanzarlos.

La mafafa: el perfume que el minotauro (en el Teseo de André Gide) respiraba, hasta convertirse en la plácida víctima que flotaba en los pasillos. Te comprendo, bestia, también yo incorporo el laberinto.

Al fin resulta lo peor: habito sólo imaginación, es decir, sobro. Se trata de un viaje para cumplir desnudo, y yo estoy demasiado cargado, demasiado.

Quizás nada flote en el contorno de esta imagen.
Desde su fondo, una sombra me diagrama cuando la toco.
En vano mi sueño le procura sitio
porque es un trono cuyo matiz me huye.
No sólo oscuridad es su nombre,
hay otros títulos en su espíritu;
pero yo me limito a vivir,
es decir, a enfermarme de imaginación.

Lo peor: dar con la clave del misterio y ver que eso no te conduce a anularlo, sino a anularte.

Dentro de tí, una noche y un tornado que sopla.

A quien te soñó en plena curda, pregúntale quién eres y de qué materia surgiste.

Mi magia no opera sobre el mundo y sus misterios, opera en la duración eterna, y de ella extrae los brebajes que arrojará luego en mi conciencia.

Dos días sin dormir, en ellos he inventado el mundo y lo he abandonado.

Mi vida, esta corrosiva materia informe que llena el tiempo.

El inconsciente colectivo de Jung: ser todos los hombres, todas las culturas; ¿con qué material viajaría?

No pienses que eres libre: todo acto de libertad te hace más fiel a la vida.

Cada vez que salgo me olvido de cerrar la llave del cerebro.

Vivir es como desgranar una mazorca, simple cuestión de práctica. ¡En mi infancia lo hacía tan bien!

Nunca salgas dejando el espejo solo.

La realidad: es lo otro, lo que no ha sido esta piel, estos líquidos, este rumor apagado en mi cuerpo. Envuelto en su flujo nado, aprendiz, simple aprendiz. Miento al catalogarla entre mis tesoros.

Ella fue como un río, una botella de vino, un ángel, un castillo; como una música, un susto, una piedra blanca.

La palabra: instrumento que torna en posible lo evidente.

Qué será de esta ebriedad que me sigue a todo sitio. Yo cambiando de antifaz, ella idéntica: asidua y compleja como una luz.

Suicidio: el último gesto tal vez sea el primero, porque nosotros aprendemos a la inversa. La vida dentro del espejo, es decir, nos acostumbramos a la muerte.

Al verme con ella, la gente hablaba de dos músicas que se contenían.

No hay forma de convencerme que apenas soy, hasta el fondo, una mínima burbuja de aliento a punto de romperse. Sólo eso.

Tomar el cuerpo y hacer música con él, volverlo humo, ese sería tu deseo más oscuro.

Abandonar lo que haga idea del acto
quedarme con el acto
cazar la realidad con mi cuerpo, no soñarla,
es cuanto sueño.

Toda alucinación debe ser simple, de otra manera no entendería mi rostro.

Atrapo las imágenes que soñaba momentos antes, las escucho, dejo que sus discernimientos me convenzan que soy yo el ficticio, así obtengo este alivio falso, que por 24 horas me hace sentir más ligero, como si en verdad estuviera vivo .

Entre ellos, hablando sin interrupción, llega siempre el momento en que tú mismo te transformas en una palabra, actúas entonces con alegría, en pleno reino del lenguaje, más dúctil.

Al comenzar el día, deja colgado el cuerpo de ayer, asegúrale una buena corriente de aire, de manera que esté a punto para un nuevo uso.

No acicales tu máscara, cuando te ufanes de estar listo ya lucirán vacíos todos los palcos.

Cuando atravesaba el bosque para partir, me vi venir de regreso, satisfecho y volátil, ¿a qué ir si ya estoy de vuelta? Me fundo con mi fantasma y regresamos juntos.

Sueño: tú, diminuta dentro de un cofre, dormida de pié, caminando bajo el jardín, en un torreón agitando los brazos, vestida a la usanza medieval.

Amárrate un hilo en el dedo, imbécil, para que no olvides el día de tu muerte.

Borges: leer-escribir-vivir.
Rimbaud: vivir-escribir-leer.
Pavese: escribir-leer-vivir.
¿Y yo?

Anoche, en pleno viaje: la mitad de la realidad era indescriptible, la otra mitad no existía.

Jardinería: si ves que una flor crece demasiado, tómala, y deja que ella te cultive a tí.

Como en Melville: lo que creen mi sombra es, en verdad, mi única esencia.

Agonizo porque el tipo de vida que cultivo, la belleza que inhalo, prosperan poco en esta atmósfera. (Paráfrasis de Yeats).

Gracias, literatura, por este equilibrio tan maravilloso así, tan inevitable.

De la locura has extraído las cenizas conque diagramas tu vida.

Imagen: ella desnuda, caminando hacia el baño después de lanzarse de la cama, con sus pies nadando en mis zapatos, chaplinesca.

Idea fija

Resume todos los venenos
Cuando aparece, le limo los salientes, le saco brillo a ver cómo luce,
intento saborearla desde otro ángulo, me la pierdo.
Inútil: vuelve siempre, igual de amarga, en el momento más exacto,
es decir, cuando menos se piensa.

Una morbosa imaginación suple en mí las lagunas: invento pretéritos; a menudo me sorprendo en el recuento de sucesos que nunca ocurrieron.

Receta: saturar al máximo el cerebro, batir bien las ideas, tomar la cabeza y sazonarla, servirla toda de una vez y sin meditar.

Viaja, viaja hasta la última luz; recuerda que la realidad no te luce: ya sabemos lo que ocurre cuando te ubicas en ella.

Oscuridad es el nombre de esta región del tiempo, pero sigo viajando en ella, sonriente, como si nada.

Me sorprende constatar que, tras la máscara, reposa el mismo fatigado rostro que una vez ensayé; cotidiano; seductor a fuerza de parecerse a sí mismo.

Quién puede negar que a expensas de estas génesis repetidas, nocturnas, yo no sea más que el resultado de un ser monstruoso o inicialmente inaudito o la degeneración de una deidad maravillosa.

Me alejo poco a poco de ti, penumbra, con esa legión de seres inverosímiles que son mis reflejos.

Sólo vivo para el paisaje que se disuelve en esta percepción deslumbrante donde los elementos viven y estallan.

Ayer, 24 de Diciembre: fatigado y sucio, tendido sobre la cama, esperando en vano la navidad de mi infancia.

Cada sueño se reencuentra a sí mismo constantemente, cada acción se extravía.

Cuando te retires a dormir, deja una cuerda lista para que puedas salir del pozo.

La independencia de cada fragmento me violenta, la síntesis es un sueño imposible.

Padeces preterido en la escena que tú mismo has edificado, a fuerza de claudicaciones y subyugantes errores.

Algo debe andar muy mal por dentro, cuando basta una idea, una mínima dosis de obsesión para destruirme.

Abre la válvula, y permite que sea ella misma, la locura, quien te aniquile.

Me resisto a pensar en la noche cuando pierda mi último bastión y, asfixiada, la torre final se derrumbe hasta convertirse en aire.
Me resisto a pensar que ya está aquí y me devora, lenta, agazapada en un recodo del espíritu.
Implacable.

No te agotes hasta el vértigo tratando de evadirlo: tú eres la poción misma, ¿por qué insistes en mentirte?

Este lugar no existe, nos sueña.

Contemplas tu soledad como si no fuese el aire negro que siempre temías; asombra tu adaptación, la manera increíble como te acoplas a la tiniebla. No es que seas valiente, es sólo que ya no te restan fuerzas ni siquiera para oponerte a lo que sabes será tu último colapso.

A cada momento me extravío, suspendido siempre: idea o vapor tenue.

Después de todo esto, qué restará. Sólo la imaginación: la crueldad cotidiana.

Algo amargo hay en este juego, que no puedo operar por un pequeño estancamiento, por un descuido infinitesimal.

La vida: esa carroza inmóvil que no te eleva, a la que suples con alucinaciones e increíbles engaños.

ATACADA CAMIONETA DEL EJERCITO POR GRUPO DE BANDOLEROS

Banda de guerrilleros que merodean por las montañas vecinas a esta población, atacó cobardemente a una camioneta del ejército que realizaba labores de cooperación con el campesinado. Se informó oficialmente que en el vehículo manejado por un suboficial viajaba un grupo de civiles desde el asentamiento El Caujarito hasta el cruce con la carretera de Maipoa. El atentado se produjo a las 10 de la mañana, en el sitio conocido como Pasoancho y se nos informó que, afortunadamente, no hubo bajas que lamentar.

El Capitán José Francisco Lunar explicó a los periodistas que, aunque es una irregularidad el transporte de civiles, ajenos a las operaciones, en vehículos del ejército, en este caso tal hecho quedaba excusado porque se trataba de campesinos que se dirigían a comerciar el producto de sus cosechas, y ya se sabe, dijo, que una de las tareas de estos centros de operaciones es el colaborar con el bienestar y el progreso de los habitantes de la zona.

No se trata, insistió el Capitán, como algunas informaciones mal intencionadas han dejado entrever, de civiles armados, ni de funcionarios de los servicios de inteligencia: quiero que dejen bien claro, se los agradezco, que los que viajaban en la camioneta eran habitantes del sector, sencillos campesinos que nada tienen que ver con las labores de profilaxia que nosotros realizamos, y no hombres armados sin uniformes.

No pudimos establecer contacto con ninguno de los campesinos, pero fuentes autorizadas nos indicaron que apenas hubo tres lesionados, ninguno de gravedad.

El mismo Capitán Lunar reveló que los bandoleros dejaron en su huída visibles manchas de sangre, que el ejército ya los tiene practicamente acorralados y que su captura es cuestión de horas.

En la foto superior: el capitán Lunar declarando a nuestro enviado especial.

En la foto inferior: el sitio de los sucesos.

LA DULCE LOCURA (X)

(Donde Ernesto y Mónica juegan cerca del mar)

Tiendes tu cuerpo en la playa, boca arriba sobre la arena recibes inmóvil y agotado la tempestad de polvo contra tu piel. Imaginas detrás de tí: el viento escurriéndose como un fantasma volátil entre las hojas verdes de los almendrones y las uvas de playa. Más allá tal vez Graciela y Guaica haciendo el amor todavía, detrás de la terraza abierta. Más allá tal vez Paola, Rodrigo, Henrique y Patricia dejando oir sus voces, alegres alrededor de la piscina. Ella se sienta a tu lado, fresca, diminuto su traje de baño, una cinta anaranjada sosteniéndole el pelo a la altura del cuello, ella se tiende, te besa el pecho, se sorprende de contarte un lunar más que antes no estaba, te sonríe, repite la cuenta, tanto tiempo sin mujer, piensas; arriba, por encima de su cabeza, la brisa disuelve extrañas manchas de tinta sobre el cielo y las transporta, pero aquí, a tu lado, su cuerpo es una nueva fuente de luz que rescata dentro de tí el recuerdo de todos los cuerpos, su cadera contra tu torso, el cálido contacto de su piel, toda oscuridad se disuelve, roza tu piel, te sopla suave sobre los vellos para despejarte, te obliga a hacer perfil, me obliga a hacer perfil y sopla en mis oídos, se acerca más, sus labios te recorren ahora por las zonas más blandas, te muerde sin emplear los dientes, aplica el pulgar contra tu cuerpo, mira, dice, se te hacen manchas blancas, tú constatas las huellas y te sonríes, recuerdas otros rituales, otros

preámbulos, cada caricia despierta una zona nueva que remite incesante a otra historia, a cualquier historia del pasado, laberinto de rostros que saturan tu memoria, imágenes translúcidas disueltas en el tiempo, reconstruídas y permanentes a fuerza de ser ajenas, gravitan sobre tu imaginación como un bosque de marionetas que se repite, espejo tras espejo, hasta desnudarte, no abras los ojos todavía, y te tapa con sus manos sobre las cejas, y comienza a bajar sobre tu cuerpo, elimina tres dedos, sólo el índice y el medio caminan ahora libres a lo largo de tu vientre, Gulliver se sorprendió, qué Gulliver, piensas, ¡ah, si, Gulliver!, y le miras la mano, ahora es una niña, el amor nos hace recorrer, agotar todas las edades, recuerdas, mucho gusto, mientras Gulliver vuela, sus dedos agitados en el aire, ejecutando una sonata imaginaria, Gulliver baila la danza de la lluvia, quiere hacerle la competencia a Graciela, dices, sintiendo la percusión sobre el abdomen, hay que atraer el agua, y agita sus dedos sobre tí. Y entonces Gulliver se detiene, cavila por que está inmóvil, o al revés, dices, y empieza a caminar sobre tu pierna derecha, simple inspección, la curiosidad es la razón de ser de Gulliver, que sigue bajando, recorriendo minucioso tu cuerpo, ¿y por qué no haces a Gulliver con la lengua?, Gulliver no necesita la humedad, su locura es el movimiento, te dice, agitando las dos piernas del pequeño personaje sobre tu ombligo, camina, corre, repta, y una ventosa de cinco dedos transmuta a Gulliver en pulpo. Y luego es sucesivamente un conejo, una culebra, un dragón, marioneta esquizofrénica, buscando su personalidad, como yo, dice, y cuando Gulliver quiere hierbas ella se levanta, ágil, explora a tu alrededor, y pronto tienes un castillo de hojas sobre el ombligo, es para la hoguera, ¿tienes fósforos?, vénganse los dos Gulliver, dices, y le tomas las dos manos, y ella gozosa, dejándose, la última sombra de un pudor antiguo desgranándose en su interior, y le haces meter sus manos dentro de tu

traje de baño, quiero presentarle un amigo a Gulliver, dices, el pobre está tan sólo, dices agarrándote el pene, entregándoselo como si fuera una copa para que ella lo acune entre sus dedos, y mientras ella te lo toma, con cariño, con mucho cariño, tú te dejas caer hacia atrás, abandonándote sobre la arena. Se llevan bien, dices, ¿qué tal se llevan Gulliver y su amigo?, y te ries, y cuando ella toma al amigo de Gulliver y lo pasa por sus mejillas, una onda dulce se desplaza dentro de ti, arrastrando en un movimiento sinuoso y modulado todo vestigio de sufrimiento o desesperanza, para hundirte, palmo a palmo, hasta cubrir de perfumes el último refugio de tu cuerpo, la ves entonces como la verás en el futuro, en esa remodelación de elementos incandescentes que desde este momento constituirán su imagen: hacia atrás su cabeza, los ojos entrecerrados en un testimonio de flotación que de alguna manera ensambla con tu frenesí apenas contenido, su cabellera larga, ligeramente recogida por una cinta anaranjada del mismo matiz del traje, una imagen durable cuya inminencia no basta para contener la explosión preterida bajo tu piel, una combustión lenta que hace llover color dentro de tu pupila, y te sorprende descubrir ese universo anaranjado, alrededor de ella y de ti, que prolonga la sensación de éxtasis, y así ocurre con el color de la arena, y con el color de los insectos, y de la hierba un poco más allá, y de las nervaduras de las hojas esparcidas a tu lado, y es una mujer anaranjada la que te sonríe por momentos, y se inclina sobre tu cuerpo para lamerte todo, descendiendo su lengua ávida hasta tu sexo, llevándote hasta los límites de una región increíble de la cual ya no deseas escapar, y para asombro tuyo su misma saliva exhuda ese vago olor a mandarina, a naranja, que alcanza hasta los viejos trozos de árboles húmedos que el mar deposita cerca de ti, un matíz cuyo nom-

bre se desvanece en los bordes de este cuerpo que se dobla y te lame y se yergue de nuevo y te suelta un instante para desprenderse la parte superior del traje de baño, la mano detrás, soltando el pequeño gancho, ya, y entonces sus senos, firmes y redondos sobre ti, y ella sonriendo, soñando casi, aleteando sus pestañas estremeciendo su cuerpo, erguida de nuevo, de nuevo sonriendo, cerrando sus ojos mientras tú intentas un postrer esfuerzo desesperado por alcanzar sus pequeños pezones.

Y ya para entonces la lluvia es inminente, y tienes la oportunidad de conocer para recordar la presencia de ese líquido, que resbala a capricho sobre su piel, irisándola en curiosos diseños, y a medias la ves despojarse, su hermoso rostro cubierto por las hebras adheridas sobre las sienes, sobre las mejillas, volando libres, cayendo a uno y otro lado la cinta, el sostén del traje, y en fin la última tela que esconde su sexo, mientras acoplas su cuerpo, dulce y tenso, sobre el tuyo, a caballo sobre tus caderas, tú acostado boca arriba y ella cabalgándote, feliz, sacudiéndose, alternándose ritmos y movimientos, los sexos acoplados, y tú penetrándola, moduladamente primero, luego con violencia, las manos jugueteando sobre los senos, sobre la estrecha cintura, el universo diluyéndose alrededor y ella gimiendo, gimiendo, exigiendo tu última recompensa, tú te incoporas, sin dejar de penetrarla, sentándote frente a ella la ajustas aún más contra ti, enlazas su rostro contra el tuyo, y lentamente te dejas caer, abrazado a ella, contorsionándote hasta acostarla, hasta hacerla pasar sus piernas como tenazas cruzadas sobre tu espalda, y alcanzas a mirarla, un pequeño animalito debajo de ti, dulce por momentos, en la extraña expresión que le comunica la penetración al máximo, furiosamente, más allá del viento, más allá de la tierra, y un alcatraz se precipita y todos los alcatraces del mundo

caen con él, mi amor, mi amor, se queja, y un desesperado abrazo conjura las últimas palpitaciones, y tú y ella, tú y ella, tú y ella, no son más que una sola realidad, latiente, eterna, feliz y lluviosa sobre la arena, hasta el desfallecimiento y la liberación.

LA DULCE LOCURA (XI)

(Donde Henrique y Patricia me convencen de que son unos personajes a todo dar).

Elijo una ubicación imaginaria cerca del jardín que rodea la piscina, me seducen estos sitios simultáneos y gratos que se ajustan a mí y a la narración. Celebro la diferencia entre este sillón árido frente a la Olympia portátil y aquel fresco recinto que aloja el invernadero, con jardineras internas a nivel del piso y paredes de cristal cubiertas de estanterías llenas de recipientes de todos los tamaños con plantas inimaginables, esmeradamente cultivadas por manos hábiles; reconozco las cotidianas, las que agotan mi memoria botánica: hortensias, orquídeas, rosas, girasoles, claveles, corazones, novios, helechos, uñas de danta, dalias, gardenias, gladiolas, calas, amapolas, lirios, violetas, damas de noche, azucenas, tulipanes; un bosque transportable de olores que satura mi olfato.

Todo está listo para la escena: papel, máquina, cinta nueva, cigarrillos y café sobre mi mesa de trabajo, aquí; piscina, playa, jardín, invernadero, flores, arena, cielo borrascoso, viento, casa de dos plantas, mar, alcatraces, gaviotas, salitre, allá en la costa central. Lo real y lo imaginario vinculados por un nexo inexistente, el lenguaje.

Hasta aquí, hasta este mullido sillón donde me sitúo para dirigir la escena, llega el sonido seco de las

sandalias que descienden por la escalera desde la planta alta. También Patricia está lista. Henrique, a quien he imaginado recostado sobre la puerta de metal que abre hacia el invernadero, la espera, impaciente. Ya estoy, dice ella, y él la recibe, abandonando por momentos la tarea de rebotar la pelota de pingpong hacia arriba, en un raqueteo individual, monótono.

Patricia ensaya un primer acercamiento: su rostro recuerda aquel otro reproducido a millares donde aparece sonriéndole a un champú, sacudiendo su pelo, ágil, desciende los escalones, hamacándose del pasamanos en un último salto para caer cerca de la puerta donde Henrique la espera.

Sus enormes cristales apenas dejan entrever una zona minúscula de ese territorio que hemos concebido como la síntesis de toda perfección. Sostiene el amplio sombrero de sisal que se mece contra el viento, cuando abandona el interior del inmueble y atraviesa primero la puerta que ofrece tres metros más acá la posibilidad de entrar al invernadero, y luego, lanzándose a los brazos de Henrique toda la luz y los corpúsculos del aire se adhieren a su piel para revelarnos un cuerpo dorado, ágil como un animal de pradera, que se ata por momentos al torso de Henrique, las piernas alzadas al aire, girando en volteretas disímiles, suspendido, para caer luego, apoyado sobre los pies desnudos, perdidas ya las sandalias, sonriendo.

No:

Abandono la mesa de trabajo. En la cocina, dos o tres dedos de café dentro de la greca me garantizan unos minutos de ocio. Inmovilizo a Henrique, dejo la sinuosa columna vertebral de Patricia haciendo equilibrio sobre un pie, levantando con el otro las sandalias. Fijo con clips sobre la página, sobre la imaginación, los cuatro personajes que se desperezan alrededor de la piscina. Detengo el viento, las

hojas, las ramas tensas de los árboles. Contengo, irisada, la superficie cristalina del agua. Inmovilizo toda nube, toda gaviota, todo alcatraz, toda palmera posible. Presiono y giro a la derecha la llave del gas, más allá del bajo muro que protege el lavadero, tres pisos más abajo, la conserje instruye al muchacho: habrá que liberar el colector de basura. El líquido marrón rechina y burbujea contra las paredes del stainless steel, me advierto acerca de la conveniencia del agarra ollas, una taza, una cucharilla, la azucarera, los elementos del ritual, tendré que terminar el esmalte de la biblioteca, recuerdo, cuando miro su cuerpo izquierdo al regresar.

Nuevamente la silla, nuevamente el papel, nuevamente los cuatro dedos sobre las teclas, desentierro la imaginación, libero los cuerpos de Henrique y Patricia, agito los árboles, la hierba, dejo correr las nubes, rápidas, contra el cielo borrascoso, concedo que el espejo de la piscina copie de nuevo las trémulas imágenes de la vegetación, detrás, y aquí, debajo de la piel, la combustión irregular del lenguaje me lanza, recurrente, a un nuevo pozo, pleno y solitario, frente a la Olympia.

Esta vez Patricia no descenderá las escaleras, desde el invernadero escucharé su voz en el momento de llamar a Henrique. A Henrique le habré quitado la raqueta y la pelota de pingpong y lo habré hecho ser perspicaz con su hambre y la del resto del grupo, (que, como ya se sabe, no habrá comido desde ayer) de modo que habrá tenido que viajar dos o tres kilómetros de regreso por la carretera hasta el abastos, entonces lo veremos descender del Mercedes 200, nítido contra el paisaje con sus pantalones blancos en juego con sus zapatos ajustados sin medias, y su chamisse lacoste azul, saltando descalzo desde el interior del vehículo, cruzará el cuadriculado de grama y piedra que conduce desde el estacionamiento

hasta la casa, a través de una parte del jardín, excitará el apetito de Paola y Rodrigo cuyas cabezas apenas sobresaldrán del nivel de la pileta, dentro del agua, enseñándoles las bolsas con enlatados y panes y carne para parrilla y sazón completa y cerveza pilsen, desde aquí, desde la entrada posterior, frente al invernadero desde donde observo. Será en ese momento cuando escuche el llamado de Patricia desde arriba, desde la terraza, de manera que para poder hablar con ella tendrá que caminar unos cuantos pasos hacia atrás, casi hasta el carro de nuevo, hasta el sitio donde precisamente habrán quedado los zapatos blancos reposando sobre la grama, arrojados allí con descuido, para poder superar el inconveniente que creará la amplitud enorme que medie entre la pared propiamente dicha y la culminación de la terraza, si es que la dejamos de esa manera, inalterable en la imaginación como la hemos concebido originalmente. Calculo que Patricia se inclinará entonces sobre el antepecho, exponiendo su cuerpo totalmente desnudo hacia el jardín, un diminuto soplador de pompas de jabón trabajará entonces, incesante, en cada vértebra de la columna de Henrique en el momento en que el viento despeje el enredijo rubio de la cabellera de Patricia y sus manos traten de domar las hebras, sosteniendo contra la cabeza el sombrero de amplias alas, y el viento y la mirada vuelvan a taladrar, mediato e inmediato, los senos al aire, hasta que Patricia se deje llevar por una natural oleada de seducción, de excitación a distancia, hasta que los pezones se enduresсan y las caderas se disuelvan.

No.
Dejo la mesa de trabajo, a través del balcón que mira hacia el parque verifico las gruesas gotas que caen sobre los maceteros, despliego las cortinas, cierro las hojas de vidrio: la noche y la presencia de la lluvia han reducido la realidad hasta dotarme apenas de este pequeño espacio, iluminado en intermitencias por los fogonazos de los relámpagos. En la cocina, las manos de mi mujer practican una antigua y cotidiana alquimia sobre los alimentos: será una noche blanca, de picó portátil sobre la alfombra, sueters y vino tinto, se lo digo y su sonrisa viaja los cuatro metros que nos separan hasta cobijarme, cálida. Todos los ruidos del exterior se han extinguido y sólo el murmullo apagado de la lluvia danza en torno, monocorde y largo. La débil lámpara de la sala ilumina a medias antiguas notas extraviadas: frases, poemas diseñados sobre servilletas de café, citas, diálogos posibles, secuencias de acciones, esbozos de personajes, destinos simultáneos ahora tal vez irrelevantes. El tacto helado de la cerveza sobre mi garganta disipa la áspera textura dejada por los cigarrillos; agoto el contenido del vaso en tres enviones y me provisiono para arrancar.

Desciendo el vaso: la trayectoria de mi mano es una tramoya lenta que me revela gota a gota otro universo probable.

Patricia no habrá salido de la habitación a saludar a Henrique desde la terraza, desnuda, no. Al descender del Mercedes 200 se sentirá cansada, decidirá que tal vez una ducha fría la reanime. Henrique regresará al carro para invertir la ruta hasta el abastos y traer las provisiones, pero, entre una y otra señal temporal, Patricia lo despedirá, bajando la cabeza hasta casi chocar la barbilla contra el pecho, pasando la mirada por encima de los cristales lila que bailarán a uno y otro lado en equilibrio sobre la punta de la nariz, dibujando un chaito con la mano, la palma hacia adelante en movimiento de rotación como si limpiara un vidrio empañado, las sandalias enganchadas en la punta de los dedos, los pantalones ajustados, recordándonos qué clase de magma bulle debajo, tierno y burbujeante, delineado por la

tela. Para el momento en que Henrique regrese, todo el resto del grupo estará disperso; calculo que Ernesto y Mónica recibirán la lluvia en la playa; Graciela y Guaica estarán utilizando el dormitorio del fondo, el que precisamente corresponde a Graciela cuando papi y mami y la nena vienen a la casa uno que otro fin de semana; Paola y Rodrigo, ya sabemos: estarán en la piscina; Henrique abandonará el vehículo apresurado, a medias cubierta la cabeza por un periódico viejo, se refugiará de paso en el invernadero, sacudiéndose el agua, escurriéndose, secándose parcialmente con alguna toalla, puede ser roja, por ejemplo, y amplia como las que se utilizan para tenderse en la playa, que Mónica habrá olvidado en su presurosa ruta hacia Ernesto, media hora antes. A Patricia, entre tanto, la mantendremos reposando en el dormitorio principal, nuevamente desnuda, adormilada en el centro del lecho, su cuerpo a todo lo largo de la sábana, el sonido de la lluvia creciendo, penetrando al interior del recinto, prolongando de alguna manera en contrapunto el otro sonido, ronco, de las olas que revientan contra las rocas, 100 metros más acá, para entonces relegado a un segundo plano, como fondo armónico y dilatado, los brazos cerrando un arco, reposando sobre su cabeza; la cabellera extendida toda hacia arriba; el rostro levemente virado, sereno a despecho de la respiración, rítmica y acompasada a causa de la prolongada vigilia; un paisaje de piel bronceada, apenas interrumpido por el rosado tono de los pezones, por la sombra leve que la luz que penetrará a través de la terraza demarcará sobre el torso, sombra que resbalará y se perderá silenciosa en las axilas, oquedades que centrarán el fiel de la balanza, porque más abajo, a la altura de las caderas otra breve oscuridad nos detendrá en el pubis, en los tersos valles a uno y otro lado de un eje central, imaginario.

Henrique salvará de un salto la distancia que separa

el invernadero de la puerta y nadie responderá a su llamado desde el pie de la escalera. Subirá y se excusará, haciendo chistes, con Guaica y Graciela, en el dormitorio del fondo. Intentará luego con la otra puerta, y la corriente de aire, rápida y húmeda, que correrá desde la terraza hacia el pasillo interno, atravesando la habitación, bastará para despertar a Patricia de su sueño, cuyo cuerpo virará entonces en dirección al viento, cara a Henrique, dentro del cual una súbita incandescencia arderá, entonces, y por segundos la duración escapará, y el espacio todo se poblará de esa emanación violenta que será la piel de Patricia, eterna todavía para Henrique a pesar del conocimiento pretérito, nunca agotado.

Los dos cuerpos, entonces, volverán a enlazarse, a fusionarse una vez más prolongando la historia y el lenguaje del sexo. No habrá, sin embargo, ocasión para largos aperitivos, para seducciones marginales; la penetración será agresiva, creciente, y en ese clímax instantaneo no encontraré alternativa de vacilación por mi parte, mientras ambos cuerpos se penetren, silbando el viento, las cortinas flotando en el recinto, serán ellos los que me piensen a mí, los que me suspendan e imaginen. Vivientes, ellos encarnarán la realidad y yo el sueño; el vínculo se invertirá y cada gimoteo, cada grito, cada mordizco, me disolverán poro a poro hasta hacerme desaparecer, volátil e invisible fuera de la novela, después de este punto hacia la nada.

MATERIALES DIVERSOS SOBRE PAPEL

(O: inconvenientes de una rodilla lesionada)

Hacía rato que el sol te venía dando sobre la cara, y tú pensaste, Ernesto, tal vez por distraer el escozor que por momentos te penetraba los ojos, lo que una vez te había contado El Gato sobre los procedimientos de tortura y el restregamiento de los cigarros prendidos sobre la piel, lo pensaste, Ernesto, como sólo un tipo que nunca ha sido encanado puede hacerlo, de modo que era sólo a base de cabriolas con la imaginación y el recuento de otros relatos como ahora podías reelaborar esa sensación desconocida para tí, tan común a los que caían en aquella época, de prehistoria todavía para los cuerpos represivos oficiales aún no refinados en el arte de joder sin dejar huellas, antes, claro, de que los informes de las comisiones especiales del congreso los alertaran sobre la conveniencia que estas pequeñas sutilezas entrañaban para la salud y la buena marcha de los organismos de inteligencia, no, Ernesto, tu memoria no contaba con un reporte directo de estas sensaciones, apenas disponías del sol, ardiente, empeñado en el zenit, para establecer ese símil impreciso, borroso a causa del estado de tu pierna.

Te tranquiliza sentir el brazo fuerte de El Gato, como un lazo alrededor del torso, aunque no sepas con precisión dónde estás ni cuánto tiempo llevas rodando, arrastrando a medias tu cuerpo, tu cabeza pen-

dulando y sintiendo por momentos que estás más de allá que de acá, pero te calma a medias el dolor de la pierna, donde me dieron fue abajo, no en la nuca, dices, decías: donde me dieron fue abajo no en la nuca, si la cabeza se me va para atrás es que me estoy muriendo y volvías a ver, dando vueltas alrededor, dando vueltas dentro de ti ese sol rojizo, como un enorme globo de piñata que se te hubiera escapado, es que me estoy muriendo, y cuando cogías apenas un respirito volvías a tocarte la pierna y ya no sabías si el sudor era de verdad sudor o era sangre y para qué ibas a preguntárselo a El Gato, lo que importaba no era que El Gato lo supiera, y te prometiste preguntarle al médico cuando lo vieras, porque seguramente se había ido con el grupo que estaba barranco arriba, pero eso iba a ser un día después, Ernesto, no ahorita, no en este día anterior que ni tiempo te ha dejado para darte cuenta si es vivo que sigues estando y entonces echarle bolas y morderte los dientes, o si ya ni eso vale la pena, para dejar de pujar de una vez por todas y dejarte ir por la quebradita, corriente abajo dejarte ir por el aire, como caminando dentro de una nube, volando, hasta que se te apague el último candilito.

—Tuviste una templadera del carajo— te dijo El Gato, mientras te pasaba un paño remojado por la frente, —pero se te olvidó recoger la pierna, mi loco— y lo viste sonreir mientras te llegaba el sonido de toditos los ríos de la tierra.

Estaban reclinados en una vertiente húmeda, en el fondo de un farallón estrecho, entre dos cerros, al lado de un hilito de agua.

—¿Y qué tal?— balbuceaste como si tuvieras dos años, más bien como si recién estuvieras acabadito de nacer, haciendo una mueca imprecisa hacia la pierna, con las bichas aquí y enrollando un ocho imaginario con los dedos para que el gato te contestara chévere y todos tus huesos volvieran a su sitio.

—Chévere —te contestó El Gato—. Un rajuñito; te ha sangrado bastante pero ya le acomodé unas hojas, estás arreglado.

—¿Y los demás?— te enderezaste, un poco asustado.

—Tranquilo, mi loco, quedamos de encontrarnos en Lomo Gordo, acuérdate, ya deben de estar allá— sacó la cantimplora y te ofreció. Hacía mil años que no probabas ni gota, quiero decir, pensaste.

—¿Y a nosotros, nos falta mucho?— preguntaste, calculando que el terreno era demasiado escabroso y la pierna la tenías hinchada como una patilla.

—De hoy hay que olvidarse— dijo El Gato mientras trataba de convertir en reloj la sombra del sol que avanzaba en la punta del cerro, arriba —mañana será otro día— y llenó la cantimplora sin tener que limpiar la corriente. Había dejado el morral a un lado y ahora te levantaba la pierna, acomodándola sobre una de las ramas bajas. Sentiste un dolor agudo y penetrante que te subía desde la rodilla.

—Con cuidado— fue lo que te salió, y pensaste que lucirías más solemne y valiente si en lugar de coño decías simplemente con cuidado.

—Te va a doler, loco, aprieta ese rabo— dijo El Gato para darte ánimo, estableciendo un parentezco irracional entre la rodilla y el ano, y tú te tuviste que reir a pesar del dolor, pensando en Freud y el análisis de los chistes populares y todos los títulos de psicoanálisis que un marxista arrecho no debía consultar. A lo mejor si aprieto el rabo la rodilla se me encoge de verdad.

El Gato tomó la pierna haciendo palanca debajo del peroné y el fémur y forzó la resistencia tirándola fuer-

temente hacia arriba, hasta dejarla descansar sobre el saliente.

—Así está mejor, loco. La sangre te baja menos. ¿Te dolió?—.

—Es un punzaso trinca, manito— contestaste, pujando casi, apretando un poco el rabo, a ver quién quitaba. Dejaste descansar libremente la cabeza hacia atrás, sobre una protuberancia musgosa que destacaba de la vertiente. El paño húmedo sobre la cara te había aliviado pero tal vez tenga fiebre, pensaste, y reabriste los ojos y te tocaste la frente viendo, por debajo del meñique, un largo nido de gonzalitos, en lo alto. El Gato se dio cuenta y

—Es lo más que podemos hacer por ahorita. Ya veremos lo que te dice el doctor— dijo sin quitarle el título al médico, porque el médico era nuevo y porque de cualquier modo así era El Gato —si es que pudo echarle piernas a tiempo.

—¿Te acuerdas por dónde cogieron?

—Los que se tienen que acordar del camino son ellos, no yo. Nosotros hicimos lo nuestro hasta que pudimos.

—No te habrán dado, ¿no?

—No, loquito, a mí no me pegan ni con cola— respiró El Gato, orgulloso, recostando sus 1,80 en la ladera mientras sumergía los pies en la quebradita. —Tenemos tiempo— se explicó, antes de que le recordaras el manual y el problema de quitarse las botas y la movilidad efectiva—, y además se me hace que ya los perdimos— viendo hacia el otro cerro, ladera abajo, donde ya no quedaba otra cosa que los ruidos y los colores del sol sumergiéndose.

—¿Y si no?— preguntaste a ver qué pasaba.

—¿Y si no qué?

—Digo si no los perdimos.

—Mira loco, si no nos levantaron allá abajo en lo plano, con todas esas fucas y ese poder de fuego, cómo nos van a malograr ahora— te convenció El Gato, tal vez más persuasivo por la mezcla del calé y los términos técnicos que por la solidez logística.

Agarraste de nuevo el paño mojado pero esta vez lo abriste por completo para cobijarte la cabeza entera, como una monja, a ver si te llegaba un fresquito.

—¿Y eso?— se rió El Gato.

Te miraste en la superficie pulida de la lata de sardinas que El Gato había tirado momentos antes.

—Es bueno contar con el auxilio religioso para los últimos instantes, hermano mío— dijiste un poco por fregar, un poco porque a lo mejor en el fondo seguías pensándolo, de manera que dejaste de sonreir.

—¿No le metes?— te dijo El Gato, pasándote una sardina y una laja de pan duro que te recordaba a las panelas de San Joaquín.

—Es mejor morir con el estómago vacío— bromeaste, pensando que lo que sí debía ser mejor era morir mamando gallo, sin darse mucha cuenta.

—No hables pendejadas, va a venir una brisita y te va a dejar con la boca envarada —dijo El Gato, para aleccionarte—. Métele ahorita que después quién sabe.

—¿Nos falta mucho?— Y te avergonzaste de constatar que era la tercera vez que lo preguntabas, va a pensar que la herida me dio culillo, por mucho que me conozca va a pensar que me enculillé. Por toda respuesta El Gato se limitó a subir las cejas y a ejecutar un gesto infinito con la mano izquierda, mientras con la derecha se sostenía una punta de la galleta que amenazaba con salírsele de la boca.

—¿Qué tal estuve?— preguntaste, para constatar qué pensaba realmente de lo del culillo, es decir, de la emboscada.

—Machete, loco, me corto una si no le dimos a varios. Cuando la camioneta se fue contra el puentecito vi a uno que se encorvaba. El grupo que estaba detrás del tronco ha debido darle al chofer, me corto una —reseñó El Gato.

—O fue que el tipo trató de sacarle el cuerpo porque el tronco estaba en todo el medio, me consta— dijiste.

—Pero me fijé que la puerta no se abría, te lo digo porque mi blanco era de ese lado, un poquito para atrás, el que iba de primero en la carga. La movida hubiera quedado más a todo dar si no hubiera salido la Madsen del chiquitico, el que se metió detrás de la piedra.

El funcionario equipado con una subametralladora del modelo descrito la puede transportar con un máximo de comodidad, movilidad y eficiencia, colgándose el arma a la espalda, con la boca del cañón orientada hacia abajo, por supuesto, esta disposición está especialmente indicada para la marcha y se logra, claro está, colocando la correa de transporte sobre el hombro izquierdo, a través del pecho y por debajo del hombro derecho.

En otras circunstancias (por ejemplo, al hacerse la revista de inspección) se considera conveniente portar el arma francamente sobre el pecho, salta a la vista que esto facilita la labor de revisión, sin mencionar los beneficios que redunda a la estética y a la psicología de la brigada.

Habiéndosele ordenado ésto, y estando el arma en su posición original, la de marcha, el funcionario em-

puñará con la mano derecha la boca del arma, para desplazarla de la espalda al pecho (huelga advertir que el funcionario alerta vigilará que el dispositivo de seguridad que inhibe el mecanismo de disparo esté en su sitio, no sería el primer caso que se ve de un disparo que se escapa por falta de previsión, segando así la vida de uno de nuestros valiosos efectivos), esto se logra haciendo deslizar la correa de transporte por encima del hombro izquierdo, hasta que la boca quede definitivamente apuntando hacia la izquierda y, por supuesto y lo que es más importante, hacia arriba.

—Con ese fue que me embragueté, tú sabes, vainas que tiene uno, y como el que me tocaba de verdad verdad se me había salido de la línea de tiro, zás, este es el mío, fue que pensé, y me lo figuré a él viéndome a mí también y diciendo lo mismo, para cogerle más arrechera, mi loco, como si fuera una vaina personal.

El funcionario se habrá dado cuenta ya de la calidad del arma que tiene en la mano. Es, sin lugar a dudas, uno de nuestros modelos más versátiles y las posiciones de disparo que permite son de las más diversas: de rodillas, sentado, desde la cadera, de pie, tendido, desde cualquier parte este maravilloso artefacto puede ser mortal, y ya se sabe que poco importa la posición si esos son los resultados finales. En todo momento debe recordarse, sin embargo, lo que tantas veces el oficial mismo les ha recordado; se debe tener siempre la mano izquierda empuñando el alojamiento del cargador, con el pulgar apretando la palanca de seguridad, con la mano derecha en la empuñadura y la presión lista para abrir fuego.

Si el funcionario se apresta a disparar desde la posición de rodillas, debe insertar su mano derecha

desde arriba entre su cuerpo y la parte posterior de la correa de transporte, levantando la subametralladora a la posición en que deberá estar apuntando y cuidando mucho de no enredarse con los salientes de la correa como le ocurrió a la mayoría durante el último entrenamiento; de nada les valdrá esta vez quejarse ante el jefe: ya se sabe que no somos militares, pero ellos son nuestros aliados en esta cruzada heróica y lo menos que podemos hacer es demostrarles que estamos dispuestos a combatir al enemigo común, con la misma eficiencia, con el mismo celo patriótico que ellos han puesto en su empeño.

Les recuerdo, al darse el mando de Blanco, ¡Fuego!:

1) Percatarse de que el seguro esté en F, y la flechita en TA o TS, según lo que se les diga.
2) Apuntar.
3) Apretar el gatillo el tiempo suficiente para disparar las ráfagas ordenadas.
4) Ajustar la puntería, otra vez, y
5) Volver a apretar el gatillo hasta terminar el cargador, es todo.

—Claro que no es lo mismo un tiro más seguro, pero lento, qué una ráfaga por más que sea dispersa, de modo que cuando ví que no le daba, porque no me dejaba ni para el resuello, zás, este Gato se pinta, y tú sabes... una retirada a tiempo; fue cuando te hice la señita, mano, calculamos bien, pero el gran carajo estaba como loco, ráfaga para todos los lados, el salado fuiste tú.

¿En el tiro automático? Muy bien compañero, puede bajar la mano, aquí está el oficial que bondadosamente nos ha cedido su tiempo, para explicarnos todas nuestras dudas. En el tiro automático, estando el indicador de tiro en TA, tanto el fiador como el interruptor en posiciones inclinadas, serán desbordados por la culata móvil que retrocede tornándose hacia el dispositivo recuperador comprimiéndolo. Este retorna la culata móvil hacia su posición delantera, repitiéndose así todo el ciclo, una y otra vez mientras continúe presionándose el disparador y la palanca de seguridad. Gracias, oficial, hasta luego. Y esto va con ustedes: no quiero más manos levantadas ni más preguntícas. El que no haya entendido la explicación que vuelva a hojear el cuadernito o que se las arregle como pueda. Qué carajo, para liquidar a un vendepatria no se necesitan palabritas sino de esto.

—A alguno de los que estábamos tenían que darnos, lo que te sale ahora es tranquilidad, porque al que le dan una vez y no tiempla, cuesta una y parte de otra para que le vuelvan a dar.

—Okey, loquito, ¿pero qué tal me porté?— Preguntaste porque ya te habías olvidado de la respuesta que El Gato te había dado, nuevamente, y nuevamente volvía a preocuparte la cuestión del culillo, o mejor, de lo que el culillo pudiera implicar para él.

—¡Medio chuzo! ¿La balita como que te afectó la azotea? Ya te dije que machete.

—Está bien, loquito, no te me agites que te fermentas. Lo que quería era saber qué había pasado, porque clarito me acuerdo que tú me gritaste ya cuando estábamos comenzando a arrancar.

—Lo que te grité fue que te apuraras. El único que nos tenía visteados a nosotros era el chiquitico, de los que quedaron la mayoría se encargó del otro grupo y la otra parte lo que estaba era loqueando de un lado para otro sin saber para dónde coger. Cuando vi que el chiquitico aflojó la presión y se aguantó, zás,

pensé que iba a cambiar de chorizo, fue ahí que te grité que nos pintáramos, era la oportunidad de arrancar, pero tú te quedaste un poco en el aparato y cuando saliste ya debía haber cargado otra vez porque enseguida empezó la bicha a escupir.

—Ahí fue que me dieron.

—Correcto. Ahí fue que te dieron, cuando dejaste la pierna afuera. Yo que volteo en ese momento y que te veo a tí pelando el cable, enrollado, comiendo tierra.

—De eso casi ya no me acuerdo, creo que traté de pararme y me fui de cabeza.

—Para mí que te ibas a arrastrar, te molestó más la pierna y zás, no aguantaste, como unos tres metros más acá te desmayaste. Lo importante, mano querido, es que traías la fuca, lo demás es monte y culebra.

Te cayó bien que El Gato reconociera ese gesto, por aquello de que uno nunca sabe. Tragaste saliva o mejor dicho la saliva impidió que te tragaras la lengua, de pura seca y amarga que tenías la boca. Ahora estabas más tranquilo y te aliviaba que tu honor hubiera quedado a salvo a pesar del plomazo y del desmayo.

Tu cabeza recostada contra el saliente musgoso te provée un buen puesto de observación, te orientas imaginariamente y por segundos sientes como un cristal roto que cae en tu cabeza cuando recuerdas que necesariamente tendrán que subir; calculas que tus setenta y cinco kilos deben parecerle doscientos a El Gato tomando en cuenta lo empinado de la cuesta y el hecho concreto de que el viajecito no es que comience ahora sino que prosigue. Ya hoy debe haber tenido bastante conmigo, piensas, y piensas que de vainita estás pensándolo, una mayor densidad en la maldita ráfaga y ahorita no serías cojo sino difunto, es más, aunque no te hubieran liquidado en ese momento con la resbalada y la desmayada que te echaste hubiera bastado para pelar el cable, como se dice, porque recuerda que ya era retirada general y con que tú te quedaras tendido, allí como estabas a la orillita del camino y medio encunetado y sin saber de ti y con aquella herida sangre y sangre por aquella herida, nadie hubiera dado, te lo juro por ésta, nadie hubiera dado una ñapaequeso, un medio de mierda por tu vida, Ernesto, nadie. Sientes como una vocecita que te dice por dentro, nadie. Pero cuando los pelitos se te espelucaron de verdad verdad, fue cuando tomaste conciencia bien pero bien adentro lo que se llama tomar conciencia de una cosa, de que por un azaroso y circunstancial gesto extraviado en algún lugar de la historia y del tiempo, en una insignificante montaña escondida en algún lugar del mundo, por un cotidiano y aleatorio movimiento humano tú todavía permanecías allí con tu conciencia lúcida todavía respirando todavía sobre toda la tierra que seguía siendo como durante toda la eternidad había sido verde con un verde vaporoso de manzana un increíblemente bello lugar rincón del paraíso jardín de los miles de aromas espacio del millón de colores increíbles genuinos y definitivamente puros territorio donde cantan simultáneamente todas las aves todos los chirulíes y todos los picoeplata y todos los cristofué del mundo al unísono región donde todo tacto se excita llámese humedad llámese temblor llámese suavidad esa región conocida por todos los oídos con el nombre de tierra y en la cual tú vuelves a tomar conciencia de ti mismo y a permanecer palpitante y a continuar viviente gracias a ese gesto que a pesar de todas las complicaciones con que quieras adornarlo procede en definitiva de un ser humano de nombre Juan Manuel Sánchez él, vecino de este país él, cédula de identidad 3040799 él, mejor conocido por los que dicen

conocerlo de vista y trato con el vulgar apodo de Gato.

—Por eso es que la gente se vuelve loca— dijiste en voz alta, como si siguieras siendo el ser anónimo en el lugar anónimo que habías imaginado.

—¿Que qué?— cacofoneó El Gato, encarnándose en el segundo ser que empezaba a poblar el mundo.

La voz era grave, con ese matiz que cualquiera que conociera a El Gato no hubiera dudado en catalogar de inevitable, quiero decir, de inevitable que fuera él precisamente quien la tuviera, pero tú estabas tan ido que más que la voz de El Gato lo que escuchaste fue el recuerdo de la voz de El Gato.

—¿Que qué, qué?— replicaste magistralmente (agrego este adverbio, alevoso, irónico, no sin pedirte excusas porque comprenderás, Ernesto, que no es lo mismo tener la experiencia directa de una desyoización, al anochecer, herido tú en medio de una montaña; que simplemente ensamblar ante una taza de café, cómodamente sentado yo, la reseña de una desyoización, seis años después, ante la máquina).

—Que qué dijiste— dijo El Gato, tal vez cansado de los que.

—Bolserías— Abriste los ojos pesadamente, como si tuvieras los párpados cosidos, porque a pesar de todo tuviste de pronto lo que se dice un pálpito y te pegaron unas ganas irreprimibles de constatar si de verdad estabas en aquel estrecho farallón, si de verdad atardecía, si de verdad estabas vivo y el que te respondía era El Gato, corpóreo y único, y no simplemente un sueño.

Para tu alivio, nuevamente los ojos volvieron a comunicarte con la realidad y allí estaba El Gato, y el sol que declinaba y el arroyo escurridizo y el tupido monte y las sombras y los animales sin nombre y

las piedras, estaban el mundo y la vida, más allá de toda duda razonable. Miraste cómo El Gato apuntaba su fusil hacia lo alto y sin querer te estremeciste esperando el disparo que no llegó.

—¿Una iguana?

—No he visto ni una por aquí. Hacía pulso.

—Para qué coño haces pulso: ni se ve ni puedes disparar; para qué coño.

—Tú no eres ninguna plumita ni ningún bailarín de balet, loco, tengo el brazo medio encalambrado de tanto meterte el hombro. Cómo va eso —dijo El Gato, señalándote la pierna con un movimiento de la cabeza.

Te observaste la rodilla como si no fuera tuya:

—Para mí que bien.

—Por un momento creí que te la habían vuelto mierda. Ese sangrero y esa hinchazón, a éste se lo sonaron, palabrita que fue lo que pensé, pero me quedé calletano para no joderte la paciencia.

—Si me la volvieron mierda es que la mierda es un anestésico de pinga, porque ya ni me la siento, palabrita.

—De todos modos te sale un reposo para largo, y hay que ver lo que te manda Rodríguez, a lo mejor tienes que bajar.

—Deja el vacile que no es para tanto, yo no bajo ni de vaina.

—Ojalá que no. Pero todavía tenemos que darle la vuelta al cerro, me huele que con el agite te va a quedar como barriga de perro envenenado.

Por un momento calculaste la trayectoria aunque sabías que era una tentación fallida, el error sería tal

vez de kilómetros y de cualquier manera la simple operación imaginaria te descomponía ya no la rodilla sino hasta el último rincón del espíritu mismo, así que dijiste qué carajo, para adentro, y te relajaste.

—Palabra que me arrecha.

—¿Qué?

—Qué va a ser: tener que joderte con esta pierna, si no fuera por mí ya hubieras hecho contacto, ahora quién sabe.

—No digas pendejadas, te sonaron y a mi no, yo estoy contigo por lo tanto tengo que ayudarte, ¿no?, somos dos y punto.

—Pero si no me hubieran dado.

—Pero te dieron, ¿estamos?

—¡Coño! Ya sé, claro que me dieron, pero si por lo menos pudiera echarle bolas solo o fuéramos tres.

—¡Vuelta a lo mismo! Es una pendejada que estés pensando en lo que pudiera haber pasado o en por qué pasó lo que pasó. Lo que pasó, pasó y ya está. Hay una vaina que llaman soliradidad.

Definitivamente El Gato era un tipazo, te sonreíste con cariño pensando en las veces que lo habías corregido, solidaridad en vez de soliradidad, página treinta y cuatro de la edición en multígrafo del manualito, qué carajo podía importar ahora.

Qué carajo podía importarme entonces, que lo dijera como le saliera, lo que contaba para mí, aunque resulta cursi decirlo, pero es que no hay otra forma, era aquella traducción viviente de lo que en otras circunstancias hubiera resultado un vocablo inerte. Recuerdo que me conmovió la amistad, la seguridad, algo parecido a una corriente tibia que aquella tarde

de junio del 65 me comunicaba invariablemente con aquel tipo espontáneo que por los azares y por la historia se encarnaba en mi salvador; es lo que se llama un tipazo, pensé, y se me ocurrió que no podía haber otro sentimiento más parecido a la camaradería, por su parte, y al agradecimiento, por la mía.

—Gracias, loquito— le dije, conmovido de verdad verdad.

El Gato ejecutó entonces un gesto de fastidio, el símbolo más frecuente de su lenguaje.

—Gracias hacen los monos, panadería, ya me tocará a mí, no te preocupes— dijo El Gato, un poco sonriente, un poco orgulloso, con un rostro muy distinto al que pondría años después, en la fiestecita de Arle, cuando todavía con tu pierna adolorida, en esa recaída que te habría obligado a bajar, le recordaras el viejo incidente y él, esos eran otros tiempos, hermano, te diría y te tomaría del hombro y te obligaría a cambiar de sitio y pediría otro palito para cambiar el tema y tú sabrías o intuirías que ya de eso no se le puede hablar y casi que escondería la mirada y haría un comentario cualquiera sobre Graciela o Patricia o Mónica, quién sabe, esa jevita está durísima o algo así, y te preguntaría por qué no se la presentas, sin mucha convicción, más bien con unas ganas horribles de irse de allí, y la conversación se transformaría inevitablemente en un diálogo frívolo, y estoy encuerado, ¿sabes?, tal vez te diría, y te verías entonces obligado a pedirle razón de la mujer y él, El Gato, te contaría, casi con nostalgia te contaría prolijamente de sus hijos, un tanto nervioso, la pequeña historia de una vida enrevesada, deteriorada a fuerza de errores y de oscuras jugarretas del destino, yo ya no doy para otra cosa, y de nuevo inevitablemente tendrían que despedirse, con tristeza, más bien lamentando un encuentro que no debió ha-

ber ocurrido, le estrecharías la mano sin juzgarlo, qué carajo, pensarías como siempre, y cuando le dijeras que de cualquier manera nunca olvidarías que le debías la vida, él, El Gato, tal vez por los tragos que tendría, que tendrá encima, volverá a sonreir con esta misma mueca de ahora, en la montaña, y tú lo verás por última vez desde la puerta del apartamento de Arle, mientras el prenotado del ascensor se apagué, hasta la vista hermano, sin sospechar nada, mientras el ruido que provenga del interior apenas te permita escuchar una final palabra de despedida y tú le preguntes a Arle, qué coño hacía El Gato en la fiesta, y Arle: vino a traerme los puchos que me debía, está en el negocio, mano, qué es lo tuyo; pensarás por un momento las vainas que tiene la vida, mejor: lo dirás en voz alta, y la solidaridad de recuerdo pasará a nostalgia y de nostalgia pasará a olvido, como cualquier otra vulgar emoción humana. Pero mucho antes de la fiesta, mucho antes del olvido, éste de ahora no es un sentimiento bastardo y éste de ahora es El Gato que tú siempre has conocido aunque en el tiempo, en el futuro, su personalidad posterior te sorprenda como un estallido disímil, casi aislado: ahora es junio, es el año 65 y la fiesta de Arle no es todavía un pretérito inamovible.

De manera que

—Okey —dices—, pero ya te veré mañana. Si la rodilla me sigue así te puedes ganar la vida, después de la revolución, como levantador de pesas.

—Ya habrá tiempo para ganársela, ahorita lo que nos sale es salvar el pellejo. Hay dos vainas: descansar y poner la mente en blanco, mañana ya veremos. Así que olvídate de la rodilla y déjale esa vaina a Rodríguez, si no se lo sonaron, él sabrá lo que tienes que hacer.

Rodríguez rasga lo que te queda de pantalón, toma el portainstrumentos y te ordena descansar hacia atrás, los músculos relajados. Contigo son tres los heridos, ninguno de gravedad. Cuando despertaste a mediodía, sentiste la pendulación de la hamaca y por un momento creiste que te habías mareado, más allá de la tiendita semidesplegada habías visto el cuerpo de El Gato extendido a lo largo de aquellas especie de encerado, recién adquirido con el contacto de Los Pocitos, que había subido quince días atrás hasta la mitad, tal vez hasta El Bejuco. Habías reconstruído de una manera bastante torpe, aunque adecuada si consideramos tu estado, toda la caminata desde la hondonada donde habías descansado —¿el día anterior?— junto a la quebrada, hasta este sitio que no alcanzaste a reconocer hasta bien entrada la tarde, es decir, hasta este momento en que la delgada y filosa silueta de Rodríguez se inclina sobre tu pierna, y te tantea la rodilla y remueve nuevamente en ti este dolor que ya es un antiguo camarada, y más que una terapia lo que intenta suministrarte es una cierta dosis de sosiego, apelando a tus últimas reservas de confianza. Claro que no tiene que esforzarse mucho, bastan los rostros sucios y barbudos, basta el olor familiar del sudor de las ropas de campaña, bastan las bromas y la reconstrucción de las anécdotas, basta esta hamaca y esta camaradería para retornar la paz: por momentos recuerdas que salvaste el arma y que supiste retirarte a tiempo, lo demás poco importa. Le gritas un coño a Rodríguez que te aplica una inyección quién sabe para qué, y esperas el dolorcito en la bajada para preguntar por los otros. Dos bajas: Joaquín se quedó en el puente mismo, y Diógenes mientras lo transportaban, hamacándolo entre dos.

Rodríguez se mueve con facilidad mientras Dianora lo auxilia tratando de hacerse valer, cualquier vaina

para que no la bajen, piensas, y le sonríes: la única mujer del grupo.

—Okey, ahora trata de moverla hacia atrás a ver hasta donde te llega— te dice Rodríguez.

Abanicas la pierna hacia atrás y hacia adelante y no entiendes lo que te dice del menisco y de la rótula, así que

—¡Ya!— le gritas, con unas ganas tremendas de mentar madre en genérico —¿cómo la ves tú?

—Hay dos lesiones, una del disparo y otra traumática, debe haber sido una caída, la del disparo es arriba y no te afecta la rodilla, la otra fue más abajo y debe ser la que te molesta más —dictamina Rodríguez— mientras te sonríe y continúa diciendo sí con la cabeza, como siempre, un gesto que siempre te arrechó en él, sin que supieras muy bien por qué.

—Lo que a mí me interesa es caminar.

—Tú ves, eso si que va a estar difícil. Yo soy partidario de que bajes, aquí no te puedo hacer gran cosa.

—¿Entonces?— le dices, mientras te comienza a llegar el vaho tibio y agradable de la fogata que prepara Dianora.

—Entonces nada, compadre, a Ud. le sale berlina de honor cuando arranquemos. Nada de caminatas ni de agites: palo atravesado, hamaca y dos buenos hombros como los de El Gato y estamos hechos. Ya veremos como evoluciona la hinchazón— y se pasa la mano por el mechón lacio, el que venía con fijador en la foto. —De todos modos tú puedes bajar sin problemas, no tienes tanta publicidad como yo.

Rodríguez te dió una palmadita por el estómago y se acercó al fuego, tenía razón: si algún día, por cualquier circunstancia, te veías obligado a bajar, tendrías pocos problemas. Ernesto el anónimo, al que nunca han encanado; lo que son las vainas, pensaste y te fuiste quedando dormido, escuchando el ruido de las brasas cuando ardían, un diminuto punto de luz en la montaña.

Cuando despertaste, era El Gato el que manejaba la pala.

—Quiubo, loco— te dijo, —¿todavía vivo?

—Todavía y para largo— respondiste, sonriéndole.

—Ya arrancamos, porsia: el radiecito tiene armado un alboroto con la emboscada. Les dimos duro.

La pala enterró las brasas apagadas y las latas de sardina. La vanguardia ya había salido, te dijo Dianora, todo estaba listo para seguir. Te tocaste la pierna o imaginaste que te tocabas la pierna, Justo y Gregorio te levantaron para transportarte y desde el lecho móvil le sonreíste a El Gato, mientras las copas de los árboles comenzaban a viajar lentamente hacia atrás, diluyéndose, como un dibujo bajo la lluvia.

LA DULCE LOCURA (XII)
(O: consagración de la primavera frente al mar)

De nuevo el viento soplando contra las ventanas, suspendiendo los cortinajes hasta lanzarlos a volar como fantasmas en el centro de la sala, Graciela y Patricia ahora desnudas recorriendo el ámbito, sus gestos de danza creando una atmósfera irreal que insiste y se transforma a plazos como un calidoscopio, Vivaldi resurgiendo desde el tocadiscos, obedeciendo el mandato de Mónica envuelta apenas en su diminuto traje, sazonada de arena y sal su piel, los cuerpos que se desperezan contra las paredes, sentados sobre el suelo, tú, Ernesto, desde la habitación del fondo, reconstruyendo la playa, la cintura de Mónica, su sexo, el áspero tacto del polvo en su cabellera, su sinuosa duración volviendo sobre tí, cantando, los collares vibrando sobre los senos desnudos de Graciela y Patricia, Guaica pasándole el cigarrillo de hierba a Henrique, Henrique pasándolo a Patricia, Patricia tomándolo, aspirándolo, corriendo descalza y desnuda sobre el aire, flotando, pasándolo a Graciela, sonriendo, arqueando los brazos, bailando alrededor de Guaica y volviendo, feliz, aspirando y dejando caer su cuerpo sobre el piso, el collar de cuentas deshaciéndose y miles de puntos luminosos arrastrándose sobre el granito pulido, Graciela pasando el cigarrillo a Paola, Paola a Rodrigo, Vivaldi persistiendo, continuando la lluvia, la realidad afuera, más acá del mar y sus sonidos, del silbido lánguido y armónico de las palmeras, tú, Ernesto, acercándote,

recibiéndolo de Rodrigo, volviéndote, saltando sobre Graciela, entregándolo a Mónica, transportando tú la nube que era Mónica entre tus brazos hacia la cuna en la habitación del fondo, colocándola allí, besándola, meciéndola, Mónica chupándose el pulgar y entrecerrando los ojos, volviendo al seno materno, a la primera oscuridad en busca de la nada, afuera el mar, la lluvia, el viento, y las cortinas dentro, evaporándose sobre la sala, Vivaldi, la tormenta y el viento soplando entre los brazos, el salitre, la neblinosa penumbra en el jardín, los cuerpos desnudos de Patricia y Graciela danzando por la habitación toda, diminutas gotas de lluvia deslizándose sobre la piel, una humedad dulce cuyo olor se fusiona y retorna con el del césped mojado, en el jardín, los dos cuerpos saltando a través de la puerta, a través del corto espacio que media entre el umbral y el invernadero, antiguas recolectoras de cosechas rescatando un collar de flores diversas, decorando con ellas su piel, una flora polícroma enmarcando ahora las cabelleras, esta vez los rostros de regreso, sonrientes y frenéticos, asomando de nuevo desde el invernadero, Patricia distribuyendo las flores, deshojando las ramas, recubriendo con dos inmensos pétalos desconocidos sus senos, Graciela arrodillándose en el centro, Guaica aproximándose en una pantomima de baile, flotando casi, Henrique tomando a Patricia; Paola recostándose de Rodrigo, tú, Ernesto, celebrando a Mónica, sobre la cuna ella, adormilada y distante, adentro otro paisaje, otra realidad, el recuerdo apenas lejano de que están vivos, mirándose, tocándose, besándose de nuevo, acariciándose, todo olor y todo color recreados, reencontrándose bajo una nueva percepción, esta realidad escurriéndose y deslizándose hasta el fondo de la pupila, hasta el fondo mismo del oído y del tacto, dos, tres, cuatro cuerpos siendo una sola realidad danzante, amante, sobre el granito pulido entre las cuentas de los collares, ahora dispersas, resbalando por toda la sala, y las flores, con este nuevo habitat

irreal, respirando sus propios perfumes y donándolos, compartiendo y multiplicando todo acto y no dejando, por fin, otra realidad que la imaginada, otro espacio que esta penumbra rodeada de viento y de lluvia, persistente, que satura cada cuerpo, cada espíritu, cada sensación antigua o recobrada, hasta ensamblarla en una sola respiración, en una flor única que compendia y celebra todo hálito, toda esperanza, toda felicidad que flota y renace, pura, sobre el mar.

INDICE